

Arthur Conan Doyle

# EL PERRO DE LOS BASKERVILLE

Ilustraciones de  
Javier Olivares



Lectulandia

*El perro de los Baskerville (The Hound of the Baskervilles)* es la tercera novela de Arthur Conan Doyle que tiene como protagonista principal a Sherlock Holmes. Fue publicada por entregas en el *The Strand Magazine* entre 1901 y 1902. El libro trata de la tensión entre lo ultraterreno y lo real, entre la superstición y la ciencia. Holmes buscará la explicación lógica, que será la que se acabará imponiendo, dentro de los cánones de la novela policíaca, a los acontecimientos que se suceden en un páramo al oeste de Inglaterra.

**Lectulandia**

Arthur Conan Doyle

# **El perro de los Baskerville (Ilustrado)**

ePub r1.0  
Titivillus 21.06.16

Título original: *The Hound of the Baskervilles*

Arthur Conan Doyle, 1901

Traducción: Esther Tusquets

Ilustraciones: Javier Olivares

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## EL SEÑOR SHERLOCK HOLMES

El señor Sherlock Holmes, que por lo general se levantaba muy tarde, excepto en las frecuentes ocasiones en que pasaba en vela toda la noche, estaba sentado a la mesa del desayuno. Yo me hallaba de pie junto a la chimenea y recogí el bastón que nuestro visitante había olvidado la noche anterior. Era sólido, de madera de buena calidad, con la cabeza en forma de bulbo, del tipo conocido como «bastón de Penang». Justo debajo del puño había una ancha placa de plata, de casi una pulgada, con la inscripción «A James Mortimer, M. R. C. S., de sus amigos del C. C. H.», y con la fecha «1884». Era el clásico bastón que solían llevar los médicos de cabecera chapados a la antigua: digno, sólido y tranquilizador.

—Bien, Watson, ¿qué me dice usted de él?

Holmes estaba sentado de espaldas a mí, y yo no había dado indicios de lo que me ocupaba.

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? A veces parece que tenga usted ojos en la nuca.

—Lo que tengo es una cafetera plateada y bien bruñida delante de mí —dijo—. Pero dígame, Watson, ¿qué deduce usted del bastón de nuestro visitante? Ya que tuvimos la mala suerte de no estar aquí cuando él vino e ignoramos el motivo de su visita, este objeto que nos dejó como recuerdo adquiere cierta importancia. Veamos cómo reconstruye usted el personaje a través del examen de su bastón.

—Me parece —empecé, siguiendo en la medida de lo posible los métodos de mi compañero— que el doctor Mortimer es un próspero médico entrado en años, muy apreciado por quienes le conocen, ya que le han dado esta muestra de su estima.

—¡Bien! —exclamó Holmes—. ¡Excelente!

—También me parece probable que se trate de un médico rural, que realiza gran parte de sus visitas a pie.

—¿Por qué?

—Porque este bastón, que de nuevo debía de ser muy bonito, está ahora tan usado que me cuesta imaginar a un médico de ciudad utilizándolo. La gruesa contera de hierro se ha desgastado y eso prueba que se ha caminado mucho con él.

—¡Buen razonamiento! —dijo Holmes.

—Tenemos además la inscripción «amigos del C. C. H.». Juraría que se trata de una asociación de caza local, a cuyos miembros prestaba seguramente asistencia médica y que le han correspondido con un pequeño obsequio.

—Watson, de veras se está usted superando a sí mismo —dijo Holmes, mientras

empujaba su silla hacia atrás y encendía un cigarrillo—. Debo confesar que, en todas las ocasiones en las que ha reseñado usted mis pequeños éxitos, subestima su propia habilidad. Tal vez no sea particularmente brillante, pero abre camino a la brillantez de los demás. Hay personas que, sin ser ellas mismas geniales, poseen un extraordinario poder para estimular la genialidad. Confieso, querido amigo, que estoy en deuda con usted.

Nunca antes me había dicho nada parecido, y debo admitir que sus palabras me complacieron mucho, porque a menudo me había ofendido la indiferencia que Holmes mostraba ante la admiración que yo sentía por él y ante mis intentos de dar publicidad a sus métodos. También me enorgullecía pensar que yo había aprendido su sistema hasta el punto de poder aplicarlo de modo que mereciera su aprobación. Ahora Holmes me cogió el bastón de las manos y lo examinó unos instantes a simple vista. Después, con una expresión que reflejaba su interés, dejó el cigarrillo, se aproximó a la ventana y observó de nuevo el bastón con una lente convexa.

—Interesante, aunque elemental —dijo, mientras regresaba a su rincón favorito del sofá—. Desde luego hay una o dos indicaciones en el bastón que nos ofrecen base suficiente para extraer algunas deducciones.

—¿Se me ha escapado algo? —pregunté con cierta petulancia—. Espero no haber omitido nada importante.

—Me temo, querido Watson, que la mayor parte de sus conclusiones son equivocadas. Con franqueza, cuando le dije que usted me estimula, lo que quise expresar es que a veces sus errores me han guiado hacia la verdad. No es que en este caso esté usted por entero equivocado. El hombre es, en efecto, médico rural y camina mucho.

—Entonces tenía yo razón.

—En eso, sí.

—Pero... eso es todo.

—No, no, querido Watson, eso no es todo. Yo apuntaría, por ejemplo, que es más probable que el obsequio a un médico proceda de un hospital que de una asociación de caza, y que si colocamos las iniciales «C. C.» antes de la «H» (que significa «hospital» y no «caza»), las palabras «Charing Cross» surgen por sí solas.

—Tal vez lleve usted razón.



—Todas las probabilidades apuntan en esta dirección y, si tomamos esto como una hipótesis de trabajo, disponemos de una nueva base sobre la que iniciar la reconstrucción de nuestro visitante desconocido.

—Bien. Suponiendo que «C. C. H.» corresponda a «Charing Cross Hospital», ¿a qué otras conclusiones podemos llegar?

—¿A usted no se le ocurre ninguna? Conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

—Sólo puedo llegar a la obvia conclusión de que este hombre ejerció en la ciudad antes de irse al campo.

—Creo que podemos llegar bastante más lejos. Mírelo desde este punto de vista. ¿En qué ocasión sería más probable que se hiciera ese tipo de obsequio? ¿En qué

ocasión se reunirían sus amigos para ofrecerle esta muestra de afecto? Obviamente, en el momento en que el doctor Mortimer abandonó el hospital para establecer su propia consulta. Sabemos que hubo un obsequio. Creemos que hubo un traslado desde un hospital de ciudad hacia una consulta rural; ¿sería, por tanto, muy aventurado suponer que el regalo se hizo con ocasión de dicho traslado?

—Parece, desde luego, probable.

—Observará que no pudo pertenecer a la plantilla del hospital, ya que sólo un hombre con un largo historial en la ciudad de Londres tendría acceso a esa categoría, y un hombre así no se iría a trabajar al campo. ¿Qué era, pues? Si estaba en el hospital y no formaba parte de la plantilla, sólo podía tratarse de un practicante o de un vulgar médico de cabecera, poco más que un estudiante de los últimos cursos. Y, según la fecha que aparece en el bastón, abandonó el hospital hace cinco años. Por tanto, la imagen de un respetable y maduro médico de familia se desvanece, mi querido Watson, y surge un hombre de menos de treinta años, amable, sin ambiciones, distraído, y dueño de un perro que yo describiría someramente como más grande que un terrier y menos que un mastín.

Reí con incredulidad, mientras Sherlock Holmes se recostaba en su sofá y lanzaba contra el techo pequeñas espirales de humo.

—En cuanto a la última parte, no dispongo de medios para ponerla a prueba —dije yo—. Pero, en cambio, no es difícil averiguar algunos detalles acerca de su edad y su carrera.

Extraje de mi pequeño estante de temas médicos el Directorio Médico y busqué el nombre. Había varios Mortimer, pero sólo uno podía ser nuestro visitante. Leí en voz alta la referencia.

«Mortimer, James, M. R. C. S., 1882, Grimpen, Dartmoor, Devon. Médico interno del Charing Cross Hospital de 1882 a 1884. Ganó el premio Jackson de Patología Comparada por un ensayo titulado *¿Es la enfermedad una regresión?* Miembro correspondiente de la Sociedad Sueca de Patología. Autor de “Algunas anomalías del atavismo” (*Lancet*, 1882) y de “¿Existe, en realidad, el progreso?”, (*Journal of Psychology*, marzo de 1883). Médico titular de los distritos de Grimpen, Thorsley y High Barrow».

—Aquí no habla en absoluto de una asociación de caza, Watson —dijo Holmes con una malévolamente sonrisa—, pero sí de un médico rural, como usted observó con tanta perspicacia. Creo que mis deducciones quedan demostradas. En cuanto a las calificaciones, recuerdo haber dicho que era un joven amable, distraído y sin ambiciones. Según mi experiencia, sólo los hombres amables reciben homenajes, sólo un hombre sin ambición alguna abandona una carrera en Londres para irse al



campo, y sólo alguien muy distraído dejaría su bastón y no su tarjeta de visita después de esperar una hora en nuestra sala.

—¿Y el perro?

—El perro tiene la costumbre de seguir a su amo con el bastón en la boca. Como se trata de un bastón pesado, el perro lo sujeta fuertemente por el centro, y las marcas de los dientes son bien visibles. La mandíbula del animal, según se aprecia por la distancia entre estas marcas, es en mi opinión demasiado ancha para un terrier pero no lo suficiente para un mastín. Podría tratarse de..., ¡por Júpiter!, se trata de un *spaniel* de pelo rizado.

Mientras hablaba, se había levantado y deambulaba por la habitación. Ahora se detuvo ante el vano de la ventana. Había tal convicción en su voz que levanté la mirada sorprendido.

—¿Cómo puede estar tan seguro, amigo mío?

—Por la sencilla razón de que estoy viendo al perro con mis propios ojos en el portal de nuestra casa. Y aquí tenemos el ruido de la campanilla que ha hecho sonar el propietario del perro. Por favor, Watson, no se mueva. Es su colega, y la presencia de usted puede serme útil. Ha llegado uno de esos momentos teatrales del destino, en que se oyen unos pasos en la escalera que van a introducirse en nuestra vida, y no sabemos si será para bien o para mal. ¿Qué pretende el doctor James Mortimer, hombre de ciencia, del especialista en crímenes Sherlock Holmes?

El aspecto de nuestro visitante me sorprendió, porque esperaba ver al típico médico rural. Era un hombre muy alto y delgado, con una nariz aguileña que recordaba el pico de un ave, situada entre dos atentos ojos grises, muy juntos y brillantes tras un par de gafas con montura de oro. Vestía de forma adecuada a su profesión, pero desaliñada, ya que su levita estaba ajada y los bajos de los pantalones raídos. A pesar de ser muy joven, estaba cargado de hombros y caminaba con la cabeza hacia delante y con el aire de quien pide general benevolencia. En cuanto entró en la sala, sus ojos cayeron sobre el bastón que Holmes sostenía en la mano y se precipitó hacia él con un grito de júbilo.

—¡Cuantísimo me alegro! —gritó—. No estaba seguro de si lo había dejado aquí o en la Oficina de Navegación. No quisiera perder este bastón por nada del mundo.

—Veo que se trata de un regalo que le hicieron con motivo de un homenaje —dijo Holmes.

—Sí, señor.

—¿Del Charing Cross Hospital?

—De unos amigos de allí, con ocasión de mi boda.

—¡Vaya! ¡Esto no está nada bien! —exclamó Holmes sacudiendo la cabeza.

El doctor Mortimer, ligeramente sorprendido, parpadeó detrás de los cristales de sus gafas.

—¿Nada bien? ¿Por qué?

—Sólo porque ha desbaratado nuestras pequeñas deducciones. Dice que con

motivo de su boda, ¿no?

—Así es. Me casé, y en consecuencia abandoné el hospital y todas mis esperanzas de abrir una consulta de especialista. Fue necesario crear mi propio hogar.

—Bien, bien... A fin de cuentas, no andábamos tan desencaminados —dijo Holmes—. Y ahora, doctor James Mortimer...

—«Señor». Sólo «señor»... Un humilde miembro del Colegio de Médicos.

—Y, evidentemente, un hombre de mente precisa.

—Un mero aficionado de la ciencia, señor Holmes, un recolector de conchas en las playas del inmenso océano de lo desconocido. Supongo que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y con...

—Este es mi amigo el doctor Watson.

—Encantado de conocerle, señor Watson. He oído su nombre asociado al de su amigo. Estoy muy interesado en usted, señor Holmes. No esperaba un cráneo tan dollicocéfalo ni un desarrollo tan marcado de los supraorbitales. ¿Le importaría que pasara el dedo por su fisura parietal? Un molde de su cráneo, hasta que esté disponible el original, supondría una gran aportación para cualquier museo antropológico. No quiero excederme, pero confieso que codicio su cráneo.

Sherlock Holmes indicó a nuestro extraño visitante que tomara asiento.

—Veo que es usted tan entusiasta dentro de su línea de estudios como yo dentro de la mía —dijo—. Su dedo índice me indica que suele liar cigarrillos. Por favor, no vacile en encender uno.

El hombre sacó papel y tabaco y lio un cigarrillo con sorprendente destreza. Tenía unos dedos largos y vibrátiles, ágiles e inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes permaneció en silencio, pero sus miradas breves e incisivas denunciaban a las claras el interés que nuestro curioso visitante despertaba en él.



—Imagino —dijo por fin— que el honor de sus visitas de ayer y de hoy no obedece solamente al examen de mi cráneo.

—No, señor, no. Aunque me alegra haber tenido oportunidad de llevarlo a cabo. He venido a verle, señor Holmes, porque reconozco que soy un hombre poco práctico y porque de repente me veo enfrentado a un problema de lo más serio y extraordinario. Y reconociendo, como reconozco, que es usted el segundo experto en Europa...

—¡Vaya! ¿Puedo preguntarle quién tiene el honor de ser el primero? —preguntó Holmes con cierta aspereza.

—A un hombre de mente estrictamente científica debe atraerle con fuerza el trabajo de *monsieur* Bertillon.

—En tal caso, ¿no sería mejor consultarle a él?

—He hablado de la mente estrictamente científica. Pero es por todos sabido que, como hombre práctico, usted es único. Espero, señor, no haberle involuntariamente...

—Sólo un poco —reconoció Holmes—. Creo, doctor Mortimer, que lo mejor que puede hacer es tener la amabilidad de exponerme sin rodeos la índole del problema sobre el cual desea pedirme ayuda.



## LA MALDICIÓN DE LOS BASKERVILLE

—Tengo un manuscrito en el bolsillo —dijo el doctor James Mortimer.

—Lo he notado al entrar usted en la habitación —dijo Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—Principios del siglo XVIII, a menos que se trate de una falsificación.

—¿Cómo lo sabe?

—Mientras usted hablaba, me ha estado mostrando un par de pulgadas del mismo. Si yo no pudiera, década más o menos, señalar la fecha de un documento, sería un experto bastante deficiente. Tal vez haya leído usted mi pequeña monografía sobre el tema. Diría que su manuscrito data de 1730.

—La fecha exacta es 1742 —el doctor Mortimer lo extrajo del bolsillo de su levita—. Este documento de familia me fue confiado por *sir* Charles Baskerville, cuya repentina y trágica muerte hace tres meses originó tanto revuelo en Devonshire. Puedo afirmar que yo era un amigo personal además de su médico de cabecera. Se trataba de un hombre enérgico, perspicaz, práctico y tan poco imaginativo como yo. No obstante, se tomaba este documento muy en serio, y su mente estaba preparada para el final que, en efecto, tuvo.

Holmes alargó la mano para coger el manuscrito y lo alisó sobre su rodilla.

—Observaré, Watson, que la «s» larga alterna con la corta. Es uno de los indicios que me ha permitido fechar el documento.

Atisbé, por encima de su hombro, el papel amarillento y la escritura borrosa. En el encabezamiento se leía: «Mansión Baskerville», y debajo, en grandes números historiados: «1742».

—Parece una especie de documento.

—Sí, trata de una antigua leyenda relacionada con la familia Baskerville.

—Pero imagino que usted quiere consultarme sobre algo más reciente y más real.

—De suma actualidad. Una cuestión extremadamente real y apremiante, que debe decidirse en veinticuatro horas. Pero el manuscrito es breve y está íntimamente ligado con el problema. Si me lo permiten, voy a leérselo.

Holmes se recostó en su asiento, unió las yemas de los dedos y cerró los ojos con aire resignado. El doctor Mortimer acercó el documento a la luz y leyó, con voz aguda y a trechos entrecortada, la siguiente narración extraña y remota.

«Se han dado muchas interpretaciones acerca del origen del perro de los Baskerville,

pero en mi calidad de descendiente en línea directa de Hugo Baskerville, y por haber escuchado esta historia de labios de mi padre, quien a su vez la escuchó del suyo, la escribo con el pleno convencimiento de que todo ocurrió exactamente como paso a relatarlo. Y me gustaría que creyerais, hijos míos, que la misma justicia que castiga el pecado puede también graciosamente perdonarlo, y que no existe maldición tan grave que no pueda ser eliminada mediante la oración y el arrepentimiento. Aprended, por tanto, de esta historia, no a temer los frutos del pasado, sino a ser más circunspectos en el futuro, para que las locas pasiones que han azotado tan atroz y cruelmente a nuestra familia no vuelvan a ser una vez más nuestra perdición.

»Sabed, pues, que en tiempos de la Gran Rebelión (cuya historia, escrita por el docto lord Clarendon, os recomiendo encarecidamente) era dueño de esta propiedad Hugo Baskerville, y no puede ocultarse que se trataba del hombre más desenfrenado, soez e impío que quepa imaginar. Todo esto, a decir verdad, podrían habérselo perdonado los habitantes del lugar, dado que no abundaban precisamente por allí los santos. Pero había además en él cierto gusto gratuito por la crueldad que hizo su nombre paradigmático en toda la parte occidental de la comarca. Un buen día Hugo se enamoró (si cabe aplicar a una pasión tan oscura como la suya una palabra tan radiante) de la hija de un pequeño terrateniente, cuyas tierras lindaban con las propiedades de los Baskerville. Pero la doncella, que era discreta y gozaba de buena reputación, le evitaba siempre, asustada por su terrible fama. Ocurrió que, un día de San Miguel, el tal Hugo, con cinco o seis de sus compañeros ociosos y desalmados, se dirigieron secretamente a la granja y secuestraron a la muchacha, estando, como ellos bien sabían, ausentes su padre y sus hermanos. Una vez llegados a la mansión, la encerraron en una estancia del primer piso, mientras Hugo y sus amigos iniciaban una larga francachela, como solían hacer todas las noches. La pobre joven estaba a punto de enloquecer al oír las canciones, gritos y terribles blasfemias que llegaban desde la planta baja, pues se dice que las palabras que utilizaba Hugo Baskerville cuando estaba borracho hubieran debido fulminar a quien las pronunciaba. Finalmente, impulsada por el pánico, ella hizo algo a lo que tal vez no se hubiera atrevido el más valiente y ágil de los hombres, pues, con la ayuda de la hiedra que cubría, y todavía cubre, el muro sur, se descolgó hasta el suelo y se puso en camino hacia la granja de su padre, a través de las tres leguas de páramo que median entre ésta y la mansión.

»Sucedió que un poco más tarde Hugo dejó a sus invitados con el propósito —y tal vez con otros propósitos peores— de llevarle comida y bebida a su prisionera, y se encontró con que la jaula estaba vacía y el pájaro había volado. Parece que entonces se apoderó de él el mismísimo diablo, porque bajó corriendo las escaleras hasta el comedor, saltó encima de la mesa, haciendo volar por el aire jarros y fuentes, y juró a gritos delante de todos que aquella misma noche entregaría cuerpo y alma a las Fuerzas del Mal si conseguía dar alcance a la muchacha y, aunque aquellos tipos disolutos quedaron espantados ante la furia de Hugo, uno de ellos, más malvado o

acaso más borracho que los demás, propuso lanzar a los perros de caza tras ella. Entonces Hugo se precipitó fuera de la casa, ordenó gritando a sus criados que ensillaran su yegua y soltaran la jauría, y arrojó a los perros un pañuelo de la muchacha, que los puso sobre su pista e hizo que los animales se lanzaran aullando al páramo inundado por la luz de la luna.

»Durante unos instantes, los depravados juerguistas quedaron petrificados, sin acabar de entender lo que a tanta velocidad había acontecido ante sus ojos. Pero luego sus embotadas mentes previeron lo que con toda probabilidad iba a tener lugar en el páramo. Se armó un alboroto general; unos pedían sus armas, otros sus caballos, y algunos una jarra de vino. Finalmente, no obstante, sus enloquecidas mentes recobraron un ápice de sensatez, y todos ellos, trece en total, montaron en sus caballos e iniciaron la persecución. La luna brillaba radiante sobre sus cabezas y cabalgaron a galope tendido, siguiendo la ruta que la doncella tenía que haber tomado forzosamente para regresar a su casa.

»Habían recorrido un par de millas, cuando pasaron junto a uno de los pastores que guardan el ganado durante la noche, y le preguntaron a gritos si había visto la presa a la que daban caza. Cuenta la historia que el hombre estaba tan paralizado por el miedo que apenas podía hablar, pero acabó diciendo que sí había visto a la infeliz doncella y a los perros que seguían su rastro. “Pero he visto algo más” agregó, “porque Hugo Baskerville cruzó junto a mí, montado en su yegua negra, y tras él corría en silencio un perro infernal, que no quiera Dios vea yo nunca pisándome los talones”. Al oír estas palabras, los caballeros maldijeron al pastor y siguieron su camino. Pero muy pronto se les heló la sangre en las venas, porque oyeron los cascos de un caballo al galope e inmediatamente después pasó junto a ellos, cubierta de blanca espuma, la yegua negra de Hugo, con las riendas arrastrando por el suelo y la silla vacía. Los juerguistas, invadidos por el espanto, arrimaron unas a otras sus monturas, pero, sin embargo, siguieron cabalgando por el páramo, a pesar de que cualquiera de ellos, de haber estado solo, hubiera vuelto grupas encantado. Avanzando de esta guisa, y más despacio, llegaron por fin al lugar donde estaba la jauría. Los perros, famosos por su valor y por la pureza de su raza, se apelotonaban ahora gimoteantes al inicio de una hondonada. Unos trataban de escabullirse y retroceder; otros miraban con el pelaje erizado y los ojos desorbitados el estrecho valle que se abría ante ellos. Los jinetes —menos borrachos, como es fácil entender, que al comienzo de la cacería— se detuvieron. La mayor parte de ellos se negó a seguir adelante, pero tres, los más audaces, o tal vez los más ebrios, lanzaron sus caballos pendiente abajo, hasta desembocar en un espacio amplio, donde se alzaban dos de esas grandes piedras —que aún perduran hoy en día— erguidas en la Antigüedad por pueblos olvidados.

»La luna iluminaba el paraje, y en el centro yacía la infeliz doncella, allí donde había caído, muerta de miedo y de fatiga. Pero no fue ver su cuerpo, ni siquiera ver el cuerpo de Hugo Baskerville yaciendo cerca de ella, lo que hizo que a los tres

depravados bravucones se les erizaran los cabellos; fue que encima de Hugo y desgarrándole la garganta había una espantosa criatura, una enorme bestia negra en forma de perro, pero más grande que ningún perro que ojos mortales hubieran visto jamás. Y, mientras estaban allí mirando, aquel ser espantoso arrancó la garganta de Hugo Baskerville y, cuando volvió sus ojos llameantes y sus mandíbulas ensangrentadas hacia ellos, los tres gritaron despavoridos y huyeron a galope por el páramo sin dejar de lanzar alaridos. Se cuenta que uno de ellos murió aquella misma noche a consecuencia de lo que había visto, y que los otros dos no fueron sino desechos humanos durante el resto de sus vidas.

»Esta es la historia, hijos míos, de la aparición del perro que desde entonces ha acosado tan cruelmente a nuestra familia. La he escrito porque aquello que conocemos con claridad nos aterroriza menos que aquello que intuimos o fantaseamos. No cabe negar que muchos miembros de nuestra familia han sufrido muertes desdichadas, unas muertes repentinas, sangrientas y misteriosas. Tal vez podamos confiar, sin embargo, en la infinita bondad de la Providencia, que, según consta en las Sagradas Escrituras, no castigará a seres inocentes más allá de la tercera o cuarta generación. A esta Providencia, hijos míos, os encomiendo ahora, y os aconsejo que, como medida de precaución, os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas oscuras en que triunfan las Fuerzas del Mal.

(De Hugo Baskerville a sus hijos Rodger y John, con la recomendación de que no transmitan nada de su contenido a su hermana Elizabeth)».

Cuando el doctor Mortimer terminó de leer aquella extraña historia, se levantó las gafas hasta la frente y clavó la mirada en Sherlock Holmes, que bostezó y arrojó al fuego la colilla de su cigarrillo.

—¿Y bien? —dijo.

—¿No lo encuentra usted interesante?

—Para un coleccionista de cuentos de hadas, sí lo es.

El doctor Mortimer se sacó del bolsillo un periódico doblado.

—Ahora, señor Holmes, le proporcionaré algo un poco más reciente. Aquí tenemos el *Devon County Chronicle* del 14 de mayo del presente año. Contiene un breve resumen de los datos conocidos acerca de la muerte de *sir* Charles Baskerville, que había tenido lugar unos días antes.





Mi amigo se inclinó hacia delante y la expresión de su rostro se hizo más atenta. Nuestro visitante se colocó bien las gafas y comenzó a leer.

«El reciente y repentino fallecimiento de *sir* Charles Baskerville, cuyo nombre había sido mencionado como probable candidato liberal de Mid-Devon para las próximas elecciones, ha consternado a todo el condado. A pesar de que *sir* Charles ha residido en la Mansión de los Baskerville un periodo de tiempo relativamente breve, su simpatía y su extremada generosidad le habían granjeado la estima y el respeto de

cuantos le conocían. En esta época de *nouveaux riches*, es reconfortante encontrar un caso en que el vástago de una antigua familia del condado que ha sufrido reveses de fortuna es capaz de enriquecerse por sí mismo fuera de aquí y de regresar a la tierra de sus antepasados para restablecer el perdido esplendor de su linaje. *Sir Charles*, como es bien sabido, ganó grandes sumas de dinero especulando en Sudáfrica, pero, más prudente que aquellos que siguen el juego hasta que gira la rueda de la fortuna y se pone contra ellos, recogió sus ganancias y regresó con ellas a Inglaterra. Han transcurrido sólo dos años desde que estableció su residencia en la Mansión de los Baskerville, y son por todos conocidos los proyectos y mejoras que se han visto truncados por su muerte. Dado que no tenía hijos, *sir Charles* había expresado públicamente sus deseos de que la comarca entera se beneficiara, estando él todavía con vida, de su buena suerte, y son muchas las personas que tendrán motivos personales para lamentar su prematuro fallecimiento. Estas columnas se han hecho eco con frecuencia de sus generosos donativos a obras benéficas locales o del condado.

»No puede decirse que las circunstancias relacionadas con el fallecimiento de *sir Charles* hayan quedado completamente aclaradas en la investigación judicial, pero, al menos, lo han sido lo suficiente para acallar los rumores que había suscitado una superstición local. No hay razones para sospechar la existencia de un delito, ni para suponer que la muerte no se debiera a causas naturales. *Sir Charles* era viudo, y en algunos aspectos era tal vez un poco excéntrico. A pesar de su considerable fortuna, tenía unos gustos sencillos y la servidumbre de la Mansión de los Baskerville consistía en un matrimonio llamado Barrymore: el marido en calidad de mayordomo, y la esposa en calidad de ama de llaves. Su testimonio, corroborado por el de varios amigos, ponía de manifiesto que la salud de *sir Charles* no era muy buena desde hacía algún tiempo, y hacía especial hincapié en una dolencia cardiaca, que se manifestaba en cambios de color, dificultades respiratorias y agudas crisis depresivas. El doctor James Mortimer, amigo y médico de cabecera del difunto, ha testificado en el mismo sentido.

»Los hechos del caso son sencillos. *Sir Charles Baskerville* solía, antes de acostarse, dar todas las noches un paseo por el famoso Sendero de los Tejos de la Mansión de los Baskerville. El testimonio de los Barrymore confirma esta costumbre. El 4 de mayo, *sir Charles* manifestó su intención de viajar a Londres al día siguiente, y ordenó a Barrymore que le preparara el equipaje. Aquella noche salió a dar su habitual paseo nocturno, durante el cual solía fumarse un cigarro. Nunca regresó. A las doce, Barrymore, al encontrar la puerta del vestíbulo aún abierta, se alarmó y, tras encender una linterna, salió en busca de su señor. El día había sido lluvioso y fue fácil seguir las huellas de *sir Charles* por el Sendero de los Tejos. A la mitad de este recorrido hay un portillo que da al páramo. Había indicios de que *sir Charles* se había detenido allí un rato. El mayordomo siguió adelante y en el extremo más alejado de la mansión encontró el cadáver. Uno de los hechos que quedan todavía sin explicar es

que, según la declaración de Barrymore, las huellas de su señor cambiaban de aspecto al rebasar el portillo que daba al páramo, y que a partir de allí parecía que hubiera andado de puntillas. Un tal Murphy, un gitano tratante de caballos, se encontraba en esos momentos en el páramo, a poca distancia, aunque, según su propia confesión, estaba borracho. Murphy declara que oyó unos gritos, pero no logra determinar de qué dirección procedían. No se encontraron señales de violencia en el cuerpo de *sir* Charles, y, a pesar de que el informe del médico indica que el rostro presentaba una distorsión inverosímil —tan grande que el doctor Mortimer se resistió a creer en un primer momento que el cuerpo que se hallaba ante él fuera el de su amigo y paciente—, se dijo que este síntoma no es inhabitual en ciertos casos de disnea y de muerte por agotamiento cardíaco. Esta explicación fue confirmada por la autopsia, que reveló la presencia de una enfermedad crónica, y, en la vista del juez de instrucción, el jurado coincidió con los médicos. Nos complace que haya sido así, porque es, evidentemente, de suma importancia que el heredero de *sir* Charles se instale en la mansión y prosiga la encomiable tarea que ha sido de forma tan cruel interrumpida. Si las prosaicas conclusiones del juez de instrucción no hubieran puesto fin a las románticas historias que corrían en relación a estos sucesos, podría haber resultado difícil encontrar un nuevo inquilino para la Mansión de los Baskerville. Tenemos noticia de que el pariente más próximo de *sir* Charles es el señor Henry Baskerville, hijo de su hermano menor, en caso de que todavía siga con vida. La última vez que se supo de él, se encontraba en Estados Unidos, y se están iniciando las averiguaciones pertinentes para informarle de su cambio de fortuna».

El doctor Mortimer volvió a doblar el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

—Estos son, señor Holmes —dijo—, los hechos relacionados con la muerte de *sir* Charles Baskerville publicados por la prensa.

—Tengo que agradecerle —dijo Sherlock Holmes— que haya llamado mi atención sobre un caso que presenta ciertamente rasgos interesantes. Recuerdo haber leído, en su momento, alguna referencia en los periódicos, pero estaba enfrascado en el asunto de los camafeos del Vaticano y, arrastrado por mi deseo de complacer a Su Santidad, perdí contacto con algunos casos muy interesantes de nuestro país. ¿Dice usted que este artículo contiene todos los datos que son de dominio público?

—Así es.

—En tal caso, infórmeme acerca de los privados.

Sherlock Holmes se recostó en el sofá, unió las puntas de los dedos y adoptó su expresión más impasible y justiciera.

—Al hacerlo —dijo el doctor Mortimer, que había empezado a mostrar síntomas de intensa emoción—, les contaré algo que no he revelado a nadie. Mis razones para ocultarlo durante la investigación al juez de instrucción son que un hombre de ciencia no quiere apoyar públicamente algo que, en apariencia, podría fomentar una

superstición popular. Además hay otro motivo. La Mansión de los Baskerville quedaría, tal como el periódico sugiere, ciertamente sin inquilino si contribuyéramos de algún modo a empeorar su ya de por sí pésima y siniestra reputación. Por ambas razones, me ha parecido justificado declarar bastante menos de lo que sabía, dado que no iba a obtener al hacerlo ningún beneficio práctico. Pero no veo motivo alguno para no ser completamente franco con usted.

»El páramo está escasamente habitado, y los pocos vecinos con que cuenta mantienen un trato muy estrecho. Por esta razón, yo veía a menudo a *sir* Charles Baskerville. Si exceptuamos al señor Frankland, de la Mansión Lafter, y al señor Stapleton, el naturalista, no hay en muchas millas a la redonda otras personas cultas. *Sir* Charles era un hombre reservado, pero su enfermedad dio ocasión a que nos tratáramos, y nuestro común interés por la ciencia nos mantuvo unidos. *Sir* Charles había traído mucha información científica de Sudáfrica y pasamos juntos muchas veladas agradables conversando sobre la anatomía comparada de los bosquimanos y los hotentotes.

»En el transcurso de los últimos meses advertí, cada vez con mayor claridad, que el sistema nervioso de *sir* Charles alcanzaba una tensión próxima al punto de ruptura. Se había tomado enormemente en serio la leyenda que acabo de leerles... Hasta el punto de que, aunque paseaba por los terrenos de su propiedad, nada en el mundo le habría impulsado a asomarse al páramo durante la noche. Por increíble que a usted le parezca, señor Holmes, estaba sinceramente convencido de que pesaba sobre su familia un destino terrible, y, a decir verdad, la información que él tenía de sus antecesores no invitaba al optimismo. Le perseguía constantemente una aparición terrible, y me preguntó en más de una ocasión si, en el transcurso de mis idas y venidas como médico, no había visto por las noches algún animal extraño, o si no había oído los ladridos de un perro. Esta última pregunta me la hizo varias veces, y siempre con una voz vibrante de excitación.

»Recuerdo muy bien una visita en coche a su casa al anochecer, tres semanas antes del fatal desenlace. *Sir* Charles se hallaba casualmente junto a la puerta principal. Yo me había apeado de mi calesa y estaba delante de él, cuando advertí que su mirada se clavaba en algo por encima de mis hombros, y que sus ojos se dilataban en una expresión de horror. Di media vuelta y tuve el tiempo justo para vislumbrar algo que me pareció una gran ternera negra que cruzaba por el extremo de la avenida. *Sir* Charles estaba tan excitado y alarmado que tuve que trasladarme al lugar exacto donde había visto al animal y buscarlo por los alrededores. Pero había desaparecido, y este incidente dejó una impresión desastrosa en la mente de *sir* Charles. Yo permanecí a su lado toda la velada, y fue entonces, para explicarme la emoción que había sentido, cuando me confió para su custodia el relato que les he leído al comienzo de mi visita. Menciono este episodio porque adquiere cierta importancia en vista de la tragedia que siguió, pero en aquel momento estaba convencido de que se trataba de un asunto por completo trivial y de que no existían razones que justificaran

la excitación de *sir* Charles.

»*Sir* Charles iba a viajar a Londres por consejo mío. Yo sabía que él padecía una dolencia cardíaca, y la permanente ansiedad en la que vivía, aunque obedeciera a causas imaginarias, le estaba afectando seriamente la salud. Pensé que unos meses inmerso en las distracciones de la gran ciudad harían que regresara como un hombre nuevo. El señor Stapleton, un amigo común que estaba también muy preocupado por el estado de su salud, era de la misma opinión. Pero en el último instante se produjo aquella terrible catástrofe.

»La noche de la muerte de *sir* Charles, Barrymore, el mayordomo, que fue quien descubrió el cadáver, mandó a Perkins, el mozo de establo, a buscarme a caballo y, como yo estaba todavía levantado, pude llegar a la Mansión de los Baskerville antes de que hubiese transcurrido una hora desde el suceso. Comprobé y confirmé todos los hechos que se mencionan en la investigación. Seguí las huellas de los pies a lo largo del Sendero de los Tejos, vi el lugar, junto al portillo lindante con el páramo, donde él parecía haber estado esperando, observé el cambio que experimentaba a partir de allí la forma de las pisadas y comprobé que sobre la blanca arenilla no había otras huellas, excepto las de Barrymore. Por último, examiné el cadáver, que nadie había tocado hasta mi llegada. *Sir* Charles yacía boca abajo, los brazos extendidos, los dedos clavados en el suelo y las facciones de su cara convulsionadas por una fuerte emoción, hasta tal punto que difícilmente hubiera podido declarar yo bajo juramento que se trataba de él. No había, desde luego, ningún tipo de lesión. Pero Barrymore hizo en el curso de la investigación una afirmación falsa. Aseguró que no había ninguna huella alrededor del cadáver. El mayordomo no había observado ninguna. Yo sí... Estaban a cierta distancia, pero eran recientes y claras».

—¿Huellas de pisadas?

—Huellas de pisadas.

—¿De un hombre o de una mujer?

El doctor Mortimer nos miró de un modo extraño durante un instante, y su voz se convirtió casi en un susurro al responder.

—Señor Holmes, ¡eran las huellas de un perro gigantesco! —dijo.



## EL PROBLEMA

Confieso que al oír aquellas palabras sentí un escalofrío. Había en la voz del doctor un temblor que mostraba a las claras que también a él le afectaba profundamente lo que acababa de contar. Holmes se inclinó excitado hacia delante y había en sus ojos ese brillo duro e impasible que surgía en ellos cuando algo le interesaba vivamente.

—¿Las vio usted?

—Con tanta claridad como le estoy viendo a usted.

—¿Y no dijo nada?

—¿Para qué?

—¿Cómo es que nadie más las vio?

—Las huellas estaban a unas veinte yardas del cadáver y nadie les prestó atención. Supongo que tampoco yo lo habría hecho de no conocer la leyenda.

—¿Hay muchos perros pastores en el páramo?

—Sin duda. Pero no se trataba de un perro pastor.

—¿Dice usted que era muy grande?

—Era enorme.

—Pero ¿no se había acercado al cuerpo?

—No.

—¿Qué tiempo hacía aquella noche?

—Húmedo y frío.

—¿Pero no llovía?

—No.

—¿Cómo es el sendero?

—Hay dos hileras de tejos viejos, que forman un seto impenetrable de doce pies de altura. El propio sendero tiene unos ocho pies de anchura.

—¿Hay algo entre los setos y el paseo?

—Sí, una franja de césped de unos seis pies a cada lado.

—¿Y el seto que forman los tejos queda cortado por un portillo?

—Sí, el portillo que da al páramo.

—¿Existe alguna otra salida?

—Ninguna.

—¿De modo que para llegar al Sendero de los Tejos hay que partir desde la casa o entrar por el portillo que da al páramo?

—Existe otra salida por el cenador, en el extremo más alejado.

—¿Había llegado *sir* Charles hasta allí?

—No, yacía a unas cincuenta yardas de ese punto.

—Ahora dígame, doctor Mortimer, y esto es importante, ¿las huellas que usted vio estaban en el camino y no en el césped?

—En el césped no se veía ninguna huella.

—¿Estaban las huellas en el lado del sendero que da al portillo?

—Sí, al borde del sendero y en el lado del portillo.

—Lo que usted dice me interesa muchísimo. Otro detalle. ¿Está cerrado el portillo?

—Cerrado y con el candado puesto.

—¿Qué altura tiene?

—Unos cuatro pies.

—En tal caso, cualquiera pudo haber pasado por encima, ¿no?

—Sí.

—¿Vio usted alguna huella junto al portillo?

—No vi nada especial.

—¡Válgame Dios! ¿Nadie lo examinó?

—Sí, yo mismo lo examiné.

—¿Y no encontró nada?

—Todo estaba muy confuso. No hay duda de que *sir* Charles permaneció allí cinco o diez minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se le había caído dos veces la ceniza del cigarro.

—¡Excelente! Aquí tenemos, Watson, un perfecto colega para nosotros. Pero ¿y las huellas?

—*Sir* Charles había dejado las suyas repetidamente en aquel tramo del camino. No pude descubrir ninguna otra.

Sherlock Holmes se dio con impaciencia una palmadita en la rodilla.

—¡Si yo hubiera estado allí! —exclamó—. Se trata de un caso extraordinariamente interesante, que ofrece grandes oportunidades al investigador especializado. Ese sendero en el que yo podría haber leído tantas cosas ha sido emborronado hace tiempo por la lluvia y borrado por los zuecos de los campesinos curiosos. ¿Por qué no me llamó usted antes, doctor Mortimer? Tiene, desde luego, mucha responsabilidad en este punto.

—No podía llamarle a usted, señor Holmes, sin revelar al mundo los hechos que acabo de contarle, y ya he expuesto mis razones para no querer hacerlo. Además, además...

—¿Por qué vacila usted?

—Existe una zona donde ni el más agudo y experimentado detective puede hacer nada.

—¿Quiere usted decir que se trata de algo sobrenatural?

—Yo no he dicho eso.



—No, pero es evidente que lo piensa.

—Desde que tuvo lugar la tragedia, señor Holmes, han llegado a mis oídos varios incidentes difíciles de conciliar con el orden establecido por la naturaleza.

—¿Por ejemplo?

—He descubierto que, antes del terrible suceso, varias personas habían visto en el páramo a una criatura que coincide con ese demonio de los Baskerville, y no puede tratarse de ningún animal conocido por la ciencia. Todos describen a una criatura enorme, luminosa, horrible y espectral. He interrogado a estas personas: un campesino con gran sentido práctico, un herrero y un granjero del páramo, y los tres describen del mismo modo la espantosa aparición, que se corresponde punto por punto con el infernal perro de la leyenda. Le aseguro que en el distrito se ha instaurado el reinado del terror y que demuestra un gran valor quien cruza estas noches el páramo.

—Y usted, un profesional de la ciencia, ¿cree que se trata de algo sobrenatural?

—No sé qué creer.

Holmes se encogió de hombros.

—Hasta ahora he limitado mis investigaciones a este mundo —dijo—. Combato el mal dentro de mis modestas posibilidades; enfrentarse al Padre del Mal en persona quizá sea una tarea demasiado ambiciosa. Usted admite, sin embargo, que las huellas son reales y corpóreas.

—El perro originario era lo bastante real y lo bastante corpóreo como para desgarrar la garganta de un hombre, sin dejar por ello de ser diabólico.

—Veo que se ha pasado usted por entero al bando de quienes creen en lo sobrenatural. Pero dígame una cosa, doctor Mortimer. Si es este su modo de pensar, ¿por qué ha venido a consultarme a mí? Me dice a un tiempo que es inútil investigar la muerte de *sir* Charles y que desea que lo haga.

—No he dicho que quiera que lo haga.

—Si esto es así, ¿en qué puedo ayudarle?

—Aconsejándome sobre lo que debo hacer con *sir* Henry Baskerville, que llega a la estación de Waterloo —el doctor Mortimer consultó su reloj— dentro de una hora y cuarto aproximadamente.

—¿Es el heredero?

—Sí. Al morir *sir* Charles, hicimos indagaciones acerca de este joven, y descubrimos que había sido granjero en Canadá. De acuerdo con los informes que hemos recibido, se trata de un excelente muchacho desde todos los puntos de vista. Ahora no hablo como médico, sino en calidad de albacea testamentario de *sir* Charles.

—No hay ningún otro pretendiente a la herencia, ¿verdad?

—No. El único familiar del que tuvimos noticia, aparte de él, fue Rodger Baskerville, benjamín de los tres hermanos de los que *sir* Charles era el primogénito. El segundo, que murió joven, era el padre de este muchacho, Henry. El tercero,

Rodger, fue la oveja negra de la familia. Procedía de la vieja cepa despótica de los Baskerville y, según me han contado, era la viva imagen del retrato que conserva la familia del viejo Hugo. Su situación aquí se hizo imposible, huyó a América Central y murió allí de fiebres amarillas en 1876. Henry es el último de los Baskerville. Dentro de una hora y cinco minutos me reuniré con él en la estación de Waterloo. He sabido por un telegrama que llegaba esta mañana a Southampton. Y ahora, señor Holmes, ¿qué me aconseja usted que haga con él?

—¿Por qué no habría de regresar al hogar de sus mayores?

—Parece lo lógico, ¿verdad? Considere, no obstante, que todos los Baskerville que van allí son víctimas de un destino cruel. Estoy seguro de que, si hubiera podido hablar conmigo antes de morir, *sir* Charles me habría encomendado que no se trajese a ese lugar letal al último vástago de una antigua raza y heredero de una gran fortuna. No se puede negar, sin embargo, que la prosperidad de toda la comarca, tan pobre y deshabitada, depende de su presencia allí. Todo el bien que ha hecho *sir* Charles se vendrá estrepitosamente abajo si la mansión queda vacía. Y, ante el temor de dejarme llevar por mi evidente interés en el asunto, he decidido exponerle el caso a usted y pedirle consejo.

Holmes reflexionó unos instantes.

—Dicho en pocas palabras, la cuestión es la siguiente: en opinión de usted existe un factor diabólico que hace de Dartmoor una residencia peligrosa para un Baskerville, ¿no es eso?

—Al menos, estoy dispuesto a afirmar que existen algunas pruebas en este sentido.

—Exacto. Pero, indudablemente, si su teoría sobrenatural es correcta, el joven en cuestión estará tan expuesto en Londres como en Devonshire. Un demonio cuya jurisdicción se limitara, como la de una junta parroquial, a una localidad resulta inconcebible.

—Plantea usted la cuestión, señor Holmes, con una ligereza a la que probablemente renunciaría si entrase en contacto personal con esas cosas. Su punto de vista, por lo que se me alcanza, es que el joven Baskerville estará tan a salvo en un sitio como en otro. Llega dentro de cincuenta minutos. ¿Qué me aconseja usted?

—Le aconsejo, señor mío, que pida un coche, llame a su *spaniel*, que está arañando mi puerta principal, y siga su camino hasta Waterloo para reunirse con *sir* Henry Baskerville.

—¿Y después?

—Después no le diga a él nada de esto hasta que me haya formado una opinión.

—¿Cuánto tiempo le llevará formarse una opinión?

—Veinticuatro horas bastan. Le agradeceré mucho, doctor Mortimer, que mañana, a las diez en punto de la mañana, venga a visitarme, y será muy útil, para mis planes futuros, que traiga consigo a *sir* Henry Baskerville.

—Así lo haré, señor Holmes.

Garabateó los detalles de la cita en el puño de su camisa y, con aspecto ausente y mirada perdida, se apresuró a abandonar la habitación. Holmes le detuvo cuando estaba en lo alto de la escalera.

—Una última pregunta, doctor Mortimer. ¿Ha dicho usted que antes de la muerte de *sir* Charles hubo varias personas que vieron esa aparición en el páramo?

—Tres personas.

—¿La ha visto alguien después?

—No, que yo sepa.

—Muchas gracias. Buenos días.

Holmes regresó a su asiento con un sereno aire de satisfacción interior, del que cabía deducir que tenía ante sí una tarea que era de su agrado.

—¿Va usted a salir, Watson?

—Sólo si no puedo serle útil.

—No, amigo mío, es en el momento de la acción cuando recorro a su ayuda. Pero esto que acabamos de oír es espléndido, realmente único desde varios puntos de vista. Cuando pase por Brandely's, ¿querrá pedirle que me envíe una libra de la picadura más fuerte? También le agradecería que organizase sus planes para no regresar antes de la noche. Entonces me agradecerá mucho cambiar impresiones con usted sobre el interesantísimo problema que han propuesto esta mañana a nuestra consideración.

Yo sabía que la soledad y el aislamiento eran muy necesarios para mi amigo durante las horas de intensa concentración mental en las que sopesaba hasta los indicios más insignificantes y elaboraba teorías alternativas, que luego contrastaba para decidir qué puntos eran esenciales y cuáles resultaban accesorios. Pasé, pues, el día en mi club, y no regresé a Baker Street hasta la noche. Eran casi las nueve cuando me vi de nuevo en nuestra sala.

Mi primera impresión fue que allí se había declarado un incendio, porque había tanto humo que apenas se distinguía la luz de la lámpara situada encima de la mesa. Sin embargo, mis temores se disiparon muy pronto, porque el escozor que sentí en la garganta y que me hizo toser se debía al humo acre de un tabaco muy fuerte y áspero. A través de la neblina, tuve una vaga visión de Holmes en batín, hecho un ovillo en un sillón y con su negra pipa de arcilla entre los labios. En el suelo y alrededor de él yacían varios rollos de papel.

—¿Se ha resfriado, Watson?

—No, es esta atmósfera irrespirable.

—Ahora que usted lo dice, creo que, en efecto, está un poco cargada.

—¡Un poco cargada! Es puro veneno.

—Pues abra la ventana. Veo que ha pasado usted todo el día en el club.

—¡Pero Holmes!

—¿Estoy en lo cierto?

—Desde luego, pero, ¿cómo...?

Holmes se echó a reír ante mi desconcierto.

—Hay en usted cierta deliciosa inocencia, Watson, que convierte en un placer ejercitar a costa suya mis modestas facultades deductivas. Un caballero sale de casa un día lluvioso, y regresa por la noche con el traje immaculado y las botas sin rastros de barro. Esto significa que en todo el día no se ha movido de lugar. No es hombre que tenga amigos íntimos. ¿Dónde puede haber estado, pues? ¿No es evidente?



—Bueno, sí, es bastante evidente.

—El mundo está lleno de cosas evidentes en las que nadie repara. ¿Dónde imagina usted que he estado yo?

—Tampoco se ha movido.

—Al contrario. He estado en Devonshire.

—¿En espíritu?

—Exactamente. Mi cuerpo ha permanecido en este sillón, y siento comprobar que, durante mi ausencia, ha consumido dos cafeteras de buen tamaño y una increíble cantidad de tabaco. Después de que usted se marchara, hice que me enviaran de Stanford un mapa oficial de esta zona del páramo y mi espíritu se ha pasado todo el día pendiendo sobre él. Me considero capaz de recorrerlo con los ojos cerrados.

—Un mapa a gran escala, supongo.

—A grandísima escala —Holmes desplegó una sección del mapa y la sostuvo sobre las rodillas—. Aquí tiene usted el distrito completo que nos interesa. Con la Mansión de los Baskerville en el centro.

—¿Y un bosque alrededor?

—Exactamente. Imagino que el Sendero de los Tejos, aunque no esté indicado con ese nombre, debe de extenderse a lo largo de esta línea, con el páramo, como puede usted ver, a la derecha. Ese puñado de edificios es la aldea de Grimpen, donde reside nuestro amigo el doctor Mortimer. En un radio de cinco millas sólo hay unas cuantas casas desperdigadas. Aquí está la Mansión Lafter, mencionada en el relato. Esta indicación quizá señale la casa del naturalista. Si no recuerdo mal, se llama Stapleton. Aquí tenemos dos granjas dentro del páramo, High Tor y Foulmire. Luego, a más de catorce millas, el gran complejo penitenciario de Princetown. Entre estos puntos dispersos y en torno a ellos se extiende el páramo desolado y sin vida. Este es, por tanto, el escenario donde se ha representado la tragedia y donde quizá contribuyamos a que se represente de nuevo.

—Debe de ser un lugar salvaje.

—Sí, el decorado es fantástico. Si el diablo desea de verdad intervenir en los asuntos de los hombres...

—Entonces, ¿también usted se inclina por una explicación sobrenatural?

—Los agentes del demonio pueden ser de carne y hueso, ¿no es cierto? Desde un principio se plantean dos cuestiones. La primera es si se ha cometido realmente un delito. La segunda, de qué delito se trata y cómo se cometió. Desde luego, si la teoría del doctor Mortimer fuera correcta y tuviéramos que vérnoslas con fuerzas que desbordan las leyes ordinarias de la naturaleza, ahí terminaría nuestra investigación. Pero estamos obligados a agotar todas las hipótesis restantes antes de recurrir a ésta. Si no tiene inconveniente, podríamos volver a cerrar la ventana. Es muy curioso, pero creo que una atmósfera cargada ayuda a mantener la concentración mental. No lo he llevado hasta el extremo de meterme en una caja para pensar, pero este sería el resultado lógico de mi convencimiento. ¿También le ha dado usted vueltas al caso?

—Sí, he pensado mucho en él durante todo el día.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Es un caso muy desconcertante.

—Tiene, sin duda, características peculiares. Hay puntos que sobresalen y llaman la atención. El cambio de la forma de las huellas, por ejemplo. ¿Qué opina de esto?

—Mortimer dijo que el difunto recorrió andando de puntillas aquella parte del sendero.

—El doctor se limitó a repetir lo que había dicho algún majadero en el curso de la investigación. ¿Por qué tendría que andar nadie de puntillas por el sendero?

—¿Qué sucedió, pues?

—Corría, Watson, corría desesperadamente, corría para salvar la vida, corría hasta que le estalló el corazón y cayó muerto.

—Corría... ¿huyendo de qué?

—Esto es lo que nos corresponde a nosotros averiguar. Hay indicios de que *sir* Charles estaba ya atenazado por el miedo antes de empezar a correr.

—¿Cómo lo sabe?

—Imagino que la causa de sus temores surgió mientras cruzaba el páramo. Si este es el caso, y parece lo más probable, sólo un hombre que no está en sus cabales corre alejándose de la casa en vez de regresar a ella. Si damos crédito al testimonio del gitano, corrió pidiendo auxilio a gritos en la dirección donde era menos probable que lo encontrara. Por otra parte, ¿a quién estaba esperando aquella noche y por qué le esperaba en el Sendero de los Tejos y no en su propia casa?

—¿Cree que esperaba a alguien?

—*Sir Charles* era un hombre enfermo y de edad avanzada. Es muy comprensible que diera un paseo al anochecer, pero el suelo estaba húmedo y la noche era inclemente. ¿Es lógico que permaneciera quieto cinco o diez minutos, como el doctor *Mortimer*, con más sentido práctico del que yo le hubiera atribuido, dedujo gracias a la ceniza del cigarro?

—Pero salía todas las noches.

—Me parece improbable que todas las noches se detuviera junto al portillo que da al páramo. Sabemos, por el contrario, que evitaba el páramo. Pero aquella noche esperó allí. Al día siguiente partía hacia Londres. El asunto empieza a cobrar forma, *Watson*, se hace coherente. Y ahora, si no le importa, pásame el violín, y no volveremos a pensar en el caso hasta que tengamos ocasión de reunirnos con el doctor *Mortimer* y con *sir Henry Baskerville* por la mañana.



## SIR HENRY BASKERVILLE

Terminamos pronto de desayunar, y Holmes, en batín, esperó la entrevista prometida. Nuestros clientes acudieron puntualmente a la cita. El reloj acababa de dar las diez cuando entró el doctor Mortimer, seguido del joven *baronet*. Este último era un hombre pequeño, de unos treinta años, despierto, de ojos negros, constitución robusta, cejas negras y tupidas, y rostro de rasgos enérgicos y combativos. Vestía un traje de *tweed* de color rojizo, y tenía el aspecto curtido de quien ha pasado mucho tiempo al aire libre, aunque algo en la firmeza de su mirada y en el tranquilo porte de sus modales delataba su noble cuna.

—*Sir Henry Baskerville* —le presentó el doctor Mortimer.

—A sus órdenes —dijo *sir Henry*—. Lo más extraño, señor Holmes, es que, si mi amigo, aquí presente, no me hubiera propuesto venir a verle esta mañana, lo hubiera hecho yo por propia iniciativa. Tengo entendido que resuelve usted pequeños acertijos, y esta mañana me he encontrado con uno que requiere más reflexión de la que yo estoy en condiciones de prestarle.

—Haga el favor de tomar asiento, *sir Henry*. ¿Debo entender que ha tenido una experiencia notable desde que ha llegado a Londres?

—Nada demasiado importante, señor Holmes. Seguramente es sólo una broma. Se trata de esta carta, si puede llamarse carta, que he recibido esta mañana.

Dejó un sobre en la mesa y todos nos inclinamos a mirarlo. Era de calidad corriente y de color gris. La dirección, «*Sir Henry Baskerville, Hotel Northumberland*», estaba escrita toscamente; en el matasellos se leía «*Charing Cross*», y la carta se había echado al correo la tarde anterior.

—¿Quién sabía que iba usted a alojarse en el *Hotel Northumberland*? —preguntó Holmes, mirando incisivamente a nuestro visitante.

—No lo sabía nadie. Lo decidimos después de mi encuentro con el doctor Mortimer.

—Pero ¿el doctor Mortimer se alojaba ya allí?

—No —dijo el doctor—, yo estaba en casa de un amigo. No existía la menor indicación de que íbamos a elegir ese hotel.



—¡Hum! Alguien parece estar muy interesado en sus andanzas.

Holmes extrajo del sobre media hoja de papel plegada en cuatro, la desdobló y la extendió sobre la mesa. Una única frase, formada por el procedimiento de pegar palabras ya impresas, atravesaba de lado a lado la página. Decía lo siguiente: «Si estima usted su vida o su razón, se mantendrá alejado del páramo». Sólo la palabra «páramo» estaba escrita a mano.

—Y ahora —dijo *sir* Henry Baskerville—, ¿podrá usted decirme, señor Holmes, qué demonios significa todo esto y quién es la persona que se interesa tanto en mis asuntos?



—¿Qué opina usted, doctor Mortimer? Tendrá que reconocer, al menos, que en esto no hay nada sobrenatural.

—No, caballero, pero podría proceder de alguien que esté convencido de que en este asunto existe algo sobrenatural.

—¿De qué están hablando? —preguntó *sir* Henry con aspereza—. Al parecer, todos ustedes están mucho más informados que yo de mis propios asuntos.

—Le prometo que, antes de que salga usted de esta habitación, *sir* Henry, le habremos hecho partícipe de todo cuanto sabemos —dijo Sherlock Holmes—. Por el momento, y con su permiso, vamos a ceñirnos a este documento tan interesante, que tuvo que componerse y echarse al correo anoche. ¿Tiene el *Times* de ayer, Watson?

—Está en aquel rincón.

—¿Le importa traérmelo? Busque la página de los editoriales, por favor.

Holmes examinó los artículos con rapidez, recorriendo las columnas de arriba abajo con la mirada.

—Magnífico artículo sobre la libertad de comercio —comentó—. Permítanme que les lea un párrafo. «Sin duda estima usted que su especialidad comercial o su industria pueden verse incentivadas mediante un arancel protector, pero, si hace uso de la razón, verá que a la larga, debido a esta clase de medidas legislativas, se mantendrá alejado el país del bienestar, disminuirá el valor de nuestras exportaciones y empeorarán las condiciones generales de vida». ¿Qué le parece, Watson? —exclamó Holmes, con regocijo, frotándose las manos—. ¿No cree que es un punto de vista admirable?

El doctor Mortimer miró a Holmes con interés profesional y *sir* Henry Baskerville volvió hacia mí sus oscuros ojos desconcertados.

—No sé mucho acerca de aranceles y cosas por el estilo —dijo—, pero me parece que nos estamos apartando un poco del tema de la carta.

—Pues yo opino, por el contrario, que nos hemos metido de lleno en él, *sir* Henry. Watson, aquí presente, conoce mejor que usted mis métodos, pero me temo que tampoco él ha captado lo que significa este párrafo.

—No, confieso que no veo ninguna relación.

—Y, sin embargo, querido Watson, existe una conexión tan estrecha entre ambos textos que uno está sacado del otro. «Estima», «vida», «razón», «se mantendrá»... ¿Ve ahora de dónde se han sacado esas palabras?

—¡Cielo santo, tiene usted razón! ¡Qué muestra de ingenio! —exclamó *sir* Henry.

—Y, por si quedara alguna duda, basta ver que las tres palabras «se mantendrá alejado» han sido cortadas juntas.

—Veamos... Así es.

—A decir verdad, señor Holmes, esto sobrepasa cuanto yo hubiera podido imaginar —dijo el doctor Mortimer, contemplando a mi amigo con asombro—. Entendería que alguien dijera que las palabras han salido de un periódico, pero precisar de cuál y añadir que se trata del editorial es lo más sorprendente que he visto

en mi vida. ¿Cómo lo ha hecho?

—Supongo, doctor, que usted sabría distinguir el cráneo de un negro del de un esquimal.

—Sin duda.

—Pero ¿cómo?

—Porque es mi afición principal. Las diferencias son evidentes. El borde supraorbital, el ángulo facial, la curva del maxilar, el...

—Pues mi afición más destacada es esta y también en este caso las diferencias son evidentes. A mis ojos, hay tanta distancia entre la tipografía *bourgeois* del *Times* y la tipografía descuidada de un periódico vespertino de medio penique como la que pueda existir para usted entre sus negros y sus esquimales. Detectar los tipos de letra es una de las ramas básicas para el experto en criminología, aunque debo confesar que, en cierta ocasión, siendo yo muy joven, confundí el *Leeds Mercury* con el *Western Morning News*... Pero un artículo del *Times* es inconfundible, y estas palabras no se podrían haber sacado de ningún otro lugar. Y, puesto que la nota se hizo ayer, era más que probable que las encontráramos en la edición de ayer.

—Por lo que entiendo, señor Holmes —dijo *sir* Henry Baskerville—, usted afirma que alguien recortó este mensaje con unas tijeras...

—Tijeras para uñas —le interrumpió Holmes—. Advierta que se trataba de unas tijeras de hoja muy pequeña, ya que quien lo hizo tuvo que dar dos tijeretazos para...

—Efectivamente. Alguien, pues, recortó el mensaje con unas tijeras pequeñas, lo pegó con engrudo y...

—Con goma —dijo Holmes.

—Con goma, en el papel. Pero me gustaría saber por qué tuvo que escribir la palabra «páramo».

—Porque no la encontró impresa. Las otras palabras eran sencillas y podían encontrarse en cualquier ejemplar del periódico, pero «páramo» es menos corriente.

—Claro, eso lo explica todo. ¿Ha descubierto algo más en el mensaje, señor Holmes?

—Hay una o dos pistas, aunque se ha hecho un gran esfuerzo por eliminarlas. La dirección está escrita como ven en letra muy tosca. El *Times*, sin embargo, es un periódico que prácticamente sólo leen las personas con una educación superior. Podemos deducir, por consiguiente, que compuso la carta una persona culta que pretendía hacerse pasar por inculta, y la preocupación por ocultar su letra sugiere además que quizá alguno de ustedes la conozca o pueda llegar a conocerla. Fíjense también en que las palabras no están pegadas en línea recta, sino unas más arriba que otras. «Vida», por ejemplo, está completamente fuera de sitio. Esto puede indicar descuido o tal vez nerviosismo y prisa. En conjunto, me inclino por lo último, ya que se trata de un asunto a todas luces importante y no es probable que quien compuso la nota pusiera en ella poco cuidado. Si es cierto que tenía prisa, surge la interesante pregunta de por qué motivo tenía tanta prisa, dado que *sir* Henry hubiera recibido

antes de abandonar el hotel cualquier carta echada al correo durante la noche. ¿Acaso temía su autor una interrupción? ¿Y por parte de quién?

—Estamos entrando en el terreno de las conjeturas —dijo el doctor Mortimer.

—Digamos, más bien, en el terreno donde se sopesan las posibilidades y se elige la más probable. Es el uso científico de la imaginación y siempre disponemos de una base real sobre la que apoyar nuestras especulaciones. Sin duda podrá usted calificarlo de conjetura, pero tengo casi la certeza de que esta dirección se ha escrito en un hotel.

—¿Cómo demonios puede saberlo?

—Si la examina con cuidado, descubrirá que tanto la pluma como la tinta han ocasionado problemas a la persona que las ha utilizado. La pluma ha dejado dos borrones en una misma palabra y se ha quedado seca tres veces en muy poco tiempo, lo cual indica que había poca tinta en el tintero. Ahora bien, raras veces permite uno que su propia pluma y su tintero lleguen a esta situación, y la combinación de que ambos fallen a la vez es bastante rara. Pero todos conocemos las plumas y los tinteros de los hoteles, donde ocurre justamente lo contrario. Sí: afirmo sin casi lugar a dudas que, si pudiéramos examinar el contenido de las papeleras de los hoteles situados en los alrededores de Charing Cross hasta encontrar el resto del mutilado artículo del *Times*, podríamos pillar de inmediato al individuo que envió tan peculiar mensaje. ¡Vaya, vaya!

Sherlock Holmes examinaba atentamente la hoja de papel con las palabras pegadas, colocándola a poca distancia de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Nada —respondió Holmes, dejando caer el papel—. Es la mitad de un pliego totalmente en blanco, sin ni siquiera filigrana. Creo que hemos extraído toda la información posible de esta carta. Y ahora, *sir* Henry, ¿le ha sucedido alguna otra cosa interesante desde su llegada a Londres?

—No, señor Holmes, me parece que no.

—¿No ha observado que nadie le siguiera o le vigilara?

—Tengo la sensación de estar inmerso de repente en un folletín —dijo nuestro visitante—. ¿Por qué demonios habría de vigilarme o de seguirme nadie?

—Ya llegaremos a esto. ¿No tiene ninguna otra cosa digna de mención antes de que entremos en materia?

—Bueno, depende de lo que usted considere digno de mención.

—Creo que todo lo que se sale del curso ordinario de la vida es digno de mención.

*Sir* Henry sonrió.

—No es mucho lo que sé acerca de la vida británica, porque he pasado la mayor parte de mi existencia en Estados Unidos y en Canadá. Pero supongo que tampoco aquí forma parte del curso ordinario de la vida que te desaparezca una bota.

—¿Le ha desaparecido una bota?

—Me ha preguntado por cualquier cosa que se saliera de lo corriente.

—Así es —intervino Holmes—, aunque el incidente pueda parecer completamente estúpido. ¿Dice usted que ha desaparecido una de sus botas?

—Digamos, si lo prefieren, que se ha extraviado. Anoche las dejé las dos fuera de la puerta, y esta mañana sólo había una. No he conseguido sacar nada del tipo que las limpió. Y lo peor es que las compré precisamente anoche en el Strand y aún no las había estrenado.

—Si no se las había puesto, ¿por qué las dejé fuera para que se las limpiaran?

—Eran de cuero y no las habían lustrado nunca. Por eso las dejé fuera de la habitación.

—¿Debo entender, pues, que ayer, al llegar a Londres, salió inmediatamente a la calle y se compró un par de botas?

—Compré un montón de cosas. Me acompañó el doctor Mortimer. Comprenda usted que, si voy a ser un distinguido terrateniente, debo vestir en consonancia, y tal vez en América me volví un poco descuidado en cuestiones de indumentaria. Compré, entre otras cosas, esas botas marrones, por las que pagué por cierto seis dólares, y he conseguido que me las roben antes de estrenarlas.

—Parece un objeto bastante inútil para el ladrón —opinó Sherlock Holmes—. Confieso compartir la opinión del doctor Mortimer de que la bota aparecerá muy pronto.

—Y ahora, caballeros —dijo con decisión el *baronet*—, me parece que he hablado más que suficiente de lo poco que sé. Ya es hora de que cumplan ustedes su promesa y me den una información completa sobre el asunto que nos ocupa.

—Su petición es muy razonable —respondió Holmes—. Doctor Mortimer, creo que lo mejor será que cuente usted la historia a *sir* Henry tal como nos la contó a nosotros.

Estimulado por estas palabras, nuestro amigo el científico sacó los papeles que llevaba en el bolsillo y expuso el caso tal como lo había hecho el día anterior. *Sir* Henry le escuchó con profunda atención y lanzando de vez en cuando una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya, al parecer me ha tocado en suerte algo más que una herencia! —comentó una vez terminada la narración—. Por supuesto, vengo oyendo hablar de ese perro desde mi infancia. Es la historia favorita de la familia, aunque hasta ahora nunca se me había ocurrido tomarla en serio. Pero, en lo que se refiere a la muerte de mi tío... bueno, todo se me mezcla en la cabeza y todavía no consigo verlo con claridad. Creo que ustedes no han decidido aún si hay que acudir a la policía o a un sacerdote.

—Exactamente.

—Y ahora se añade el ingrediente de la carta que me han mandado al hotel. Supongo que encaja con el resto.

—Parece indicar que hay alguien que sabe mejor que nosotros lo que ocurre en el

páramo —dijo el doctor Mortimer.

—Y alguien además —añadió Holmes— que está bien dispuesto hacia usted, puesto que lo previene del peligro.

—O que tal vez quiera asustarme en su propio beneficio.

—Sí, por supuesto, también cabe esta posibilidad. Estoy en deuda con usted, doctor Mortimer, por haber presentado a mi consideración un problema que ofrece tantas posibilidades interesantes. Pero tenemos que resolver una cuestión de orden práctico, *sir* Henry: ¿Es aconsejable o no que resida usted en la Mansión de los Baskerville?

—¿Por qué tendría que renunciar a hacerlo?

—Podría ser peligroso.

—¿Se refiere usted a un peligro que procede de nuestro demonio familiar o a un peligro que se deba a la actuación de seres humanos?

—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—En cualquiera de ambos casos, mi respuesta es la misma. No hay demonio en el infierno ni hombre sobre la faz de la tierra capaz de impedirme, señor Holmes, regresar al hogar de los míos, y tenga la seguridad de que esta es mi respuesta definitiva —frunció el entrecejo y mientras hablaba se sonrojó. No cabía duda de que el fogoso temperamento de los Baskerville seguía vivo en el último retoño de la estirpe—. Por otra parte —continuó—, apenas he tenido tiempo de reflexionar sobre lo que me han contado. Es mucho pedir que alguien pueda enterarse de algo así y tomar de golpe una decisión. Me gustaría disponer de una hora de paz y soledad. Veamos, señor Holmes, ahora son las once y media, y voy a volver directamente a mi hotel. ¿Qué le parece si usted y su amigo, el doctor Watson, se reúnen a las dos para que les pueda decir con más claridad cómo veo las cosas?

—¿Tiene usted algún inconveniente, Watson?



—Ninguno.

—En tal caso, puede contar con nosotros. ¿Quieren que llame un coche?

—Prefiero andar, porque este asunto me ha puesto un poco nervioso.

—Yo le acompañaré con sumo gusto —dijo el doctor Mortimer.

—Pues entonces nos reuniremos de nuevo a las dos. ¡Hasta luego y buenos días!

Oímos los pasos de nuestros visitantes bajando la escalera y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse de golpe. En un instante, Holmes dejó de ser un lánguido soñador meditabundo para transformarse en un hombre de acción.

—¡Deprisa, Watson, su sombrero y sus botas! ¡No hay momento que perder!

Corrió a su cuarto vestido con el batín y regresó a los pocos segundos con la levita puesta. Descendimos apresuradamente las escaleras y salimos a la calle. Todavía se distinguía al doctor Mortimer y a *sir* Henry Baskerville caminando a unas doscientas yardas de nosotros por Oxford Street y después por Regent Street. En una ocasión, nuestros amigos se detuvieron a mirar un escaparate y Holmes hizo lo mismo. Un instante después dejó escapar un leve grito de satisfacción y, al seguir la dirección de su encendida mirada, vi que un coche de punto, ocupado por un hombre, que estaba detenido al otro lado de la calle, reanudaba lentamente la marcha.

—¡Ahí va nuestro hombre, Watson! ¡Adelantémosle! Así tendremos al menos ocasión de verle la cara, aunque no podamos hacer nada más.

En aquel momento, advertí que una poblada barba negra y dos ojos muy penetrantes se asomaban hacia nosotros por la ventanilla lateral del carruaje. Inmediatamente se alzó la trampilla del techo, le gritaron una orden al cochero y el vehículo salió disparado por Regent Street. Holmes buscó ansiosamente con la mirada otro coche, pero no vio ninguno vacío. Entonces se lanzó a correr desesperadamente entre la corriente del tráfico, pero le llevaban una ventaja demasiado grande y se perdieron muy pronto de vista.

—¡Qué contrariedad! —dijo Holmes con fastidio, mientras emergía jadeante y pálido del flujo de vehículos—. ¿Habrás visto peor suerte y mayor torpeza? Watson, Watson, si es usted honesto, ¿tendrá que dejar constancia de esto contraponiéndolo a mis éxitos!

—¿Quién era ese individuo?

—No tengo la menor idea.

—¿Un espía?

—Por lo que sabemos, es evidente que a Baskerville le han estado siguiendo de cerca desde que llegó a Londres. De lo contrario, ¿cómo habrían podido saber tan pronto que se alojaba en el Hotel Northumberland? Si lo habían seguido el primer día, era lógico que también lo siguieran el segundo. Quizá reparara usted en que me acerqué dos veces a la ventana mientras el doctor Mortimer leía su historia.





—Sí, lo recuerdo.

—Quería ver si alguien merodeaba por la calle, pero no descubrí a nadie. Nos enfrentamos a un hombre inteligente, Watson. Se trata de un asunto muy serio y, aunque no he decidido todavía si estamos en contacto con un agente benévolo o perverso, constato siempre la presencia de una mente inteligente y decidida. Al marcharse nuestros amigos, les seguí al momento, con la esperanza de localizar a su invisible acompañante, pero nuestro hombre había tenido la precaución de no desplazarse a pie sino en coche, lo cual le permitía quedarse atrás o adelantarse a toda velocidad y evitar así que detectaran su presencia. Su método tenía la ventaja adicional de que, si ellos tomaban un coche, ya estaba en disposición de seguirles.

Pero tiene, sin embargo, una desventaja evidente.

—Le deja a merced del cochero.

—Exacto.

—¡Lástima que no tomáramos su número!

—Mi querido Watson, aunque yo haya obrado con torpeza, ¿no pensará usted en serio que he olvidado ese detalle? Su número es el 2704. Pero, por el momento, no nos sirve de mucho.

—No creo que hubiera podido hacer usted más de lo que ha hecho.

—Al descubrir el coche de alquiler, debería haber dado media vuelta y haberme alejado, para, acto seguido, alquilar con calma otro y seguir al primero a una distancia prudencial o, mejor aún, trasladarme hasta el Hotel Northumberland y esperar. Cuando el desconocido hubiera seguido a Baskerville hasta allí, habríamos tenido oportunidad de jugar su mismo juego y ver hacia dónde se dirigía él. Pero, debido a una impaciencia imprudente, de la que nuestro contrincante se ha aprovechado con extraordinaria energía y velocidad, nos hemos traicionado y le hemos perdido.

Durante esta conversación, habíamos seguido avanzando lentamente por Regent Street y hacía ya un rato que el doctor Mortimer y su acompañante se habían perdido de vista.

—No tiene sentido continuar —dijo Holmes—. La persona que los seguía se ha desvanecido como una sombra y no reaparecerá. Hemos de ver qué otros triunfos nos quedan y jugarlos con decisión. ¿Reconocería usted el rostro del hombre que iba en el coche?

—Sólo la barba.

—Lo mismo me sucede a mí, por lo que deduzco que se trataba probablemente de una barba postiza. Un hombre inteligente que lleva a cabo una misión tan delicada sólo se vale de una barba para dificultar su identificación. ¡Venga conmigo, Watson!

Holmes entró en una de las oficinas de mensajería del distrito, donde el encargado le brindó una calurosa acogida.

—Veo, Wilson, que no ha olvidado usted el insignificante caso en que tuve la buena fortuna de poder ayudarle.

—No, señor, claro que no lo he olvidado. Salvó usted mi buen nombre, y quizás mi vida.

—Exagera usted, amigo mío. Creo recordar, Wilson, que cuenta usted entre sus empleados con un muchacho llamado Cartwright, que demostró cierta habilidad en el curso de la investigación.

—Sí, señor, sigue con nosotros.

—¿Podría llamarlo? ¡Gracias! Y también me gustaría que me cambiara este billete de cinco libras.

Un chico de catorce años, de rostro listo y espabilado, acudió en respuesta a la llamada del encargado, y se quedó mirando con reverencia al famoso detective.

—Déjame ver la guía de hoteles —dijo Holmes—. Muchas gracias. Mira, Cartwright, aquí figuran los nombres de veintitrés hoteles situados en los alrededores de Charing Cross. ¿Los ves?

—Sí, señor.

—Los visitarás todos por turno, uno tras otro.

—Sí, señor.

—Empezarás en cada caso por dar un chelín al portero. Aquí tienes veintitrés chelines.

—Sí, señor.

—Pero en realidad lo que buscarás es una página central del *Times* en la que se haya recortado algo con tijeras. Aquí tienes un ejemplar del *Times*. Es esta página. La reconocerás fácilmente, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—El portero te remitirá siempre al conserje, al que también le darás un chelín. Aquí tienes veintitrés chelines. Es muy posible que en veinte de los veintitrés hoteles los papeles del día anterior hayan sido quemados o se hayan trasladado ya a otra parte. En los tres casos restantes te mostrarán un montón de papeles y buscarás en él esta página del *Times*. Las posibilidades de que no la encuentres son elevadísimas. Aquí tienes diez chelines más por si surge una emergencia. Mándame un informe telegráfico a Baker Street antes de la noche. Y ahora, Watson, sólo nos resta averiguar mediante el telégrafo la identidad de nuestro cochero, número 2704. Después nos meteremos en una de las galerías de arte de Bond Street y ocuparemos viendo cuadros el tiempo que nos queda hasta nuestra cita en el hotel.



## TRES PISTAS FRUSTRADAS

Sherlock Holmes poseía en alto grado la capacidad de desentender a voluntad su mente del asunto que la ocupaba. Por espacio de dos horas pareció olvidar por completo el extraño conflicto en que nos habíamos visto envueltos, para consagrarse a los cuadros de los modernos maestros belgas. Y desde que salimos de la exposición hasta que llegamos al Hotel Northumberland habló exclusivamente de arte, tema sobre el que tenía ideas muy elementales.

—*Sir* Henry Baskerville les espera arriba —dijo el recepcionista—. Me pidió que les hiciera subir en cuanto llegaran.

—¿Tiene inconveniente en que consulte su registro? —preguntó Holmes.

—En absoluto.

En el libro figuraban dos entradas posteriores a la de Baskerville: Theophilus Johnson y familia, de Newcastle, y la señora Oldmore con su doncella, de High Logde, Alton.

—Sin duda se trata del Johnson que conozco desde hace tiempo —le dijo Holmes al conserje—. ¿No es un abogado de cabello gris, con una leve cojera?

—No, señor. Este señor Johnson es propietario de unas minas de carbón, un caballero muy activo y que no tiene más años que usted.

—¿Esta seguro de no equivocarse sobre su profesión?

—¡No, señor! Se hospeda en este hotel desde hace muchos años y le conocemos muy bien.

—De acuerdo... Señora Oldmore. También me parece recordar este nombre. Perdone mi curiosidad, pero con frecuencia, al visitar uno a un amigo, encuentra a otro.

—Es una dama inválida, señor. Su esposo fue alcalde de Gloucester. Siempre se aloja en nuestro hotel cuando viene a Londres.

—Gracias. Temo no tener el honor de conocerla —dijo Holmes, y continuó en voz baja mientras ambos subíamos juntos la escalera—: Con esas preguntas hemos obtenido un dato muy importante, Watson. Ahora sabemos que las personas que sienten tanto interés por nuestro amigo no se alojan aquí. Eso significa que si bien, como hemos visto, están ansiosas por vigilarlo, les preocupa también mucho que *sir* Henry pueda verlas. Y es un dato muy significativo.

—¿Qué significa?

—Significa... ¡Vaya! ¿Qué le sucede, amigo mío?

Al terminar de subir la escalera, nos tropezamos con *sir* Henry Baskerville en

persona. Tenía el rostro encendido de ira y empuñaba en su mano una bota muy usada y polvorienta. Estaba tan furioso que apenas lograba articular palabra, y cuando consiguió hablar lo hizo con un acento del oeste americano mucho más marcado que por la mañana.

—Parece que en este hotel me han tomado por bobo —exclamó—. Pero si no se andan con ojo, verán que se han equivocado de hombre. Por todos los demonios, si ese tipo no encuentra la bota que me falta, va a haber aquí más que palabras. Sé aceptar una broma como el que más, señor Holmes, pero esto ya pasa de castaño a oscuro.

—¿Sigue buscando su bota?

—Sigo buscándola y pienso encontrarla.

—Claro, pero ¿no dijo que era una bota nueva y marrón?

—Así era, señor mío. Y ahora es una bota negra y vieja.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir que...?

—Quiero decir exactamente esto. Sólo tenía tres pares... Las nuevas marrones, las negras viejas y las de charol, que llevo puestas. Anoche se llevaron una marrón y hoy me han pisado una negra. Veamos, ¿la ha encontrado ya? ¡Hable, caramba, y no se me quede mirando como un pasmarote!

Había aparecido en escena, muy nervioso, un camarero, que denotaba, por su modo de hablar, que era alemán.

—No, señor. He preguntado por todo el hotel, pero nadie sabe nada.

—Pues, o aparece la bota antes de que anochezca, o iré a ver al gerente y le diré que me largo de inmediato.

—Aparecerá, señor. Le prometo que, si tiene un poco de paciencia, la encontraremos.

—Procure que así sea, porque es lo último que estoy dispuesto a perder en esta guarida de ladrones. Perdona, señor Holmes, que me ponga así y me preocupe por algo tan insignificante...

—Creo que está justificado preocuparse.

—Vaya, con que le parece un asunto serio.

—¿Cómo se lo explica usted?

—Ni siquiera intento explicarlo. Me parece la cosa más absurda y extraña que me ha sucedido en la vida.

—La más extraña, quizá sí —dijo Holmes pensativo.

—Y usted, ¿qué opina de todo esto?

—Confieso que no me he formado todavía una idea definitiva de su caso. Es muy complejo, *sir* Henry. Si lo relaciono con la muerte de su tío, dudo que entre los quinientos casos de capital importancia a los que me he enfrentado hasta ahora haya uno que presente más dificultades. Pero tenemos varias pistas en nuestras manos y sin duda una u otra de ellas nos llevará hasta la verdad. Quizá perdamos tiempo siguiendo una pista falsa, pero, antes o después, daremos con la acertada.

El almuerzo fue muy agradable y apenas se habló del asunto que nos había reunido. Sólo cuando nos retiramos a una salita privada, Holmes le preguntó a Baskerville cuáles eran sus intenciones.

—Trasladarme a la Mansión de los Baskerville.

—Y ¿cuándo?

—Al final de esta semana.

—De hecho —dijo Holmes—, creo que su decisión es acertada. Tengo pruebas sobradas de que le están siguiendo a usted los pasos en Londres, y es difícil descubrir entre los millones de habitantes de esta gran ciudad quiénes lo hacen y cuál puede ser su propósito. Si su intención es maligna, podrían causarle algún daño, y nosotros no estaríamos en condiciones de impedirlo. ¿Sabía usted, doctor Mortimer, que alguien los ha seguido esta mañana al salir de mi casa?



El doctor Mortimer tuvo un violento sobresalto.

—¿Nos han seguido? Pero ¿quién?

—Eso es lo que, desgraciadamente, no puedo decirles. Entre sus vecinos o conocidos de Dartmoor, ¿hay alguno que tenga una barba negra y tupida?

—No... Espere, déjeme pensar. Sí, claro, Barrymore, el mayordomo de *sir* Charles, tiene una barba negra y tupida.

—¡Ajá! ¿Dónde está Barrymore?

—Ha quedado al cuidado de la mansión.

—Será mejor que averigüemos si sigue allí o si, por el contrario, hay alguna posibilidad de que esté en Londres.

—¿Cómo podremos averiguarlo?

—Deme un impreso para telegramas. «¿Está todo listo para recibir a *sir* Henry?». Eso bastará. Dirigido al señor Barrymore, Mansión de los Baskerville. ¿Cuál es la oficina de telégrafos más próxima? Grimpen. De acuerdo, enviaremos un segundo telegrama al jefe de Correos de Grimpen: «Telegrama para ser entregado en mano al señor Barrymore. Si está ausente, devolver por favor a *sir* Henry Baskerville, Hotel Northumberland». Eso nos permitirá saber antes de la noche si Barrymore está en Devonshire o no.

—Asunto resuelto —dijo Baskerville—. Por cierto, doctor Mortimer, ¿quién es el tal Barrymore?

—El hijo del antiguo encargado, que ya murió. Los Barrymore llevan cuatro generaciones a cargo de la mansión. Por lo que yo sé, él y su mujer forman una pareja de las más respetables del condado.

—Pero también es evidente —dijo Baskerville— que, mientras en la mansión no habite nadie de mi familia, estas personas disfrutarán de un estupendo hogar y no tendrán obligaciones que cumplir.

—Eso es cierto.

—¿Les dejó *sir* Charles algo a los Barrymore en su testamento? —preguntó Holmes.

—Él y su mujer recibieron quinientas libras cada uno.

—¡Ah! ¿Sabían que iban a recibir esta cantidad?

—Sí lo sabían. A *sir* Charles le gustaba hablar de las disposiciones de su testamento.

—Qué interesante.

—Espero —dijo el doctor— que no considere usted sospechosas a todas las personas que han recibido un legado de *sir* Charles, porque también a mí me dejó mil libras.

—¡Vaya! ¿Y a alguien más?

—Dejó muchas sumas poco importantes a otras personas y a gran número de asociaciones benéficas. El resto queda para *sir* Henry.



—¿Y a cuánto asciende el resto?

—A setecientos cuarenta mil libras.

Holmes alzó las cejas sorprendido.

—Ignoraba que se tratara de una suma tan enorme —dijo.

—Se daba por sentado que *sir* Charles era rico, pero sólo hemos sabido hasta qué punto lo era al inventariar sus valores. La herencia total asciende a casi un millón de libras.

—¡Santo cielo! Por esta apuesta se pueden intentar jugadas temerarias. Una pregunta más, doctor Mortimer. Si le ocurriera algo a nuestro joven amigo aquí presente, y perdone esta hipótesis tan desagradable, ¿quién heredaría la fortuna de *sir* Charles?

—Dado que Rodger Baskerville, el hermano menor, murió soltero, la herencia pasaría a los Desmond, que son primos lejanos. James Desmond es un clérigo de avanzada edad que vive en Westmorland.

—Gracias. Todos esos detalles tienen gran interés. ¿Conoce usted al señor James Desmond?

—Sí. En cierta ocasión fue a visitar a *sir* Charles. Es un hombre de aspecto venerable y de vida santa. Recuerdo que, a pesar de la insistencia de *sir* Charles, se negó a aceptar la asignación que éste le ofrecía.

—Y ese hombre de gustos sencillos, ¿sería el heredero de la fortuna?

—Heredaría la propiedad, porque está vinculada. Y también heredaría el dinero, salvo que el actual propietario, que, como es lógico, puede hacer lo que quiera con él, le asignara otro destino en su testamento.

—¿Ha hecho usted testamento, *sir* Henry?

—No, señor Holmes, no lo he hecho. No me ha dado tiempo, porque hasta ayer no me enteré de la situación. Pero, en cualquier caso, creo que el dinero no se debe separar del título ni de la propiedad. Esa era la idea de mi pobre tío. ¿Cómo sería posible restablecer el antiguo esplendor de los Baskerville si no se dispusiera del dinero necesario para sostener la propiedad? La casa, la tierra y el dinero deben ir juntos.

—Así es. Bien, *sir* Henry, estoy completamente de acuerdo en cuanto a la conveniencia de que se traslade sin tardanza a Devonshire. Pero debo tomar una medida. En modo alguno puede ir usted solo.

—El doctor Mortimer regresa conmigo.

—Pero el doctor Mortimer tiene que atender a sus pacientes y su casa está a varias millas de la suya. Incluso con la mejor voluntad del mundo, puede no estar en condiciones de ayudarlo. No, *sir* Henry. Tiene que llevar usted consigo a alguien de confianza que permanezca constantemente a su lado.

—¿Sería posible que viniera usted mismo conmigo, señor Holmes?

—Si llega a producirse una situación crítica, haré lo imposible por estar allí, pero usted entenderá perfectamente que, dado lo amplio de mi clientela y las constantes

llamadas que recibo de todas partes, me resulte imposible ausentarme de Londres por tiempo indefinido. En el momento presente, uno de los apellidos más respetables de Inglaterra se expone a ser deshonrado por un chantajista, y sólo yo puedo impedir un escándalo catastrófico. Comprenderá que es imposible que me traslade a Dartmoor.

—Entonces, ¿a quién recomendaría usted?

Holmes me puso una mano en el brazo.

—Si mi amigo estuviera dispuesto a acompañarle, no hay persona más útil para tener al lado en una situación apurada. Nadie puede afirmarlo con mayor conocimiento de causa que yo.

Esta propuesta fue una sorpresa total para mí, pero, antes de que me diera tiempo a responder, Baskerville me cogió una mano y la estrechó calurosamente.

—Es muy amable por su parte, doctor Watson —dijo—. Ya sabe cuál es la situación y conoce este asunto tanto como yo. Si viene conmigo a la Mansión de los Baskerville y me ayuda a salir del atolladero, no lo olvidaré jamás.

Siempre me ha fascinado la posibilidad de una aventura, y me sentí halagado por las palabras de Holmes y por el entusiasmo con que el *baronet* me había aceptado como acompañante.

—Iré con mucho gusto —dije—. No creo que haya otro modo mejor de emplear mi tiempo.

—Y me tendrá usted minuciosamente informado de todo —dijo Holmes—. Si se produce una situación crítica, como sin duda sucederá, yo le indicaré lo que tiene que hacer. ¿Estarán ustedes el sábado listos para el viaje?

—¿Al doctor Watson le va bien ese día?

—Perfectamente.

—En tal caso, y si no tiene usted noticias en contra, nos encontraremos en Paddington el sábado para tomar el tren de las diez y media.

Nos levantábamos ya para marcharnos, cuando Baskerville, con un grito de triunfo, se lanzó hacia un rincón de la habitación y extrajo una bota marrón de debajo de una cómoda.

—¡La bota que me faltaba! —exclamó.

—¡Ojalá todas nuestras dificultades se resuelvan tan fácilmente! —dijo Sherlock Holmes.

—Pero resulta muy raro —señaló el doctor Mortimer—. He registrado cuidadosamente la habitación antes del almuerzo.

—Y yo he hecho lo mismo —dijo Baskerville—. Palmo a palmo.

—No había ni rastro de la bota.

—En tal caso, tiene que haberla puesto aquí el camarero mientras almorzábamos.

Llamamos al alemán, pero aseguró que no sabía nada, y otros intentos de averiguar lo ocurrido no dieron tampoco resultado. Se había añadido uno más a la serie constante de pequeños misterios, en apariencia sin sentido, que se sucedían unos a otros con rapidez. Dejando a un lado la siniestra historia de la muerte de *sir*

Charles, teníamos, en el espacio de cuarenta y ocho horas, toda una cadena de incidentes inexplicables, entre los que figuraban la carta confeccionada con recortes de periódico, el espía de barba negra que iba en el coche, la desaparición de la bota nueva y marrón, la de la bota negra y vieja, y ahora la reaparición de la nueva. Holmes permaneció silencioso en el coche mientras regresábamos a Baker Street. Sus cejas fruncidas y su expresión concentrada me indicaban que su mente, al igual que la mía, estaba ocupada en el empeño de encontrar una explicación donde encajaran aquellos extraños episodios sin conexión aparente. Toda la tarde y hasta después del anochecer estuvo inmerso en el tabaco y en sus pensamientos.

Poco antes de la cena llegaron dos telegramas. El primero, firmado por Baskerville, decía:

«Acabo de saber que Barrymore está en la mansión». Y el segundo, firmado por Cartwright, decía: «Visitados veintitrés hoteles, según instrucciones, lamento informar de la imposibilidad de encontrar hoja recortada del *Times*».

—Ahí desaparecen dos de mis pistas, Watson. No hay nada tan estimulante como un caso en que todo se te pone en contra. Tenemos que buscar en otra dirección.

—Nos queda el cochero que transportaba al espía.

—Exacto. He mandado un telegrama al Registro pidiendo su nombre y su dirección. No me sorprendería que aquí tuviéramos la respuesta.

La llamada al timbre resultó, sin embargo, más satisfactoria aún que una respuesta, porque se abrió la puerta y entró un individuo de aspecto tosco, que era evidentemente el cochero en persona.

—He recibido el recado de la oficina central de que un caballero que vive aquí pregunta por el 2704 —dijo—. Llevo siete años en el coche y nunca he tenido queja de nadie. Ahora vengo de la cochera para preguntar cara a cara qué diantres tiene en contra mío.

—No tengo nada en absoluto contra usted, buen hombre —dijo mi amigo—. Tengo, por el contrario, medio soberano a punto, si contesta con claridad a mis preguntas.

—Bueno, de veras hoy he tenido un buen día, ¡vaya que sí! —dijo el cochero con una sonrisa—. ¿Qué quiere usted preguntar, caballero?

—En primer lugar, su nombre y su dirección, por si volviera a necesitarle.

—John Clayton, Turpey Street 3, en el Borough. Mi coche está estacionado en Shipley, cerca de la estación de Waterloo.

Sherlock Holmes tomó nota.

—Ahora, Clayton, cuénteme cuanto sepa acerca del cliente que estuvo vigilando esta casa a las diez de la mañana y siguió después a dos caballeros a lo largo de Regent Street.

El cochero pareció sorprendido y un poco incómodo.

—¡Vaya, no voy a poder contar mucho, porque parece que usted sabe tanto como yo! —dijo—. La verdad es que aquel señor me dijo que era un detective y me dijo

que yo no tenía que contar nada de él a nadie.

—Se trata de un asunto muy serio, amigo mío, y tal vez se encuentre usted en una situación difícil si trata de ocultarme algo. ¿El cliente le dijo que era detective?

—Sí, señor, eso me dijo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Al irse.

—¿Dijo algo más?

—Me dijo cómo se llamaba.

Holmes me lanzó una breve mirada triunfal.

—¿De modo que le dijo su nombre? Eso fue una imprudencia. Y ¿cómo dijo que se llamaba?

—Dijo que se llamaba Sherlock Holmes.

No he visto nunca a mi amigo tan desconcertado como ante la respuesta del cochero. Permaneció unos instantes mudo de asombro. Después lanzo una carcajada.

—¡Tocado, Watson! ¡Tocado de lleno! —dijo—. Presiento que me enfrento a un florete tan rápido y flexible como el mío. Esta estocada ha sido excelente. ¿De modo que se llamaba Sherlock Holmes?

—Sí, señor, eso dijo.

—¡Magnífico! Cuénteme ahora dónde subió a su coche y todo lo que pasó después.

—Me paró a las nueve y media en Trafalgar Square. Dijo que era detective y me ofrecía dos guineas si yo hacía todo el día lo que él me mandaba y no hacía preguntas. Yo dije que sí de mil amores. Primero fuimos al Hotel Northumberland y esperamos hasta que salieron dos caballeros y cogieron un coche de la fila que había delante de la entrada. Lo seguimos hasta que se paró por aquí.

—Ante esta misma puerta —dijo Holmes.

—Bueno, eso no lo sé yo seguro, pero juraría que mi cliente se sabía requetebién el sitio. Nos paramos a un poco de distancia y esperamos una hora y media. Después los dos caballeros pasaron a pie al lado de nosotros y los seguimos por Baker Street y por...

—Ya lo sé —dijo Holmes.

—Llegamos hasta las tres cuartas partes de Regent Street. Entonces mi cliente levantó la trampilla y me gritó que fuera a la estación de Waterloo todo lo aprisa que pudiera correr. Le di a la yegua y llegamos antes de que pasaran diez minutos. Después me pagó las dos guineas que había prometido y se metió en la estación. Pero en el momento de irse se dio media vuelta y dijo: «Quizá le interese saber que ha llevado en su coche al señor Sherlock Holmes». Y así fue como supe que se llamaba así.

—Entendido. ¿Y no le volvió a ver?

—No. Después de que entró en la estación no lo volví a ver.

—Y ¿cómo describiría usted al tal señor Sherlock Holmes?

El cochero se rascó la cabeza.

—Bueno, no era de verdad un caballero fácil de describir. Diría que tenía unos cuarenta años y una estatura regular, dos o tres pulgadas menos que usted. Vestía muy finolis, tenía una barba muy negra, cortada en recto para abajo, y tenía la piel blanca. Me parece que no me recuerdo de nada más.

—¿Color de los ojos?

—No. Eso no lo sé decir.

—¿No recuerda, de veras, nada más?

—No, señor, nada más.

—Bien, pues aquí tiene su medio soberano. Hay otro esperándole si me trae algún otro dato. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor, y muchas gracias.

John Clayton se marchó riendo entre dientes, y Holmes se volvió hacia mí con un encogimiento de hombros y una sonrisa melancólica.

—Hemos perdido nuestra tercera pista y estamos en el mismo punto donde empezamos —dijo—. Ese astuto granuja sabía el número de nuestra casa, sabía que *sir* Henry Baskerville había venido a verme, me reconoció en Regent Street, supuso que me habría fijado en el número del coche y que localizaría al cochero, y decidió mandarme ese mensaje impertinente. Le aseguro, Watson, que esta vez nos hemos tropezado con un adversario digno de nuestro acero. Me han dado jaque mate en Londres. Sólo cabe desear que tenga usted mejor suerte en Devonshire. Pero reconozco que no me quedo tranquilo.

—¿No está tranquilo?

—Me intranquiliza enviarle a usted. Es un asunto muy feo, Watson, un asunto muy feo y peligroso, y cuanto más sé de él menos me gusta. Sí, amigo mío, ría cuanto quiera, pero le doy mi palabra de que me alegrará mucho verle de nuevo sano y salvo en Baker Street.



## LA MANSIÓN DE LOS BASKERVILLE

El día señalado, *sir* Henry Baskerville y el doctor Mortimer estaban listos para el viaje, y, tal como habíamos convenido, partimos los tres hacia Devonshire. Sherlock Holmes me acompañó a la estación y me dio, antes de salir el tren, sus últimas instrucciones y consejos.

—No quiero influir sobre usted sugiriéndole teorías o transmitiéndole mis sospechas, Watson. Limítese a informarme de los hechos de la manera más amplia posible y déjeme a mí la tarea de teorizar sobre ellos.

—¿Qué clase de hechos? —le pregunté.

—Todo lo que pueda tener conexión con el caso por indirecto que sea, y sobre todo la relación del joven Baskerville con sus vecinos, o cualquier dato nuevo acerca de la muerte de *sir* Charles. Yo he llevado a cabo algunas averiguaciones estos últimos días, pero mucho me temo que los resultados han sido negativos. Tan sólo una cosa parece segura, y es que el señor James Desmond, el heredero más próximo, es un caballero virtuoso de edad avanzada y no cabe pensar que sea responsable del acoso a que es sometido *sir* Henry. Creo sinceramente que podemos eliminarlo de nuestra lista. Nos quedan las personas que en el momento actual convivan con *sir* Henry en el páramo.

—¿No habría que eliminar de nuestras pesquisas también al matrimonio Barrymore?

—De ninguna manera. No cabría peor equivocación. Si son inocentes, cometeríamos una injusticia no demostrándolo, y, si son culpables, renunciaríamos a toda posibilidad de hacerlo. No, no, los conservaremos en nuestra lista de sospechosos. Tenemos también, si no recuerdo mal, a un lacayo en la mansión. Tenemos a dos granjeros del páramo. Tenemos a nuestro amigo el doctor Mortimer, de cuya honradez estoy convencido, y a su esposa, de la que nada sabemos. Tenemos a Stapleton, el naturalista, y a su hermana, que, según dicen, es una muchacha muy atractiva. Tenemos al señor Frankland de la Mansión Lafter, que es asimismo un factor desconocido, y a uno o dos vecinos más. Esas personas han de ser objeto principal de estudio.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Supongo que lleva usted un arma.

—Sí, pensé que sería conveniente.

—Sin duda alguna. No se separe de su revólver ni de día ni de noche, y manténgase alerta en todo momento.

Nuestros amigos habían reservado asientos en un vagón de primera y nos esperaban en el andén.

—No, no hay ninguna novedad que comunicar —dijo el doctor Mortimer en respuesta a las preguntas de Holmes—. De una cosa estoy seguro, y es de que no nos han seguido durante los dos últimos días. No hemos salido nunca sin mantenernos muy alerta y nadie nos hubiera pasado inadvertido.

—Espero que hayan permanecido siempre juntos.

—Excepto ayer por la tarde. Suelo dedicar un día al esparcimiento siempre que vengo a Londres, y pasé la velada en el museo del Colegio de Cirujanos.

—Yo fui al parque a ver pasear a la gente —dijo Baskerville—. Pero no tuvimos ningún problema.

—Fue una imprudencia de todos modos —dijo Holmes muy serio, moviendo la cabeza—. Le ruego, *sir* Henry, que no vaya solo a ninguna parte. Le puede ocurrir una desgracia. ¿Ha recuperado usted la otra bota?

—No, señor. Ésta ha desaparecido de modo definitivo.

—Vaya, vaya, qué interesante. Bueno, hasta la vista —añadió, mientras el tren se ponía en marcha—. Recuerde, *sir* Henry, una frase de aquella vieja extraña leyenda que nos leyó el doctor Mortimer, y evite el páramo durante las horas de oscuridad en que se intensifican los poderes del mal.

Estábamos ya lejos, cuando volví la vista hacia el andén y descubrí la figura alta y severa de Holmes, que, inmóvil, nos seguía con la mirada.

El viaje fue rápido y agradable. Yo lo empleé en conocer mejor a mis dos acompañantes y en jugar con el *spaniel* del doctor Mortimer. En el curso de pocas horas, la tierra parda se hizo rojiza, el ladrillo se transformó en piedra y aparecieron vacas bermejas pastando en campos y en cercados donde la exuberante hierba y la frondosidad de la vegetación delataban un clima más fértil aunque también más húmedo. El joven Baskerville miraba ansioso por la ventanilla y lanzó exclamaciones de júbilo al reconocer los rasgos familiares del paisaje de Devon.

—He recorrido buena parte del mundo desde que salí de aquí, doctor Watson —dijo—, pero no he encontrado lugar alguno que se pueda comparar con estas tierras.

—No conozco ninguna persona de Devonshire que no ponga su condado por las nubes —subrayé.

—Depende de la raza de su gente tanto como de la tierra —intervino el doctor Mortimer—. Una simple mirada a nuestro amigo aquí presente permite apreciar de inmediato la cabeza redondeada de los celtas, que se traduce en el entusiasmo y la capacidad de afecto que los caracteriza. La cabeza del pobre *sir* Charles pertenecía a un tipo muy raro, mitad gaélico, mitad irlandés. *Sir* Henry, usted era muy joven cuando vio por última vez la Mansión de los Baskerville, ¿no es cierto?

—Yo era un muchacho de diez años cuando murió mi padre, y no vi nunca la mansión, porque residíamos en una casita de la costa sur y desde allí fui directamente a vivir con un amigo en Estados Unidos. Le aseguro que todo esto es tan nuevo para

mí como para el doctor Watson, y ardo en deseos de ver el páramo.

—¿De veras? Pues ya tiene ese deseo al alcance de la mano, porque el páramo se divisa desde aquí —dijo el doctor Mortimer, señalando hacia el paisaje exterior desde la ventanilla.

Por encima de los verdes cuadrados de los campos y de la curva de un bosque, se alzaba a lo lejos una colina gris y sombría, con una extraña cumbre dentada; borrosa y vaga en la distancia, semejaba el paisaje fantástico de un sueño. Baskerville permaneció inmóvil mucho rato, con los ojos fijos en ella, y leí en la expresión de su rostro lo mucho que significaba para él ver por primera vez el extraño lugar que los hombres de su estirpe habían dominado durante tanto tiempo y donde habían dejado tan honda huella. A pesar de su traje de *tweed*, de su acento americano y de viajar en un prosaico vagón de ferrocarril, tuve más que nunca la sensación, al contemplar su rostro moreno y expresivo, de que era un genuino descendiente de aquella larga sucesión de hombres de sangre ardiente, fogosos y autoritarios. Había orgullo, valor y fortaleza en las cejas espesas, las delicadas ventanas de la nariz y los grandes ojos color avellana. Si en aquel páramo inhóspito nos aguardaba una empresa difícil y peligrosa, yo disponía al menos de un compañero con quien se podía afrontar riesgos teniendo la seguridad de que los compartiría con audacia.

El tren se detuvo en un apeadero de la carretera y allí nos bajamos. Fuera, al otro lado de una cerca blanca de poca altura, aguardaba un carricoche tirado por dos jacas. Nuestra llegada constituía sin duda todo un acontecimiento, porque el jefe y los mozos de la estación se agolparon a nuestro alrededor para llevarnos el equipaje. Era un lugar sencillo y apacible, pero me sorprendió la presencia junto a la puerta de dos hombres de aspecto militar y con uniforme oscuro, que montaban guardia apoyados en sus rifles, y que nos miraron detenidamente cuando pasamos junto a ellos. El cochero, un hombrecillo de facciones duras y manos nudosas, saludó a *sir* Henry, y pocos minutos después corríamos por la amplia carretera blanca. Ondulantes tierras de pastos ascendían a ambos lados y viejas casas con empinadas techumbres asomaban entre la densa vegetación, pero tras el campo tranquilo e iluminado por el sol se elevaba siempre, oscura contra el cielo del atardecer, la larga y melancólica curva del páramo salpicada por colinas dentadas y siniestras.

El carricoche tomó un camino secundario y empezamos a ascender por senderos hundidos, desgastados por siglos de ruedas, con taludes muy altos a ambos lados, cubiertos de musgo húmedo y de carnosas lenguas de ciervo. Helechos color bronce y jaspeadas zarzas resplandecían bajo la luz del sol poniente. Sin dejar de subir, cruzamos un estrecho puente de piedra y bordeamos un ruidoso y veloz torrente, que espumeaba y rugía entre rocas grises. Camino y torrente discurrían después por un valle donde abundaban los robles achaparrados y los abetos. Baskerville lanzaba a cada recodo del camino una exclamación de júbilo, mientras miraba ansioso a su alrededor y hacía innumerables preguntas. A él todo le parecía hermoso, pero a mis ojos había un velo de tristeza cubriendo el paisaje, en el que se reflejaba nítidamente



la proximidad del invierno. Los caminos estaban alfombrados de hojas amarillas, que también caían revoloteando sobre nosotros. El traqueteo de las ruedas enmudecía al rodar sobre montones de vegetación putrefacta: tristes regalos, en mi opinión, para que la naturaleza los lanzara ante el coche en que regresaba el heredero de los Baskerville.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Mortimer—. ¿Qué es esto?

Estábamos ante una pronunciada pendiente cubierta de brezos, una avanzadilla del páramo. En el punto más alto, tan destacado y preciso como una estatua ecuestre sobre su pedestal, vimos a un soldado a caballo, sombrío y austero, con el rifle dispuesto sobre el antebrazo. Vigilaba el camino por el que transitábamos.

—¿Qué ocurre, Perkins? —pregunto el doctor Mortimer.

El cochero se volvió a medias en su asiento.

—Se ha escapado un preso de Princetown, señor. Ya lleva tres días suelto. Los guardianes vigilan todos los caminos y estaciones, pero hasta ahora no han dado con él. A los granjeros de la zona no les hace maldita la gracia, se lo aseguro.

—Tengo entendido que se recompensará con cinco libras a quien proporcione alguna información.

—Cierto, señor, pero la posibilidad de conseguir cinco libras es poca cosa si se compara con el miedo a que te rebanen el cuello. No se trata de un preso corriente, ¿sabe? Es un tipo que no se detiene ante nada.

—¿Quién es?

—Selden, el asesino de Notting Hill.

Yo recordaba bien el caso, que había despertado el interés de Holmes por la peculiar ferocidad del crimen y por la gratuita brutalidad que había acompañado a todos los actos del asesino. Se le había conmutado la pena de muerte debido a la existencia de dudas sobre sus facultades mentales, tan atroz había sido su proceder. Nuestro coche había coronado una cuesta y surgió ante nosotros la inmensa extensión del páramo, salpicado de montones de rocas y peñascos abruptos y dentados. Lo barría un viento helado, que nos hizo tiritar. En algún rincón de aquella gran llanura desolada acechaba el diabólico asesino, oculto en su escondrijo como una bestia salvaje, con el corazón lleno de odio hacia el género humano que lo había expulsado de su seno. Sólo faltaba aquello, unido al viento helado y a que el cielo empezaba a oscurecer, para colmar el poder sobrecogedor del páramo. Incluso el propio Baskerville guardó silencio y se ciñó más estrechamente el gabán. Habíamos dejado a nuestras espaldas y debajo de nosotros las tierras fértiles. Volvimos la vista atrás. Los rayos oblicuos del sol poniente convertían los arroyos en hebras de oro y bañaban con su luz la tierra roja recién removida por el arado y la extensa maraña de los bosques. Entre las laderas rojizas y verde oliva, salpicadas de peñascos gigantescos, el camino se fue haciendo más desolado y salvaje. De vez en cuando pasábamos junto a una de las casas del páramo, con las paredes y el techo de piedra, sin que ni siquiera una enredadera suavizara su severa silueta. De pronto nos encontramos ante una

depresión en forma de copa, salpicada de robles y de abetos achaparrados, retorcidos e inclinados por la furia de años de tormentas. Dos torres altas y estrechas emergían por encima de los árboles. El cochero las señaló con la fusta.

—La Mansión de los Baskerville —dijo.

Su dueño se había puesto en pie y la contemplaba con mejillas encendidas y ojos brillantes. Pocos minutos después habíamos llegado al portalón de entrada, una maraña de fantásticas tracerías en hierro forjado con un pilar a cada lado, gastados por las inclemencias del tiempo, cubiertos de líquenes y coronados por las cabezas de jabalí de los Baskerville. La casita del guarda era una ruina de piedra negra y desnudo costillar de vigas, pero ante ella se alzaba un nuevo edificio, a medio construir, primer fruto del oro sudafricano de *sir* Charles.

A través del portalón nos introdujimos en la avenida, donde las ruedas enmudecieron de nuevo sobre una alfombra de hojas muertas, mientras árboles centenarios cruzaban sus ramas y formaban un túnel de sombra sobre nuestras cabezas. Baskerville se estremeció al dirigir la mirada a lo largo de la oscura avenida, al término de la cual la mansión adquiriría un brillo fantasmal.

—¿Fue aquí? —preguntó en voz baja.

—No, no. El Sendero de los Tejos queda al otro lado.

El joven heredero miró a su alrededor con expresión sombría.

—No me sorprende que mi tío tuviera la impresión de que iba a sucederle algo malo en un sitio como este —dijo—. No se necesita más para asustar a cualquiera. He de instalar una fila de lámparas eléctricas antes de seis meses, y no reconocerán ustedes el lugar cuando dispongamos ante la puerta principal de una potencia de mil bujías de Swan y Edison.

La avenida desembocó en una gran extensión de césped, y tuvimos la casa ante nosotros. A la tenue luz del crepúsculo, pude distinguir todavía que la parte central era una sólida construcción de la que sobresalía un pórtico. Toda la fachada estaba cubierta de hiedra, con algunos huecos aquí y allá, donde una ventana o un escudo de armas rompía la monotonía del oscuro velo. Desde el bloque central se alzaban las torres gemelas, antiguas, almenadas y dotadas de múltiples troneras. A derecha e izquierda de las torres se extendían las alas más modernas del edificio, que eran de granito negro. Una luz mortecina brillaba a través de las ventanas provistas de gruesos parteluces, y de las altas chimeneas que nacían del techo de pronunciada inclinación brotaba una única columna de humo negro.

—¡Bienvenido, *sir* Henry! ¡Bienvenido a la Mansión de los Baskerville!

Un hombre de elevada estatura había emergido de la sombra del pórtico para abrir la puerta del coche. La figura de una mujer se recortaba contra la luz amarilla del interior de la casa. También ella se adelantó y ayudó al hombre a bajar nuestro equipaje.

—Espero que no tome a mal, *sir* Henry —dijo el doctor Mortimer—, que yo vuelva directamente a mi casa. Mi mujer me está esperando.

—¿No se quedará a cenar con nosotros?

—No. Tengo que irme. Es probable que haya trabajo esperándome. Me quedaría para enseñarle a usted la casa, pero Barrymore será mejor guía que yo. Adiós, pues, y no dude en mandar a buscarme, sea de día o de noche, si me necesita para algo.

El ruido de las ruedas se perdió avenida abajo, mientras *sir* Henry y yo entrábamos en la casa y la puerta se cerraba pesadamente a nuestras espaldas. Nos encontramos en un hermoso salón de enormes proporciones y de techo elevado, sostenido por gruesas vigas de madera de roble ennegrecidas por los años. En la gran chimenea de otros tiempos, tras el alto guardafuegos de hierro, crepitaba y chisporroteaba un fuego de leña. *Sir* Henry y yo extendimos las manos hacia él, porque el largo trayecto en coche nos había dejado ateridos. Después contemplamos la alta y estrecha ventana de vidrios de colores, el artesanado de roble, las cabezas de ciervo y los escudos de armas de las paredes, todo ello borroso y sombrío a la escasa luz de la lámpara central.

—Exactamente como yo lo imaginaba —dijo *sir* Henry—. ¿No es la viva imagen de una antigua mansión familiar? ¡Y pensar que en esta casa han vivido los míos durante cinco siglos! La simple idea hace que todo me parezca más solemne.

Vi que su rostro moreno se iluminaba de entusiasmo juvenil al mirar a su alrededor. La luz caía de lleno sobre él, pero largas sombras descendían por las paredes y colgaban como un dosel negro sobre su cabeza. Barrymore había regresado, tras llevar el equipaje a nuestras habitaciones, y se detuvo ante nosotros con la discreción propia de un criado competente. Era un hombre notable por su apariencia: alto, bien parecido, de negra barba cuadrada, tez pálida y facciones distinguidas.

—¿Desea usted que se sirva la cena inmediatamente, *sir* Henry?

—¿Está lista ya?



—Dentro de unos minutos, señor. Encontrarán agua caliente en sus habitaciones. Mi mujer y yo, *sir* Henry, seguiremos con gusto a su servicio hasta que usted disponga lo que hay que hacer, pero comprenderá que la nueva situación va a requerir una servidumbre numerosa.

—¿Qué nueva situación?

—Me refiero únicamente a que *sir* Charles llevaba una vida muy retirada y nosotros nos bastábamos para atender sus necesidades. Usted querrá, sin duda, vivir más acompañado y, en consecuencia, tendrá que introducir cambios en el personal.

—¿Significa esto que su esposa y usted quieren marcharse?

—Sólo cuando ello no le cause problemas, señor.

—Pero su familia lleva con nosotros varias generaciones, ¿no es cierto? Lamentaría empezar mi vida aquí rompiendo una vieja relación familiar.

Me pareció distinguir algún signo de emoción en las pálidas facciones del mayordomo.

—Comparto este sentimiento, *sir* Henry, y también mi esposa lo comparte plenamente. Pero, a decir verdad, los dos estábamos muy apegados a *sir* Charles. Su muerte ha supuesto un golpe terrible y ha llenado la casa de recuerdos dolorosos. Mucho me temo que nunca recobraríamos la paz de espíritu en la Mansión de los Baskerville.

—Pero ¿qué piensan hacer entonces?

—Estoy convencido de que, si emprendemos un negocio, vamos a tener éxito. La generosidad de *sir* Charles nos ha proporcionado medios suficientes para hacerlo. Y ahora, señor, quizá será mejor que les acompañe a sus habitaciones.

Una galería rectangular con balaustrada, a la que se ascendía por una doble escalera, corría a lo largo de la gran sala central. Desde allí dos largos pasillos recorrían todo el edificio, y a ellos se abrían los dormitorios. El mío estaba en la misma ala que el de Baskerville y casi puerta con puerta. Aquellas habitaciones parecían mucho más modernas que la parte central de la mansión. El alegre empapelado y la abundancia de luces contribuyeron un tanto a disipar la lúgubre impresión que se había adueñado de mí desde nuestra llegada.

Pero el comedor, al que se accedía desde la gran sala central, volvía a ser un lugar oscuro y lúgubre. Era una larga estancia, con un peldaño que separaba la parte inferior, destinada a los subordinados, del estrado donde se situaban los miembros de la familia. A un extremo había un palco para los músicos. Negras vigas cruzaban por encima de nuestras cabezas y detrás de ellas se vislumbraba el techo tiznado por el humo. Con hileras de antorchas llameantes para iluminarlo todo y con el variopinto y desenfadado jolgorio de un banquete de otros tiempos, tal vez se hubiera dulcificado su aspecto, pero ahora, con dos caballeros vestidos de negro sentados en el pequeño círculo de luz de una lámpara provista de pantalla, las voces se apagaban y los espíritus se abatían. Una confusa fila de antepasados, ataviados del modo más diverso, desde el caballero isabelino hasta el petimetre de la Regencia, nos observaba desde lo alto de las paredes y nos intimidaba con su compañía silenciosa. Hablamos poco, y me alegré de que terminara la cena y pudiéramos retirarnos a la moderna sala de billar para fumar un cigarrillo.

—A fe mía, no se puede decir que sea un sitio muy alegre —exclamó *sir* Henry—. Supongo que llegaremos a habituarnos, pero en estos momentos me siento un poco desplazado. No me extraña que mi tío enfermara de los nervios viviendo solo en una casa como esta. Si a usted no le parece mal, hoy nos retiraremos pronto, y quizá las cosas nos parezcan un poco más risueñas por la mañana.

Antes de acostarme, abrí las cortinas y miré por la ventana. Daba a la extensión

de césped situada ante la puerta principal. Algo más lejos, dos grupos de arbolitos gemían y se balanceaban, agitados por un viento cada vez más intenso. Un gajo de luna se abrió paso entre las nubes movedizas. A su fría luz alcancé a ver, más allá de los árboles, una franja quebrada de rocas y la larga superficie del melancólico páramo. Cerré las cortinas, convencido de que esta última impresión coincidía con las anteriores.

Y, sin embargo, no fue la última. Descubrí que estaba cansado pero insomne, y di mil vueltas en la cama a la espera de un sueño que no llegaba. Muy lejos, un reloj daba los cuartos de hora, pero por lo demás reinaba sobre la vieja casa un silencio sepulcral. Y entonces, de repente, en la quietud de la noche, llegó hasta mis oídos un sonido claro, vibrante e inconfundible. Eran los sollozos de una mujer, los jadeos ahogados de una persona desgarrada por un sufrimiento insoportable. Me incorporé en la cama y escuché con atención. El rumor procedía sin duda del interior de la casa. Durante media hora, esperé alerta, con los nervios en tensión, pero de nuevo reinó el silencio más absoluto, roto sólo por las campanadas del reloj y el golpear de la hiedra contra los muros.



## LOS STAPLETON DE LA CASA MERRIPIT

Al día siguiente, la fresca belleza de la mañana contribuyó a borrar de nuestra mente la impresión lúgubre y gris que nos había dejado a ambos el primer contacto con la Mansión de los Baskerville. Mientras *sir* Henry y yo desayunábamos, la luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas con parteluces y proyectaba pálidas manchas de color desde los escudos de armas que decoraban sus cristales. El oscuro artesanado brillaba como el bronce bajo los rayos dorados y costaba imaginar que nos encontrábamos en la misma estancia que la noche anterior había llenado nuestras almas de melancolía.

—¡Me pregunto si los culpables no seremos nosotros en lugar de la casa! — exclamó el *baronet*—. Estábamos cansados por el viaje en tren y transidos por el frío que pasamos en el carricoche, y miramos este lugar con malos ojos. Ahora, descansados y cómodos, todo nos vuelve a parecer más alegre.

—Pero no fue todo un simple problema de imaginación —repliqué yo—. ¿No oyó usted, por ejemplo, a alguien, supongo que a una mujer, sollozar en mitad de la noche?

—Es curioso porque, cuando estaba medio dormido, me pareció oír algo así. Esperé un buen rato pero el ruido no se repitió y llegué a la conclusión de que había sido un sueño.

—Yo lo oí con toda claridad, y estoy seguro de que se trataba del llanto de una mujer.

—Debemos averiguarlo enseguida.

*Sir* Henry tocó la campanilla y preguntó a Barrymore si podía explicarnos lo ocurrido. Me pareció que, al escuchar la pregunta de su señor, aumentó un poco más la palidez del mayordomo.

—Sólo hay dos mujeres en la casa, *sir* Henry —respondió—. Una es la que se ocupa de la limpieza, que duerme en la otra ala. La segunda es mi mujer, y puedo garantizarle que el llanto no procedía de ella.

Y, no obstante, mentía al decir esto, porque después del desayuno me crucé por casualidad con la señora Barrymore en el largo corredor, en un momento en que el sol le iluminaba de lleno el rostro. Era una mujer grande, impasible, de facciones muy marcadas y boca firme y enérgica. Pero sus ojos enrojecidos, que me miraron entre unos párpados hinchados, la delataban. Era ella, sin lugar a dudas, quien lloraba en la noche, y su marido tenía que saberlo. Sin embargo, había arrojado el evidente riesgo de ser descubierto al afirmar que no era así. ¿Por qué lo había hecho? Y ¿por

qué lloraba su mujer tan amargamente? En torno a aquel hombre de tez pálida, hermosa apariencia y negra barba se estaba creando una atmósfera de misterio y lobreguez. Era Barrymore quien había encontrado el cuerpo sin vida de *sir* Charles, y únicamente contábamos con su palabra para conocer las circunstancias que rodearon la muerte del anciano. ¿Existía la posibilidad de que, a fin de cuentas, fuera Barrymore el hombre que habíamos visto en el coche de punto de Regent Street? Bien podía tratarse de la misma barba. El cochero había descrito a un hombre más bajo, pero no era impensable que se equivocara. ¿Cómo podía aclarar yo aquel extremo de modo definitivo? Mi primera gestión consistiría en visitar al jefe de Correos de Grimpen y comprobar si al mayordomo se le había entregado el telegrama en propia mano. Fuera cual fuera la respuesta, yo tendría al menos algo de que informar a Sherlock Holmes.

*Sir* Henry tenía que examinar un montón de documentos después del desayuno, de manera que era el momento propicio para mi excursión. Fue un agradable paseo de cuatro millas bordeando el páramo, que me llevó finalmente a una aldea gris en la que dos edificios de mayor tamaño, que resultaron ser el mesón y la casa del doctor Mortimer, destacaban entre todos los demás. El jefe de Correos, que era también el tendero del pueblo, se acordaba perfectamente del telegrama.

—Así es, caballero —dijo—. Hice que se entregara personalmente en mano el telegrama al señor Barrymore, tal como se indicaba.

—¿Quién lo entregó?

—Mi hijo, aquí presente. Tú entregaste el telegrama al señor Barrymore en la mansión la semana pasada, ¿no es verdad, James?

—Sí, padre. Yo lo entregué.

—¿En propia mano? —le pregunté.

—Bueno, el señor Barrymore estaba en el desván en aquel momento, así que no pudo ser en propia mano, pero se lo di en mano a la señora Barrymore, que me prometió dárselo enseguida.

—¿Viste tú al señor Barrymore?

—No, señor. Ya le he dicho que estaba en el desván.

—Si no le viste, ¿cómo sabes tú que estaba en el desván?

—Su mujer tenía que saber dónde estaba, ¿no? —dijo de malos modos el jefe de Correos—. ¿Es que no recibió el telegrama? Si ha habido un error, que venga a presentar la queja el señor Barrymore en persona.

Parecía inútil proseguir el interrogatorio, pero quedaba claro que, pese a la estratagema de Holmes, seguíamos sin saber a ciencia cierta si Barrymore había estado o no en Londres. Suponiendo que así fuera, suponiendo que la misma persona que había visto por última vez con vida a *sir* Charles hubiera sido la primera en seguir al nuevo heredero a su regreso a Inglaterra, ¿qué consecuencias podían extraerse? ¿Era agente de terceros o actuaba por cuenta propia con algún propósito siniestro? ¿Qué interés podía tener él en acosar a la familia Baskerville? Recordé la



extraña advertencia recortada del artículo del *Times*. ¿Sería obra suya o de alguien que se proponía desbaratar sus planes? El único motivo plausible era el que había sugerido *sir* Henry: si se conseguía alejar a la familia de la mansión, los Barrymore se asegurarían un hogar permanente y confortable, pero un motivo como este era insuficiente para justificar aquellos planes sutiles y complejos que parecían estar tejiendo una red invisible en torno al joven *baronet*. El propio Holmes había dicho que entre todas sus sensacionales investigaciones esta era la más compleja. Mientras regresaba por el camino gris y solitario, hice votos para que mi amigo se librara pronto de sus ocupaciones y pudiera venir a Devonshire para retirar de mis hombros la pesada carga de responsabilidad que había echado sobre ellos.

De repente mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido de unos pasos precipitados a mis espaldas y de una voz que pronunciaba mi nombre. Me volví, esperando ver al doctor Mortimer, pero, para mi sorpresa, descubrí que quien me perseguía era un desconocido. Se trataba de un hombre pequeño, esmeradamente afeitado, de aspecto relamido, cabello rubio y mandíbula estrecha, entre los treinta y los cuarenta años de edad, que vestía un traje gris y llevaba un sombrero de paja. Le colgaba del hombro una caja de hojalata para especímenes botánicos y llevaba en la mano un cazamariposas verde.

—Estoy seguro de que sabrá excusar mi atrevimiento, doctor Watson —dijo al llegar jadeando a donde yo me encontraba—. Aquí, en el páramo, somos gente sencilla y no esperamos a que nos presenten de modo formal. Quizá haya oído usted mencionar mi nombre a nuestro común amigo el doctor Mortimer. Soy Stapleton, de la Casa Merripit.

—El cazamariposas y la caja me hubieran bastado para adivinarlo —dije—, porque sabía que el señor Stapleton era naturalista. Pero ¿cómo me ha reconocido usted a mí?

—He ido a visitar a Mortimer y, al pasar usted por la calle, le hemos visto desde la ventana de su consultorio. Como llevamos el mismo camino, se me ha ocurrido darle alcance y presentarme. Espero que a *sir* Henry no le haya sentado mal el viaje.

—Está perfectamente, muchas gracias.

—Todos nos temíamos que después de la triste muerte de *sir* Charles el nuevo *baronet* no quisiera vivir aquí. Pedirle a un hombre rico que venga a encerrarse en un sitio como este es mucho pedir, pero no necesito decirle cuánto significa para nuestra región. ¿Hago bien en suponer que *sir* Henry no alberga miedos supersticiosos al respecto?

—No lo creo probable.

—¿Usted conoce, por supuesto, la leyenda del diabólico perro que persigue a su familia?

—La he oído contar.

—¡Es extraordinario lo crédulos que son los campesinos por aquí! Muchos de ellos están dispuestos a jurar que han visto en el páramo a un animal como este —

hablaba con una sonrisa, pero me pareció leer en sus ojos más seriedad que la que aparentaba—. Esta leyenda llegó a apoderarse de la imaginación de *sir* Charles y estoy convencido de que provocó su trágico fin.

—Pero ¿cómo?

—Tenía los nervios tan deshechos que la aparición de un perro cualquiera podía provocar un efecto fatal sobre su corazón enfermo. Supongo que vio algo así aquella última noche en el Sendero de los Tejos. Yo ya temía que pudiera ocurrir un desastre, pues sentía por él mucho afecto y no ignoraba su afección cardiaca.

—¿Cómo lo sabía?

—Me lo había dicho mi amigo Mortimer.

—¿Piensa usted, entonces, que un perro cualquiera persiguió a *sir* Charles y que este murió de miedo?

—¿Dispone usted de otra explicación mejor?

—Yo no he llegado a ninguna conclusión.

—¿Y el señor Sherlock Holmes?

Aquellas palabras me dejaron sin habla, pero la placidez del rostro de mi interlocutor y su mirada serena me indicaron que no había pretendido pillarme por sorpresa.

—Es inútil fingir que no le conocemos a usted, doctor Watson —dijo él—. Han llegado hasta nosotros sus relatos de las aventuras del famoso detective, y no podía dar a conocer los éxitos de su amigo sin darse a conocer a sí mismo al mismo tiempo. Cuando Mortimer me citó su nombre, no pudo negar su identidad. Si está usted aquí, es obvio que el señor Sherlock Holmes se interesa en el caso y, como es lógico, siento curiosidad por conocer su opinión.

—Temo que no estoy en condiciones de responder a eso.

—¿Puedo preguntar si él nos honrará visitándonos personalmente?

—Por el momento le es imposible abandonar Londres. Hay otros casos que requieren su atención.

—¡Qué lastima! Podría arrojar alguna luz sobre un asunto para nosotros tan oscuro. Y en lo que se refiere a sus propias investigaciones, doctor Watson, confío en que no vacilará en recurrir a mí si puedo serle útil de algún modo. En caso de contar con alguna indicación sobre la naturaleza de sus sospechas o sobre cómo se propone usted investigar el caso, tal vez pudiera ya ahora prestarle ayuda o darle algún consejo.

—Le aseguro que estoy aquí únicamente para visitar a mi amigo *sir* Henry y que no necesito ayuda de ningún tipo.

—¡Perfecto! —dijo Stapleton—. Hace usted muy bien en mostrarse cauto y reservado. Considero justo que me reprenda por lo que, sin duda, ha sido por mi parte una intromisión injustificada, y le prometo no volver a mencionar la cuestión.

Habíamos llegado al punto en que un estrecho sendero de césped se apartaba del camino y se internaba en el páramo. A la derecha se alzaba una empinada colina

salpicada de rocas que en otros tiempos se había utilizado como cantera; la parte que daba hacia nosotros formaba un sombrío acantilado, en cuyos huecos crecían helechos y zarzas. Por encima y a lo lejos se alzaba un penacho gris de humo.

—Un paseo no demasiado largo por ese sendero del páramo lleva a la Casa Merripit —dijo mi acompañante—. Si dispone usted de una hora, será para mí un placer presentarle a mi hermana.

Lo primero que pensé fue que mi deber era estar al lado de *sir* Henry, pero recordé a continuación el montón de documentos y facturas que abarrotaban su mesa de trabajo. Era indudable que yo no podía ayudarle en aquella tarea. Y Holmes me había pedido expresamente que estudiara a los vecinos. Así pues, acepté la invitación de Stapleton y nos introdujimos juntos en el sendero.

—El páramo es un lugar maravilloso —dijo mi acompañante, recorriendo con la mirada las ondulantes lomas, las grandes olas verdes cuyas crestas de granito dentado formaban figuras fantásticas con su espuma—. No cansa nunca. Es imposible imaginar los increíbles secretos que encierra. ¡Es tan inmenso, tan estéril, tan misterioso!

—Usted lo conoce bien, ¿verdad?

—Sólo llevo aquí dos años. Los habitantes de la región podrían tildarme de recién llegado. Nos instalamos aquí poco después de que *sir* Charles viniera a la mansión. Pero mis aficiones me han llevado a explorar bien los alrededores, y juraría que muy pocos hombres conocen el páramo tan bien como yo.

—¿Es difícil conocerlo?

—Muy difícil. Fíjese, por ejemplo, en esa gran llanura que se extiende hacia el norte, con las extrañas colinas que emergen de ella. ¿Observa usted algo especial?

—Debe de ser un sitio estupendo para galopar a caballo.

—Eso pensaría cualquiera, y ya le ha costado la vida a más de uno. ¿Ve usted esas manchas verde brillante que abundan en su superficie?

—Sí, parecen más fértiles que el resto.

Stapleton se echó a reír.

—Es la gran ciénaga de Grimpen —dijo—. Un paso en falso dado allí significa la muerte para hombres y animales. Ayer mismo vi cómo un poni del páramo se metía en ella. No volvió a salir. Durante largo rato emergió la cabeza, pero el fango terminó por engullirlo. Incluso en las estaciones secas es peligroso cruzar esta zona, pero después de estas lluvias otoñales la ciénaga es un lugar espantoso. Y, no obstante, yo soy capaz de llegar hasta su centro y de regresar vivo. ¡Vaya por Dios, allí veo a otro de esos desdichados ponis!

Algo color marrón se agitaba entre las verdes juncias. Después, un largo cuello agonizante se retorció hacia lo alto y un terrible relincho resonó por todo el páramo. El horror me heló la sangre en las venas, pero los nervios de mi acompañante

parecían más templados que los míos.

—¡Se acabó! —dijo—, la ciénaga se lo ha tragado. Dos en cuarenta y ocho horas. Y acaso más, porque suelen ir allí cuando el tiempo es seco y no advierten la diferencia hasta que quedan atrapados. La gran ciénaga de Grimpen es un lugar muy peligroso.

—¿Y usted dice que penetra en su interior?

—Sí, hay uno o dos senderos que un hombre ágil puede utilizar. Yo los he descubierto.

—Pero ¿qué puede impulsarle a meterse en un sitio tan espantoso?

—¿Ve aquellas colinas a lo lejos? En realidad se trata de islas, aisladas por la ciénaga infranqueable, que las ha ido rodeando con el transcurso de los años. Si es usted lo bastante hábil para llegar hasta ellas, se encuentran allí raras plantas y mariposas.

—Probaré suerte algún día.

Stapleton me miró atónito.

—¡Por el amor de Dios, ni se le ocurra intentarlo! —exclamó—, su sangre caería sobre mi cabeza. Le aseguro que no existe la menor posibilidad de que regresara con vida. Yo lo consigo guiándome por algunas señales muy complicadas.

—¡Caramba! —le interrumpí—. ¿Qué es esto?

Un gemido largo, hondo, indescriptiblemente triste, se extendió por el páramo. Llenaba el aire, pero era imposible dilucidar de dónde procedía. De un murmullo apagado pasó a convertirse en un rugido profundo, para decaer de nuevo en un murmullo melancólico. Stapleton me miró con una expresión rara.

—¡Extraño lugar el páramo! —dijo.

—Pero ¿qué ha sido eso?

—Los campesinos dicen que es el perro de los Baskerville, que reclama su presa. Yo lo había oído antes un par de veces, pero nunca con tanta intensidad.

Con el corazón transido de espanto, contemplé la interminable llanura ondulante, salpicada por las verdes manchas de los juncales. Nada se movía en la gran extensión, salvo una pareja de cuervos que, a nuestras espaldas, graznaron con fuerza desde un risco.

—Usted es un hombre culto. ¿No dará crédito a ese tipo de patrañas? —dije—. ¿Cuál cree que es el origen de un sonido tan extraño?

—Las ciénagas producen a veces ruidos extraños. Puede ser el barro que se mueve, o el agua que asciende, o algo por el estilo.

—No, no, se trataba de la voz de un ser vivo.

—Bueno, tal vez lo fuera. ¿Ha oído bramar alguna vez a un avetoro?

—No, nunca.

—Es un ave poco común y ahora está prácticamente extinguida en Inglaterra. Pero en el páramo todo es posible, y no me sorprendería que acabáramos de oír el grito del último avetoro.

—Es lo más misterioso y extraño que he oído en toda mi vida.

—Sí, nos encontramos en un lugar bastante alucinante. Observe la ladera de aquella colina. ¿Qué supone que son aquellas cosas?

La empinada pendiente estaba cubierta de grises anillos de piedra, al menos una veintena.

—¿Qué son? ¿Rediles para ovejas?

—No. Son los hogares de nuestros ilustres antepasados. Al hombre prehistórico le gustaba vivir en el páramo y, como nadie después ha vuelto a instalarse aquí, encontramos sus pequeñas construcciones exactamente igual a como él las dejó. Son una especie de chozas, que han perdido la techumbre. Si la curiosidad le empuja a entrar en una de ellas, podrá localizar incluso el lugar donde hacían fuego y donde dormían.

—Se trata, pues, de un poblado. ¿En qué época estuvo habitado?

—En el neolítico. No tenemos fechas.

—¿A qué se dedicaban sus pobladores?

—Apacentaban su ganado por estas laderas y aprendieron a cavar en busca de estaño cuando la espada de bronce comenzó a desplazar el hacha de piedra. Fíjese en esa gran zanja de la colina de enfrente. Es su huella. Sí, doctor Watson, encontrará usted cosas muy peculiares en el páramo. ¡Ah, perdone un instante! Es sin duda una ciclópida.

Una mariposilla había cruzado nuestro sendero. Stapleton se lanzó en el acto tras ella con extraordinaria energía y rapidez. Para mi consternación, el insecto voló directamente hacia la gran ciénaga, pero mi acompañante no vaciló ni un solo instante. La persiguió saltando de mata en mata con el cazamariposas en ristre. Su traje gris y el modo irregular de avanzar, a brincos y en zigzag, lo asemejaban a una enorme polilla. Yo estaba contemplando la persecución con una mezcla de admiración ante su extraordinario despliegue de energía y de miedo a que perdiera pie en la ciénaga traicionera, cuando oí pasos a mis espaldas, y, al volverme, vi que una mujer se acercaba hacia mí por el sendero. Venía de la dirección en que el penacho de humo señalaba la posición de la Casa Merripit, pero la pendiente del páramo me la había ocultado hasta que la tuve casi a mi lado.



No dudé que se trataba de la señorita Stapleton de la que me habían hablado, pues en el páramo no abundan las damas y yo recordaba que alguien la había descrito como una belleza. La mujer que avanzaba hacia mí lo era, desde luego, y en grado extremo. No podía darse mayor contraste entre hermano y hermana, porque Stapleton tenía la tez pálida, el cabello claro y los ojos grises, mientras que la muchacha era la morena de tez más oscura que he visto en Inglaterra. Era esbelta, alta y elegante. Su rostro, altivo y de facciones delicadas, hubiera podido resultar frío de tan regular, a no ser por la sensible boca y los hermosos ojos, oscuros y vehementes. Con su figura perfecta y su elegante vestido, resultaba una insólita aparición en aquella solitaria

senda del páramo. Cuando me volví, ella estaba siguiendo con los ojos las evoluciones de su hermano, pero apresuró enseguida el paso hacia mí. Yo me había quitado el sombrero y me disponía a explicar mi presencia, cuando sus palabras impulsaron mis pensamientos en otra dirección.

—¡Váyase! —dijo—. ¡Regrese inmediatamente a Londres!

No pude hacer otra cosa que contemplarla estupefacto. Sus ojos llameaban y golpeaba impaciente el suelo con un pie.

—¿Por qué tendría que irme? —pregunté.

—No se lo puedo explicar —hablaba en voz baja y apremiante y con un curioso seseo—. Pero, por el amor de Dios, haga lo que le pido. Váyase y no vuelva a pisar nunca el páramo.

—¡Pero si acabo de llegar!

—¡Por favor, por favor! —exclamó—. ¿No es capaz de comprender que si le hago esta advertencia es por su propio bien? ¡Regrese a Londres! ¡Márchese esta misma noche! ¡Aléjese de aquí a toda costa! ¡Silencio, vuelve mi hermano! Ni una palabra de lo que le he dicho. ¿Le importaría cortar para mí aquella orquídea de entre los cirros? Las orquídeas abundan en el páramo, aunque, por supuesto, llega usted en una mala estación para disfrutar de él en toda su belleza.

Stapleton había renunciado a la caza de la mariposa y se acercaba a nosotros jadeando y con el rostro encendido por el esfuerzo.

—¡Hola, Beryl! —dijo, en un tono de voz que no me pareció excesivamente cordial.

—Estás muy sofocado, Jack.

—Sí. Perseguía una ciclópida. Es una mariposa rara y difícil de encontrar a finales de otoño. ¡Lástima que no haya conseguido atraparla!

Hablaba de modo despreocupado, pero sus ojillos brillantes iban inquietos de su hermana a mí.

—Veo que ya se han presentado —dijo.

—Sí. Le explicaba a *sir* Henry que ha llegado tarde para ver la verdadera belleza del páramo.

—Pero ¿con quién crees tú qué estás hablando?

—Supongo que se trata de *sir* Henry Baskerville.

—No, no —intervine yo—. Soy un simple hombre del montón, aunque gozo de su amistad. Me llamo Watson.

El disgusto ensombreció por un momento el expresivo rostro de la muchacha.

—Pues, en tal caso, todo lo hablado obedece a un malentendido —dijo.

—En realidad no habéis tenido mucho tiempo para hablar —observó su hermano, que seguía escudriñándonos con ojos inquisitivos.

—He hablado como si el doctor Watson residiera aquí, en lugar de ser un simple visitante —dijo la señorita Stapleton—. A él no puede importarle mucho si es pronto o tarde para las orquídeas. Pero vendría usted con nosotros para ver la Casa Merripit,

¿no es cierto?

Un breve paseo nos llevó hasta allí. Se trataba de una triste casa del páramo, que debió de ser la granja de algún ganadero en los viejos días de prosperidad y que habían arreglado de nuevo para convertirla en una vivienda moderna. La circundaba un huerto, pero los árboles, como sucedía en el páramo, eran más pequeños de lo normal y estaban quemados por las heladas. El lugar daba en conjunto una impresión de pobreza y melancolía. Nos abrió la puerta un viejo criado, raro, arrugado y de ropa mohosa, muy en consonancia con el lugar. Dentro, sin embargo, las habitaciones eran amplias y estaban amuebladas con una elegancia en la que me pareció reconocer el buen gusto de la señorita Stapleton. Al contemplar desde sus ventanas el interminable páramo salpicado de rocas que se extendían hasta el horizonte más remoto, no pude evitar preguntarme qué podía haber traído a este lugar a un hombre tan instruido y a una mujer tan hermosa.

—Extraña elección de lugar en que residir, ¿verdad? —dijo Stapleton, como si me leyera el pensamiento—. Y, sin embargo, hemos conseguido ser aceptablemente felices aquí, ¿no es cierto, Beryl?

—Muy felices —dijo ella, aunque en sus palabras faltara el acento de la convicción.

—Yo tenía un colegio —dijo Stapleton—. En el norte. Para un hombre de mi carácter, aquel trabajo resultaba monótono y desprovisto de interés, pero el privilegio de vivir entre gente joven, de ayudar a moldear sus mentes y de transmitirles mi carácter y mis propios ideales, era muy satisfactorio para mí. Sin embargo, la suerte nos fue adversa. Se declaró una grave epidemia en el colegio y murieron tres de los muchachos. No nos rehicimos nunca del golpe y perdí gran parte de mi capital. De todos modos, si no fuera por verme privado de la encantadora compañía de los chicos, tendría que alegrarme de mi desgracia, porque siento una inmensa afición por la botánica y por la zoología y aquí dispongo de un campo ilimitado de estudio, y además a mi hermana le interesa tanto como a mí la naturaleza; le explico todo esto, doctor Watson, porque he visto la expresión que ponía al contemplar el páramo desde nuestra ventana.

—Es cierto que se me ha pasado por la cabeza la idea de que todo esto puede resultar tal vez un poco aburrido... Menos para usted que para su hermana.

—No, no —replicó ella precipitadamente—. Yo no me aburro nunca.

—Disponemos de libros —dijo Stapleton—, de nuestros estudios y de vecinos interesantes. El doctor Mortimer es un erudito en lo suyo. También el pobre *sir* Charles era un compañero admirable. Le conocíamos bien y no sabría expresar cuánto le echamos de menos. ¿Cree usted que sería indiscreto por mi parte visitar esta tarde a *sir* Henry para conocerle?

—Estoy seguro de que a él le encantará recibirle.

—En tal caso, quizá tenga usted la amabilidad de anunciarle mi propósito. Dentro de nuestra modestia, tal vez podamos facilitarle un poco las cosas hasta que se adapte



a su nuevo hogar. ¿Quiere subir conmigo, doctor Watson, y ver mi colección de lepidópteros? Creo que es la más completa del suroeste de Inglaterra. Para cuando haya terminado de verla, estará listo el almuerzo.

Pero yo ansiaba volver al lado de la persona cuya seguridad me habían encomendado. La melancolía del páramo, la muerte del pobre poni, el extraño ruido asociado a la leyenda de los Baskerville, todo ello contribuía a teñir de tristeza mis pensamientos. Y a todas estas impresiones más o menos vagas se había añadido la advertencia clara y precisa de la señorita Stapleton, hecha con tanta vehemencia que me dejó convencido de que se basaba en razones serias y profundas. Rechacé, pues, los repetidos ruegos de los hermanos para que me quedara a almorzar y emprendí de inmediato el camino de regreso, utilizando el mismo sendero cubierto de hierba por el que habíamos venido.

Sin embargo, debe de existir un atajo que utilizan quienes conocen mejor la región, porque, antes de que alcanzara yo la carretera, me detuve atónito al ver a la señorita Stapleton sentada en una roca al borde del sendero. El rubor del esfuerzo embellecía su rostro y se oprimía con una mano el costado.

—He corrido para poder alcanzarle, doctor Watson —me dijo—. Ni siquiera he tenido tiempo para ponerme el sombrero. Y debo apresurarme a regresar, porque de lo contrario mi hermano advertirá mi ausencia. Quería decirle cuánto lamento mi estúpida equivocación al tomarle por *sir* Henry. Hágame el favor de olvidar mis palabras, que no tienen aplicación ninguna en su caso.

—No puedo olvidarlas, señorita Stapleton —repliqué—. Soy amigo de *sir* Henry y su seguridad es muy importante para mí. Dígame por qué estaba usted tan ansiosa de que él regresara a Londres.

—Una tontería de mujer, doctor Watson. Cuando me conozca mejor, descubrirá que no siempre puedo dar razones de lo que digo o de lo que hago.

—No, no. Recuerdo el temblor de su voz. Recuerdo la expresión de sus ojos. Por favor, por favor, sea sincera conmigo, señorita Stapleton, porque desde que he llegado aquí tengo la sensación de vivir rodeado de sombras. Mi existencia se ha convertido en algo similar a caminar por la gran ciénaga de Grimpen, con manchas verdes que ceden bajo los pies y donde carezco de guía que me indique el camino. Dígame, por favor, a qué se refería usted, y le prometo que transmitiré su advertencia a *sir* Henry.

Por un instante cruzó por su rostro una expresión de duda, pero cuando me respondió su mirada había vuelto a endurecerse.

—Se lo toma usted demasiado a la tremenda, doctor Watson —dijo—. A mi hermano y a mí nos afectó mucho la muerte de *sir* Charles. Le conocíamos bien, porque su paseo favorito era atravesar el páramo hasta nuestra casa. A *sir* Charles le afectaba profundamente la maldición que pesaba sobre su familia y, al producirse la tragedia, yo pensé, como es natural, que debía de existir algún fundamento para sus

temores. Me preocupa, por lo tanto, que otro miembro de la familia se instale aquí, y creí que alguien le debía advertir del peligro que corría. Eso es todo lo que pretendí transmitir con mis palabras.

—Pero ¿en qué consiste el peligro?

—¿Conoce usted la leyenda del perro?

—No creo en semejantes tonterías.

—Pues yo sí. Si goza usted de alguna influencia sobre *sir* Henry, aléjelo de un lugar que siempre ha sido funesto para su familia. El mundo es muy grande. ¿Por qué tendría que vivir en un lugar donde le acecha el peligro?

—Precisamente por ser un lugar donde le acecha el peligro. Es el carácter de *sir* Henry. Mucho me temo que, si no me da usted una información más precisa, no lograré que se marche.

—No puedo decir nada más preciso porque no lo sé.

—Permítame una pregunta más, señorita Stapleton. Si sólo era eso lo que pretendía decir cuando hablo conmigo por primera vez, ¿por qué no quería que su hermano la oyera? No hay en sus palabras nada a lo que él, ni nadie, pueda poner objeciones.

—Mi hermano está ansioso de que la Mansión de los Baskerville siga ocupada, porque cree que esto beneficia a la pobre gente que vive en el páramo. Se enojaría si supiera que he dicho algo que pueda impulsar a *sir* Henry a marcharse. Pero ahora ya he cumplido con mi deber y no hablaré más. Tengo que regresar a casa, o de lo contrario Jack me echará de menos y sospechará que he estado con usted. ¡Adiós!

Dio media vuelta y en unos instantes había desaparecido entre los peñascos desperdigados por el páramo, mientras yo proseguía mi camino hacia la Mansión de los Baskerville con el alma inundada de vagos temores.



## PRIMER INFORME DEL DOCTOR WATSON

A partir de este punto seguiré el curso de los acontecimientos transcribiendo mis propias cartas a Sherlock Holmes, que tengo en la mesa delante de mí. Falta una página, pero las demás las reproduzco exactamente como fueron escritas, y muestran mis sentimientos y mis sospechas del momento con mayor precisión de lo que podría hacerlo mi memoria, a pesar de la claridad con que aquellos trágicos sucesos quedaron grabados en ella.

Mansión de los Baskerville, 13 de octubre

Querido Holmes:

Mis cartas y telegramas anteriores le han mantenido al día de todo lo que ha ocurrido en este rincón del mundo tan apartado de Dios. Cuanto más tiempo lleva uno aquí, más hondamente se le mete en el alma el espíritu del páramo, su inmensidad y también su terrible hechizo. En cuanto se penetra en él, queda atrás todo vestigio de la Inglaterra moderna y, por el contrario, se advierte por doquier la presencia de los hogares y las obras del hombre prehistórico. Vaya uno por donde vaya, siempre surgen las moradas de aquellas gentes olvidadas, con sus tumbas y sus enormes monolitos, que, al parecer, señalan el emplazamiento de los templos. Al contemplar las chozas de piedra gris sobre un fondo de escarpadas laderas, dejamos atrás nuestra propia época y, si viéramos a un hombre velludo, cubierto con pieles de animales, salir gateando por la pequeña puerta y poner una flecha con punta de pedernal en la cuerda de su arco, nos parecería que su presencia en este lugar está más justificada que la nuestra. Lo extraño es que poblaran en tal abundancia una tierra que siempre ha debido de ser muy poco fértil. Aunque no sé apenas nada de prehistoria, supongo que se trataba de una raza poco belicosa, que se vio acosada y obligada a aceptar unas tierras que nadie estaba dispuesto a ocupar.

Pero todo esto no tiene nada que ver con la misión que usted me encomendó y es probable que carezca por entero de interés para una mente tan rigurosamente práctica como la suya. Todavía recuerdo su total indiferencia respecto a si el sol se mueve alrededor de la tierra o la tierra alrededor del sol. Vuelvo, pues, a los hechos relacionados con *sir* Henry Baskerville.

Si no ha recibido usted ningún informe en los últimos días, se debe a que hasta hoy no he tenido nada importante que contar. Ahora ha ocurrido algo muy

sorprendente, que le expondré a su debido tiempo, pero ante todo debo ponerle al corriente acerca de otros elementos de la situación.

Uno de ellos, al que apenas he aludido hasta el presente, es el preso fugado que merodeaba por el páramo. Ahora existen razones poderosas para creer que se ha marchado, lo cual supone un considerable alivio para los habitantes de la región que viven aislados. Han transcurrido quince días desde su fuga y no se le ha visto ni se ha sabido nada de él. Es inconcebible que haya podido subsistir tanto tiempo en el páramo. Habría podido esconderse sin dificultad, desde luego. Cualquiera de los habitáculos de piedra pudo servirle de refugio. Pero no hay nada que le proporcione alimento, a menos que capture y sacrifique a una de las ovejas del páramo. Creemos, por lo tanto, que se ha ido, y en consecuencia los granjeros aislados duermen mejor por las noches.

En la mansión habitamos cuatro varones en buena forma física, de modo que podemos cuidar de nosotros mismos, pero confieso que he pasado momentos de inquietud al pensar en los Stapleton. Viven a millas de toda ayuda. Sólo hay en la casa una criada, un anciano sirviente, la hermana y el hermano, que no es un hombre muy fuerte. Si el preso lograra introducirse allí, estarían indefensos en manos de un individuo tan desalmado como el asesino de Notting Hill. Tanto a *sir* Henry como a mí nos preocupa mucho su situación, y les hemos sugerido que Perkins, el mozo de establo, vaya a dormir a su casa, pero Stapleton no ha querido ni oír hablar de ello.

Lo cierto es que nuestro amigo el *baronet* empieza a interesarse mucho por nuestra bella vecina. No tiene nada de extraño, porque para un hombre de acción como él el tiempo se hace muy largo en este lugar solitario, y la señorita Stapleton es una mujer hermosa y fascinante. Hay en ella algo tropical y exótico que contrasta de modo singular con su hermano, tan frío e impasible. También en él, sin embargo, se intuye la presencia de ocultos fuegos. Tiene sin duda una marcada influencia sobre su hermana, porque he comprobado que, cuando ella habla, le mira constantemente, como si buscara su aprobación a cuanto dice. Espero que sea cariñoso con ella. El seco brillo de los ojos de Stapleton y la firme expresión de su boca de finos labios denuncian un carácter dominante y tal vez despótico. A usted este hombre le parecería un interesante objeto de estudio.

Vino a saludar a Baskerville el mismo día en que le conocí, y a la mañana siguiente nos llevó a ambos al lugar donde se supone que tuvo origen la leyenda del malvado Hugo. Fue una excursión de varias millas por el páramo, hasta un lugar tan deprimente que pudo, por sí solo, sugerir la historia. Encontramos una cañada rodeada de peñascos escarpados, que desemboca en un espacio abierto salpicado de juncias. En el centro se alzan dos grandes piedras, erosionadas y afiladas en la parte superior hasta parecer los enormes colmillos en proceso de descomposición de un animal monstruoso. El lugar se adecuaba perfectamente al escenario de la antigua tragedia que conocemos. *Sir* Henry se mostró muy interesado y preguntó más de una vez a Stapleton sobre la posibilidad de que los poderes sobrenaturales intervinieran

en los asuntos humanos. Hablaba en tono desenfadado, pero no me cabe duda de que se tomaba muy en serio la cuestión. Stapleton se mostró cauto en las respuestas, y creo que, en consideración a los sentimientos del *baronet*, callaba mucho de lo que sabía. Nos habló de otros casos similares, en que algunas familias habían sido víctimas de influencias malignas, y nos dejó la impresión de que compartía creencias populares.

Al regreso, nos detuvimos a almorzar en la Casa Merripit y fue allí donde *sir* Henry conoció a la señorita Stapleton. Desde el primer momento, pareció sentir una fuerte atracción por ella y mucho me equivoco si el sentimiento no fue recíproco. Nuestro *baronet* habló de la muchacha una y otra vez mientras volvíamos a casa, y desde entonces no ha transcurrido apenas día sin que veamos en algún momento a los dos hermanos. Esta noche cenar aquí, y ya se habla de que iremos a su casa la semana próxima. Cualquiera imaginaría que semejante enlace tenía que llenar de satisfacción a Stapleton, y, sin embargo, he captado en él en más de una ocasión una mirada de intenso desagrado cuando *sir* Henry hacía objeto de sus atenciones a su hermana. Sin duda está muy unido a ella y llevará una vida muy solitaria si se ve privado de su compañía, pero parecería el colmo del egoísmo que pusiera obstáculos a un matrimonio tan conveniente. No obstante, estoy convencido de que Stapleton no desea que la amistad entre ambos jóvenes llegue a convertirse en amor y he observado más de una vez sus esfuerzos por impedir que se queden a solas. Le diré pasada que sus instrucciones de que no permita que *sir* Henry salga sólo de la mansión serán mucho más difíciles de cumplir si una intriga amorosa viene a sumarse a las otras complicaciones. Mis buenas relaciones con el *baronet* no tardarían en deteriorarse si yo insistiera en seguir al pie de la letra las órdenes que usted me ha dado.

El otro día —el jueves para ser más precisos— almorzó con nosotros el doctor Mortimer. Ha estado excavando un túmulo funerario de Long Down y está entusiasmado por el hallazgo de un cráneo prehistórico. ¡No conozco tipo más entusiasta de lo suyo! Los Stapleton llegaron más tarde, y el bueno del doctor nos llevó a todos, a petición de *sir* Henry, hasta el Sendero de los Tejos, para mostrarnos exactamente cómo tuvo lugar la tragedia aquella noche aciaga. El Sendero de los Tejos es un paseo muy largo y sombrío, flanqueado por dos altas paredes de seto recortado y con una estrecha franja de hierba a cada lado. En el extremo más distante se halla un cenador. A medio camino está el portillo que da al páramo, donde el anciano caballero dejó caer la ceniza de su cigarro. Se trata de un portillo de madera, pintado de blanco, provisto de un pestillo. Al otro lado se extiende la vastedad del páramo. Yo recordé la teoría que usted sustenta acerca del caso e intenté reconstruir todo lo sucedido. Mientras *sir* Charles estaba allí, vio algo que se acercaba a través del páramo, algo que le horrorizó hasta el punto de hacerle perder la cabeza. Echó a correr y siguió corriendo hasta caer muerto de puro horror y agotamiento. Teníamos ante nosotros el largo y melancólico túnel por el que huyó. Pero ¿de qué huía? ¿De un

perro pastor del páramo? ¿O de un sabueso espectral, negro, mudo y monstruoso? ¿Hubo una intervención humana? ¿Acaso Barrymore, tan pálido y siempre alerta, sabía más de lo que estaba dispuesto a contar? Todo resulta muy confuso y muy vago, pero siempre aparece al fondo la oscura sombra del crimen.

Desde la última vez que le escribí, he conocido a otro vecino. Se trata del señor Frankland, de la Mansión Lafter, que vive unas cuatro millas al sur de nosotros. Es un caballero anciano, de cabellos blancos, de tez rubicunda, y muy colérico. Le apasiona la legislación británica y ha invertido una fortuna en pleitear. Lucha por el simple placer de luchar y le da lo mismo defender el pro o el contra de una cuestión, y no es de extrañar que le haya resultado una diversión costosa. En ocasiones cierra un derecho de paso y desafía al ayuntamiento a que lo abra de nuevo. En otras, rompe con sus propias manos la barrera de una propiedad ajena, afirma que desde tiempo inmemorial ha existido allí una senda y reta al propietario a que lo lleve a los tribunales por intrusión de propiedad. Es un erudito en el antiguo derecho señorial y comunal, y unas veces aplica sus conocimientos a favor de los habitantes de Fernworthy y otras en su contra, de modo que tan pronto lo llevan triunfalmente a hombros por la calle mayor como lo queman en efigie, según haya sido su última hazaña. Se dice que actualmente tiene entre manos unos siete pleitos, que probablemente engullirán el resto de su fortuna, con lo cual quedará sin aguijón y será inofensivo en el futuro. En lo que no concierne a las cuestiones jurídicas parece una persona cariñosa y amable, y sólo hago mención de él porque usted insistió en que le enviara una descripción de todas las personas que nos rodean. En estos momentos tiene una ocupación muy curiosa: como es aficionado a la astronomía y dispone de un excelente telescopio, se tumba de la mañana a la noche en el tejado de su casa y escudriña el páramo con la esperanza de echarle la vista encima al preso fugado. Si consagrara a esto la totalidad de sus energías, todo iría a pedir de boca, pero se rumorea que tiene intenciones de pleitear contra el doctor Mortimer, por haber abierto éste una tumba sin el consentimiento de los parientes próximos del difunto, dado que extrajo un cráneo neolítico del túmulo funerario del Long Down. Contribuye sin duda a alejar de nuestras vidas la monotonía y nos proporciona pequeños interludios jocosos de los que estamos muy necesitados.

Y ahora, después de ponerle al día sobre el preso fugado, los Stapleton, el doctor Mortimer y el señor Frankland de la Mansión Lafter, permítame que termine con lo más importante y vuelva a hablarle de los Barrymore, y en especial de los sorprendentes acontecimientos de la noche pasada.

Antes me he referido al telegrama que envió usted desde Londres para asegurarse de que Barrymore estaba realmente aquí. Ya le expliqué que el testimonio del jefe de Correos echaba por tierra nuestra comprobación y que carecemos de pruebas en uno o en otro sentido. Expliqué a *sir* Henry cuál era el caso y, con la franqueza que le caracteriza, hizo llamar inmediatamente a Barrymore y le preguntó si había recibido en persona el telegrama. Barrymore respondió que sí.

—¿Se lo entregó el chico en propia mano? —preguntó *sir* Henry.

Barrymore pareció sorprendido y reflexionó un instante.

—No —dijo—. En aquellos momentos yo estaba en el desván y me lo subió mi esposa.

—¿Contestó usted por sí mismo?

—No. Le dije a mi esposa cuál era la respuesta y ella bajó a escribirla.

Por la noche fue el propio Barrymore quién sacó a relucir el tema.

—No consigo entender el objeto de sus preguntas de esta mañana, *sir* Henry —dijo—. Espero que no signifiquen que he hecho algo que le ha llevado a perder su confianza en mí.

*Sir* Henry le aseguró que este no era el caso, y lo aplacó regalándole gran parte de su antiguo vestuario, dado que había llegado ya el nuevo desde Londres.

A mí me interesa mucho la señora Barrymore. Es una mujer corpulenta, maciza, de limitadas luces y acendrada respetabilidad, y con cierta tendencia al puritanismo. No cabe imaginar una persona menos emotiva. Y, sin embargo, ya le he contado a usted que la oí sollozar amargamente la primera noche de nuestra llegada y desde entonces he observado en más de una ocasión huellas de lágrimas en su rostro. Una honda aflicción le desgarrar sin tregua el alma. A veces me pregunto si le obsesiona el recuerdo de una culpa, y otras veces sospecho que Barrymore pueda ser un tirano en la intimidad.

Siempre he tenido la impresión de que hay algo extraño y sospechoso en el carácter de este hombre, pero la aventura de la pasada noche ha elevado en extremo mis sospechas.

Sin embargo, tal vez parezca una cuestión de poca monta. Usted sabe que no tengo el sueño pesado, pero desde que vivo alerta en esta casa tengo el sueño más ligero que nunca. La pasada noche, a eso de las dos de la madrugada, me despertaron los pasos sigilosos de alguien que cruzaba por delante de mi habitación. Me levanté, abrí la puerta y miré. Una larga sombra negra se deslizaba por el pasillo. La proyectaba un hombre que avanzaba con una vela en la mano. Llevaba sólo la camisa y el pantalón, e iba descalzo. Apenas pude ver su silueta, pero la estatura me indicó que se trataba de Barrymore. Caminaba muy despacio y con precaución, y había algo indescriptiblemente culpable y furtivo en su aspecto.

Ya le he explicado que el pasillo queda interrumpido por la galería que circunda la gran sala, pero que se reanuda al otro lado. Esperé a que Barrymore se perdiera de vista y le seguí. Cuando rodeé la galería, él estaba ya al final del otro pasillo y pude advertir, por el resplandor que surgía de la puerta abierta, que se había metido en una de las habitaciones. Ahora bien, todas ellas carecen de muebles y están desocupadas, por lo cual aquella expedición resultaba todavía más misteriosa. La luz brillaba en un punto fijo, como si el mayordomo se hubiera quedado inmóvil. Yo me deslicé por el pasillo lo más sigilosamente que pude y me asomé por el borde de la puerta.

Barrymore, agazapado junto a la ventana, mantenía la vela en alto pegada al

cristal. Su rostro estaba vuelto a medias hacia mí y sus facciones se contraían de ansiedad mientras escudriñaba la negrura del páramo. Por espacio de unos minutos mantuvo esa intensa vigilancia. Después dejó escapar un hondo gemido y apagó, con un gesto de impaciencia, la vela. Yo retrocedí inmediatamente a mi habitación, y al poco rato volví a oír los pasos sigilosos en su camino de regreso. Mucho más tarde, cuando me hundía ya en un sueño ligero, oí que una llave giraba en una cerradura, pero me fue imposible precisar de dónde procedía el ruido. No soy capaz de adivinar el significado de lo sucedido, pero sin duda en esta casa melancólica se está larvando algún asunto secreto que, antes o después, terminaremos por descubrir. No quiero importunarle con mis teorías, porque usted me pidió que sólo le suministrara hechos. Esta mañana he sostenido una larga conversación con *sir* Henry y hemos elaborado juntos un plan de campaña, basado en mis descubrimientos de la noche pasada. No quiero hablar ahora de él, pero hará la lectura de mi próximo informe muy interesante.





## SEGUNDO INFORME DEL DOCTOR WATSON (LA LUZ EN EL PÁRAMO)

Mansión de los Baskerville, 15 de octubre

Querido Holmes:

Si durante los primeros días de mi cometido no le remití demasiadas noticias, reconocerá usted que estoy recuperando el tiempo perdido y que los acontecimientos se suceden ahora sin interrupción. Mi último informe concluía en el punto culminante del hallazgo de Barrymore junto a la ventana, y ahora dispongo de una segunda parte de la historia que, a menos que ande yo muy equivocado, habrá de sorprenderle. Los acontecimientos han tomado un sesgo imprevisto. En algunos aspectos la situación se ha aclarado mucho durante las últimas cuarenta y ocho horas y en otras se ha complicado todavía más. Pero voy a contárselo todo, y usted juzgará por sí mismo.

A la mañana siguiente examiné, antes de bajar a desayunar, la habitación en donde había estado Barrymore la noche anterior. Pude advertir que la ventana por la que miraba con tanto interés tiene una peculiaridad que la distingue de las restantes ventanas de la casa: ofrece el mejor panorama del páramo. Una abertura entre los árboles permite observarlo directamente, mientras que desde las otras ventanas se vislumbra con dificultad. De ahí se deduce que, si Barrymore necesitaba precisamente esta ventana para sus propósitos, era porque buscaba algo o a alguien en el páramo. La noche era muy oscura y se me hace difícil comprender que esperara ver a nadie. Se me ocurrió la posibilidad de que se tratara de una intriga amorosa. Eso explicaría el sigilo de sus movimientos y también el desasosiego de su esposa. Barrymore es un hombre de buena apariencia, perfectamente capaz de robarle el corazón a una campesina, y esta teoría parecía tener algunos puntos a su favor. La apertura de una puerta que yo había oído tras regresar a mi dormitorio podía significar que Barrymore abandonaba la casa para asistir a una cita clandestina. Así razonaba yo por la mañana, y le cuento la dirección que tomaban mis sospechas, aunque después se haya demostrado que carecían de fundamento.

Pero, fuera cual fuera la verdadera explicación de las andanzas de Barrymore, consideré superior a mis fuerzas asumir la responsabilidad de guardarlas para mí hasta que pudiera explicarlas de modo satisfactorio. Después del desayuno me entrevisté con el *baronet* en su estudio y le conté cuanto había visto. *Sir Henry* se sorprendió menos de lo que yo esperaba.

—Sabía que Barrymore deambulaba de noche por la casa, y pensaba hablar con él

—dijo—. He oído dos o tres veces sus pasos yendo y viniendo por el pasillo, más o menos a la misma hora que usted menciona.

—En tal caso, quizás acude a esa precisa ventana todas las noches —apunté.

—Quizás. Si es así, tendremos la posibilidad de seguirle y de ver qué se trae entre manos. Me pregunto lo que haría su amigo Holmes en caso de estar aquí.

—Creo que se comportaría exactamente del modo que usted ha sugerido. Seguiría a Barrymore y vería qué es lo que hace.

—Pues entonces lo haremos juntos.

—Pero él nos oirá.

—Está bastante sordo, y en cualquier caso hemos de correr este riesgo. Esperaremos en mi habitación hasta que él pase.

*Sir Henry* se frotó las manos con satisfacción. Era evidente que acogía aquella aventura como un alivio para la vida demasiado tranquila que llevaba en el páramo.

El *baronet* se ha puesto en contacto con el arquitecto que hizo los planos para *sir Charles* y con el contratista de Londres, de modo que quizá muy pronto empiecen a producirse aquí grandes cambios. También han venido de Plymouth decoradores y carpinteros, y es evidente que nuestro amigo tiene grandes ideas y no quiere escatimar esfuerzos ni gastos para restaurar el antiguo esplendor de su familia. Con la casa restaurada y amueblada de nuevo, sólo hará falta una esposa para que todo este completo.

Le diré, entre nosotros, que hay signos evidentes de que, si la dama consiente, esto no se ha de esperar, porque raras veces he visto a un hombre tan enamorado de una mujer como *sir Henry* lo está de nuestra hermosa vecina, la señorita Stapleton. Sin embargo, el curso de ese auténtico amor no discurre con la suavidad que cabría esperar dadas las circunstancias. Hoy, por ejemplo, la superficie se ha visto perturbada por un remolino inesperado, que ha ocasionado considerable perplejidad y enojo a nuestro amigo.

Tras la conversación acerca de Barrymore que ya he citado, *sir Henry* se ha puesto el sombrero y se ha dispuesto a salir. Con toda la naturalidad del mundo, yo he hecho lo mismo.

—Vaya, ¿viene usted conmigo, Watson? —ha preguntado, mirándome de una forma peculiar.

—Depende de si se dirige usted al páramo.

—Es lo que voy a hacer.

—Bien, ya sabe cuáles son las instrucciones que recibí. Lamento entrometerme, pero usted oyó con cuánta seriedad insistió Holmes en que no lo dejara solo y sobre todo en que no se internara usted por el páramo sin compañía.

*Sir Henry* me ha puesto una mano en el hombro y me ha dirigido una amable sonrisa.

—Amigo mío —me ha dicho—, pese a toda su sabiduría, Holmes no previó algunas de las cosas que han sucedido desde que llegué al páramo. ¿Me entiende?

Estoy seguro de que es usted el último hombre del mundo que desea convertirse en un aguafiestas. Es necesario que yo salga solo.

Sus palabras me han colocado en una situación muy incómoda. No he sabido qué hacer ni qué decir y, antes de que yo tomara una decisión, *sir* Henry había cogido su bastón y había abandonado la casa.

Sin embargo, he empezado a reflexionar sobre el asunto y mi conciencia me ha reprochado amargamente haber permitido bajo ningún pretexto que se alejara de mi vista. He imaginado cómo me sentiría yo si tuviera que presentarme ante usted y confesar que, por no seguir sus instrucciones al pie de la letra, había ocurrido una desgracia. Le aseguro que se me encendían las mejillas de sólo pensarlo. Quizá no fuera todavía demasiado tarde para dar alcance al *baronet*, y me he puesto al instante en camino hacia la Casa Merripit.

Me he apresurado cuanto he podido carretera adelante y he llegado, sin haber encontrado rastro de *sir* Henry, hasta el sendero del páramo. Una vez allí, temiendo que quizá había seguido yo una dirección equivocada, he escalado una colina, aquella donde estaba la cantera de granito negro y desde donde se divisa el panorama. Le he visto de inmediato. Se hallaba en el sendero del páramo, apenas a un cuarto de milla de distancia, y le acompañaba una dama que sólo podía ser la señorita Stapleton. Era evidente que existía un entendimiento entre ellos y que se habían dado cita. Caminaban despacio, absortos en la conversación, y he visto que la muchacha agitaba las manos, como si pusiera mucha vehemencia en sus palabras, mientras que él escuchaba con atención y, en una o dos ocasiones, movía la cabeza en un gesto de disconformidad. He permanecido entre las rocas observándoles y preguntándome qué haría yo a continuación. Seguirles e interrumpir una conversación tan privada parecía inconcebible; mi deber me exigía, no obstante, no perder de vista a *sir* Henry. Actuar como espía respecto a un amigo resultaba una tarea odiosa. No he encontrado mejor solución que seguir observando desde la colina y descargar después mi conciencia confesándole a *sir* Henry lo que había hecho. Cierto que, si le hubiera amenazado un peligro repentino, yo habría estado demasiado lejos para acudir en su ayuda, pero convendrá conmigo en que mi situación era muy difícil y no estaba en mi mano hacer otra cosa.

Nuestro amigo el *baronet* y la dama se habían detenido en el sendero y seguían hablando absortos, cuando he descubierto de repente que no era yo el único testigo de su entrevista. Una mancha verde que flotaba en el aire ha llamado mi atención y, al mirar con más detenimiento, he visto que estaba sujeta a un palo y que la sostenía un hombre que avanzaba por el terreno accidentado. Era Stapleton con su cazamariposas. Estaba mucho más cerca de la pareja que yo y parecía dirigirse hacia ellos. En aquel instante, *sir* Henry ha atraído de repente a la señorita Stapleton hacia sí. Le rodeaba con un brazo la cintura, pero ha parecido que la joven se resistía y apartaba el rostro. Él ha inclinado la cabeza hacia la de ella, y ella ha alzado una mano en un gesto de protesta. Un instante después he visto que se separaban

bruscamente y daban media vuelta. El causante de la interrupción era Stapleton. Corría desatinado a su encuentro con el absurdo cazamariposas a la espalda. Ha empezado a gesticular y casi a bailar de excitación delante de los enamorados. No he entendido por completo el sentido de la escena, pero me ha parecido que Stapleton insultaba a *sir* Henry, y que éste presentaba sus excusas, que se iban haciendo más irritadas a medida que el otro no las aceptaba. La dama se mantenía al margen en altivo silencio. Por último, Stapleton ha dado media vuelta y ha hecho un gesto perentorio a su hermana, que, tras una mirada indecisa a *sir* Henry, se ha alejado con él. Los gestos coléricos del naturalista ponían de manifiesto que también la señorita Stapleton era víctima de su enojo. El *baronet* los ha seguido unos momentos con la mirada, y ha emprendido lentamente el camino de regreso. Llevaba la cabeza baja y era la viva imagen del desaliento.

Yo no acababa de entender lo que significaba todo aquello, pero me sentía muy avergonzado por haber presenciado una escena tan íntima sin que mi amigo lo supiera. He corrido colina abajo y le he dado alcance. *Sir* Henry tenía el rostro enrojecido por la ira y fruncía el ceño, sumido en el más absoluto desconcierto.

—¡Vaya, Watson! ¿De dónde diantres sale usted? —me ha preguntado—. ¿No irá a decirme que me ha seguido a pesar de todo?

Yo le he explicado lo sucedido: que me había resultado imposible quedarme en la casa, que le había seguido y que había presenciado lo ocurrido. Por un instante sus ojos han echado llamas, pero mi franqueza le ha desarmado y ha acabado por echarse a reír con tristeza.

—Cualquiera creería que el centro de esta llanura es un lugar lo bastante apartado para que un hombre salvaguarde su privacidad —ha dicho—. Pero, qué diantres, se diría que todos los habitantes de la región han salido a verme cortejar... ¡Y además con muy poco éxito! ¿Dónde tenía usted reservado el asiento?

—Estaba en lo alto de la colina.

—Una de las últimas filas, ¿eh? Pero el hermano estaba mucho mejor situado. ¿Vio cómo se precipitaba sobre nosotros?

—Sí, lo vi.

—¿Ha tenido alguna vez la sensación de que Stapleton está loco?

—No se me había ocurrido nunca.

—Tampoco a mí. Hasta hoy siempre me había parecido en su sano juicio. Pero créame si le digo que a él o a mí deberían ponernos la camisa de fuerza. Pues, ¿qué problema hay? Usted lleva varias semanas viviendo conmigo, Watson. Dígame sin rodeos si hay algo que me impida ser un buen esposo para una mujer a la que amo.

—Yo juraría que no.

—Como Stapleton no puede poner reparos a mi posición social, tiene que tratarse de mi persona. ¿Qué tiene contra mí? Que yo sepa no he hecho nunca daño a nadie. Pero no está dispuesto a permitir siquiera que roce un cabello de su hermana.

—¿Es eso lo que le ha dicho?

—Eso y muchas cosas más. Pero mire, Watson, a pesar de las pocas semanas transcurridas, tuve desde el primer instante la sensación de que esta mujer estaba hecha para mí y de que también ella... puedo jurar que la señorita Stapleton era feliz cuando estaba a mi lado. Hay un brillo en los ojos femeninos que habla con mayor claridad que las palabras. Pero Stapleton no nos ha dejado nunca a solas, y hoy tenía por fin la primera oportunidad de hablarle sin testigos. Ella se ha alegrado de verme, pero no quería hablar de amor y, de haber estado en su mano, tampoco hubiera permitido que yo tocara ese tema. No ha dejado de repetir que este lugar es muy peligroso para mí y que sólo se sentirá feliz cuando me haya marchado. Entonces le he dicho que desde que la vi no siento ninguna prisa por irme y que, si de veras quiere que me vaya, debe disponer las cosas para acompañarme. A continuación le he pedido sin más rodeos que se case conmigo, pero, antes de que ella pudiera responder, ha aparecido su hermano, abalanzándose sobre nosotros con cara de loco. Estaba lívido de rabia y sus pálidos ojos echaban chispas. ¿Qué le hacía yo a Beryl? ¿Cómo me atrevía a ofrecerle unas atenciones que ella encontraba sumamente desagradables? ¿Acaso creía que en mi calidad de *baronet* me estaba permitido hacer todo lo que me viniera en gana? De no haberse tratado de su hermano, ya habría sabido yo qué respuesta darle. Pero dado el caso, le dije que mis sentimientos hacia su hermana eran de tal índole que no tenía por qué avergonzarme y que esperaba que ella me hiciera el honor de convertirse en mi esposa. Esto no pareció contribuir a mejorar la situación, de modo que también yo perdí la paciencia y le respondí con más acaloramiento del debido, si tenemos en cuenta que ella estaba delante. La cosa ha terminado, pues, marchándose Stapleton con su hermana, como ha visto, y aquí me tiene usted a mí convertido en el tipo más desconcertado del mundo. Explíqueme, por favor, qué significa todo esto, Watson, y quedaré en deuda con usted para el resto de mis días.

He intentado hallar una o dos explicaciones, pero, a decir verdad, yo estaba tan desconcertado como él. El título nobiliario de nuestro amigo, su fortuna, su edad, su carácter y su apariencia física están a su favor, y no me consta que haya nada en su contra salvo el oscuro sino que persigue a la familia. Que su propuesta de matrimonio fuese rechazada con tal brusquedad y sin tener en cuenta los deseos de la muchacha, y que ésta aceptase la situación sin protestar, me parece sorprendente. Sin embargo, la visita que el propio Stapleton ha hecho al *baronet* esta misma tarde ha puesto fin a nuestras conjeturas. Se ha presentado a pedir disculpas por su grosero comportamiento de la mañana y, tras una larga entrevista privada con *sir* Henry en el estudio, la conversación ha concluido en una reconciliación, y Stapleton nos ha invitado a cenar en la Casa Merripit el próximo viernes.

—No es que ahora afirme que ese hombre está en su sano juicio —me ha dicho *sir* Henry—, porque no olvido la expresión de sus ojos mientras se abalanzaba sobre mí esta mañana, pero debo reconocer que nadie se habría disculpado con mayor elegancia.

—¿Ha dado alguna explicación de su conducta?

—Dice que su hermana lo es todo en su vida. Eso es bastante natural y me alegra que reconozca lo mucho que ella vale. Siempre han vivido juntos y, según él explica, no ha tenido otra compañía, porque ha sido desde niño un hombre muy solitario. Así pues, perderla sería para él algo terrible. Ha dicho que no se había dado cuenta de los sentimientos que yo experimentaba por ella y que, cuando lo ha descubierto con sus propios ojos y ha comprendido que podría perderla, el golpe ha resultado tan duro que no ha sido durante un rato responsable de sus palabras ni de sus actos. Lamenta enormemente lo sucedido y reconoce que es muy estúpido y muy egoísta imaginar que podrá retener para sí durante toda la vida a una mujer tan hermosa. Si ella tiene que abandonarle, prefiere que lo haga por un vecino como yo que por cualquier otra persona. Pero de todos modos es un duro golpe y le llevará cierto tiempo hacerse a la idea y encajarlo. Abandonará, pues, toda oposición, si yo le prometo mantener por espacio de tres meses las cosas tal como están, y contentarme durante ese plazo de tiempo con la amistad de su hermana sin aspirar a su amor. Se lo he prometido y las cosas han quedado así.

De manera que esto aclara uno de nuestros pequeños misterios. Ya es algo tocar fondo en algún punto de esta ciénaga en la que estamos inmersos. Ahora sabemos por qué motivo miraba Stapleton con desagrado al pretendiente de su hermana, pese a tratarse de un partido tan ventajoso como *sir* Henry. Y ahora paso a ocuparme de otro hilo que ya he aislado de esta madeja tan enmarañada: el misterio de los sollozos nocturnos, de las lágrimas en el rostro de la señora Barrymore, de las secretas expediciones del mayordomo a la ventana orientada al oeste. Felicítame, querido Holmes, y confiese que no le he defraudado como agente, que no lamenta la confianza que me demostró al enviarme aquí. Todos esos puntos han quedado por entero aclarados gracias al trabajo de una noche.

He dicho «trabajo de una noche», pero en realidad las noches han sido dos, porque la primera nos llevamos un chasco. Estuve con *sir* Henry en su habitación hasta cerca de las tres de la madrugada, pero no oímos otro ruido que las campanadas del reloj desde lo alto de la escalera. Fue una velada sumamente melancólica y concluyó durmiéndonos los dos en nuestras sillas. Por fortuna no nos desanimamos y decidimos volver a intentarlo. A la noche siguiente, redujimos la luz de la lámpara y fumamos cigarrillos en absoluto silencio. Era increíble lo despacio que se arrastraban las horas, pero nos sostenía el mismo tipo de paciente interés que debe de sentir el cazador mientras vigila la trampa donde espera que acabe por caer la pieza. El reloj dio la una, luego las dos, y estábamos casi a punto de renunciar desesperados por segunda vez cuando algo hizo que nos irguiéramos de repente, olvidando el cansancio y de nuevo alerta. Habíamos oído un crujido de pasos en el pasillo.

Los oímos cruzar cautelosos por delante de nuestra habitación y perderse en la distancia. El *baronet* abrió la puerta con sigilo y salimos tras ellos. Nuestro hombre había rodeado ya la galena y el pasillo estaba completamente a oscuras. Nos

deslizamos en silencio hasta la otra ala. Llegamos justo a tiempo de vislumbrar la alta figura, de hombros encorvados y barba negra, que avanzaba de puntillas. Cruzó la misma puerta que la vez anterior, y la vela, con su luz, hacía que el marco destacara en la oscuridad y proyectaba un único rayo de luz amarilla en el pasillo. Nos acercamos cautelosamente, tanteando las tablas del suelo antes de apoyar en ellas todo nuestro peso. Habíamos tenido la precaución de quitarnos las botas, pero incluso así el viejo entarimado crujía y chasqueaba bajo nuestros pies. A veces parecía imposible que Barrymore no advirtiera nuestra proximidad. Por fortuna está bastante sordo y se hallaba absorto en su tarea. Cuando por fin llegamos a la habitación y nos asomamos al interior, le vimos agazapado junto a la ventana, con la vela en la mano y con el rostro pálido y ansioso pegado al cristal, exactamente como dos noches atrás.

No habíamos preparado ningún plan de acción, porque el modo de ser del *baronet* le lleva siempre a elegir la actuación más espontánea. Entró en la habitación. Barrymore se apartó de un salto de la ventana, lanzó un gemido y quedó en pie, lívido y tembloroso, ante nosotros. Sus ojos oscuros, que resaltaban sobre la máscara blanca que era ahora su rostro, iban, llenos de horror y de asombro, del *baronet* a mí.

—¿Qué está haciendo usted aquí, Barrymore?

—Nada, señor —su turbación era tan intensa que apenas podía hablar y el temblor de la vela que sostenía hacía bailotear las sombras—. Es la ventana, señor. Todas las noches hago una ronda para ver si están bien cerradas.

—¿En la segunda planta?

—Sí, señor, todas las ventanas.

—Mire, Barrymore —dijo *sir* Henry con firmeza—. Estamos decididos a que nos diga usted la verdad, de manera que se ahorrará molestias soltándola cuanto antes. ¡Ea! ¡Basta de mentiras! ¿Qué hacía usted junto a la ventana?



El mayordomo nos miró con aire desvalido, y se retorció las manos como alguien que ha alcanzado el límite de la duda y del sufrimiento.

—No hacía nada malo, señor. Únicamente estaba delante de la ventana con una vela encendida.

—Y ¿por qué estaba usted delante de la ventana con una vela encendida?

—¡No me pregunte eso, *sir* Henry, no me lo pregunte! Le doy mi palabra de honor de que el secreto no me pertenece y no puedo revelarlo. Si sólo me concerniera a mí, no trataría de ocultárselo.

De repente se me ocurrió una idea y cogí la vela del alfeizar donde la había



dejado el mayordomo.

—Seguramente la utilizaba como señal —dije—. Veamos si recibimos respuesta.

Sostuve la vela tal y como él lo había hecho y escudriñe fijamente la oscuridad. Las nubes ocultaban la luna y sólo se distinguía vagamente la oscura sombra de los árboles y la tonalidad más clara del páramo. Pero de pronto se me escapó un grito de júbilo, porque un puntito de luz amarilla había traspasado el oscuro velo y ahora seguía brillando con fijeza en el centro del rectángulo negro delimitado por la ventana.

—¡Allí está! —exclamé.

—No, señor, no... Esto no es nada, nada en absoluto —intervino el mayordomo—. Le aseguro que...

—¡Mueva la luz de un lado a otro de la ventana, Watson! —dijo el *baronet*—. ¿Lo ve? ¡Ahora la otra luz también se mueve! ¿Qué nos dice usted, Barrymore? ¿Sigue negando que se trata de una señal? ¡Hable de una vez, bribón! ¿Quién es su cómplice y qué fechoría están tramando?

La expresión de Barrymore se hizo desafiante.

—Esto es asunto mío y no de usted. No voy a decirle nada.

—Pues en tal caso queda usted despedido desde este mismo instante.

—Bien, señor. Si tiene que ser así, así será.

—Y se marcha usted deshonorado. ¡Vive Dios que le sobran razones para avergonzarse de sí mismo! Su familia ha vivido bajo este techo con la mía durante más de cien años y ahora me lo encuentro metido en una siniestra intriga contra mí.

—¡No, señor, no! ¡Contra usted no!

Era una voz de mujer. La señora Barrymore, más pálida y más asustada aún que su marido, se hallaba en el umbral. Su voluminosa figura, envuelta en una falda y en un chal, podía haber resultado cómica, a no ser por la intensidad de sentimientos que se veía en su rostro.

—Tenemos que marcharnos, Eliza. Esto es el fin. Ya puedes preparar nuestras cosas —dijo el mayordomo.

—¡John, John! ¿Voy a ser yo la causa de tu ruina? Es culpa mía, sólo mía, *sir Henry*. Él lo ha hecho todo por mí y porque yo se lo he pedido.

—¡Hable, pues! ¿Qué significa esto?

—Mi desdichado hermano se está muriendo de hambre en el páramo. No podemos dejarlo perecer a las puertas de nuestra propia casa. La luz es la señal para avisarle de que tiene comida preparada, y él, con su luz, nos indica el lugar donde hemos de llevársela.

—Entonces su hermano es...

—El presidiario fugado, señor. Selden, el asesino.

—Así es, señor —intervino Barrymore—. Como le he dicho, el secreto no era

mío y no se lo podía revelar. Pero ahora ya lo sabe todo, y se dará cuenta de que, en caso de existir una intriga, no iba contra usted.

Esa era, por lo tanto, la explicación de las cautelosas expediciones nocturnas y de la luz en la ventana. Tanto *sir* Henry como yo nos quedamos mirando a la señora Barrymore con asombro. ¿Cabía imaginar que aquella persona de respetabilidad tan estricta llevara la misma sangre que uno de los delincuentes más famosos del país?

—Sí, señor. Mi apellido de soltera es Selden y el preso es mi hermano menor. Le consentimos demasiado cuando era un niño, y permitimos que hiciera en todo su santa voluntad, por lo cual llegó a creer que el mundo no tenía otra finalidad que proporcionarle a él placeres y que todo le estaba permitido. Más tarde, al crecer, frecuentó malas compañías y se le metió el diablo en el cuerpo, hasta que destrozó el corazón de mi madre y arrastró nuestro apellido por el fango. De delito en delito, cayó cada vez más bajo, y sólo la clemencia de Dios lo liberó del patíbulo. Pero para mí no ha dejado de ser nunca el niño de cabellos rizados al que cuidé y con el que jugué como lo haría cualquier hermana mayor. Esa es la razón por la que se escapó, señor. Sabía que yo vivía aquí y que no le negaría mi ayuda. Cuando se arrastró una noche hasta nuestra puerta, agotado y hambriento, con los guardias pisándole los talones, ¿qué podíamos hacer? Lo recogimos, lo alimentamos y lo cuidamos. Entonces regresó usted, señor, y mi hermano pensó que, hasta que amainara la persecución, estaría más seguro en el páramo que en ningún otro lugar. Pero cada dos noches nos comunicábamos con él mediante una luz en la ventana y, si respondía, mi marido le llevaba un poco de pan y de carne. Vivíamos todos los días con la esperanza de que se hubiera marchado, pero entretanto no éramos capaces de abandonarlo. Soy una buena cristiana y esa es toda la verdad. Comprenda que si hay en ella algo censurable, no es mi marido quien tiene la culpa sino yo, porque todo lo ha hecho por mí.

Las palabras de la mujer estaban llenas de una vehemencia que las hacía muy convincentes.

—¿Es esta la verdad, Barrymore?

—Sí, *sir* Henry. De principio a fin.

—Bien, no puedo culparle por ayudar a su esposa. Olvide lo que le he dicho antes. Ahora, retírense los dos a su habitación y por la mañana seguiremos hablando.

Cuando ellos se marcharon, miramos una vez más por la ventana. *Sir* Henry la había abierto, y el frío viento nocturno nos golpeaba con dureza el rostro. Muy lejos en la oscuridad brillaba con fijeza el puntito de luz amarilla.

—Me sorprende que se exponga tanto —dijo *sir* Henry.

—Tal vez coloca su vela de modo que sólo sea visible desde aquí.

—Es muy posible. ¿A qué distancia cree que se encuentra?

—Calculo que a la altura de Cleft Tor.

—No más de un par de millas.

—Ni siquiera eso.

—No puede quedar muy lejos, si Barrymore tenía que llevarle la comida. Y ese canalla está esperando junto a la luz de la vela. ¡Voy a salir a capturarlo, Watson!

La misma idea había cruzado por mi mente. Hubiera sido distinto si los Barrymore nos hubieran hecho una confidencia, pero les habíamos sacado el secreto a la fuerza. Aquel tipo era un peligro para la comunidad, un delincuente desesperado que no tenía excusa ni merecía compasión. Al aprovechar nuestra oportunidad de devolverlo a un lugar donde no pudiera dañar a nadie, no hacíamos otra cosa que cumplir con nuestro deber. Dado su carácter brutal y violento, otros pagarían las consecuencias de que nosotros nos cruzáramos de brazos. Cualquiera noche, por ejemplo, podía atacar a nuestros vecinos los Stapleton, y tal vez fue esta idea lo que hizo que *sir* Henry mostrara tanto interés por la aventura.

—Le acompañaré —dije.

—En tal caso, coja su revólver y póngase las botas. Cuanto antes salgamos mejor, porque ese individuo puede apagar la luz y largarse.

Cinco minutos después habíamos iniciado ya nuestra expedición. Apresuramos el paso entre los oscuros arbustos, los apagados gemidos del viento otoñal y el crujir de las hojas caídas. El aire de la noche estaba cargado de humedad y de putrefacción. De vez en cuando la luna se asomaba unos instantes, pero las nubes cubrían casi por entero el cielo, y en el momento en que salíamos de casa empezó a caer una ligera lluvia. La luz seguía brillando ante nosotros.

—¿Va usted armado? —pregunté.

—Llevo un cuchillo de caza.

—Tenemos que actuar con rapidez, porque se dice que es un hombre desesperado. Deberíamos pillarlo por sorpresa y tenerlo a nuestra merced antes de que pudiera ofrecer resistencia.

—Escuche, Watson, ¿qué diría Holmes de esto? ¿Qué diría de esta hora de oscuridad en que se intensifican los poderes del mal?

Como en respuesta a estas palabras, se alzó de repente en la inmensa tristeza del páramo el extraño sonido que yo ya había oído junto a la gran ciénaga de Grimpen. Nos llegó traído por el viento a través del silencio de la noche: un murmullo largo y profundo, luego un aullido cada vez más potente y por último el triste gemido final. Resonó una y otra vez, todo el aire palpitando con él, estridente, salvaje y amenazador. El *baronet* me cogió por la manga y se puso tan pálido que su rostro brillaba en la oscuridad.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha sido esto, Watson?

—No lo sé. Un ruido que se produce en el pantano. Es la segunda vez que lo oigo.

Cesaron los alaridos y se extendió sobre nosotros un silencio absoluto. Aguzamos el oído, pero no ocurrió nada más.

—Watson —dijo el *baronet*—, eso era el aullido de un perro.

La sangre se me heló en las venas, porque en su voz había un temblor que ponía de manifiesto el repentino espanto que se había apoderado de él.

—¿Qué dicen de este alarido? —preguntó.

—¿Quién?

—Los habitantes de la región.

—Son gentes ignorantes. ¿Qué importa lo que digan?

—Quiero que me lo repita, Watson. ¿Qué es lo que dicen?

Vacilé unos instantes, pero no tenía escapatoria.

—Dicen que es el aullido del perro de los Baskerville.

*Sir Henry* dejó escapar un gemido y guardó silencio.

—Era un perro —dijo al fin—, pero el aullido parecía llegar desde una distancia de varias millas en aquella dirección.

—Es difícil saber de dónde procedía.

—Crecía y descendía con el viento. ¿No es esa la dirección de la gran ciénaga de Grimpen?

—Sí, esa es.

—Pues era por allí. Dígame la verdad. ¿A usted no le pareció también el aullido de un perro? Ya no soy un niño. No tenga reparos en hablar sin rodeos.

—En la ocasión anterior se hallaba Stapleton conmigo. Dijo que podía ser el canto de un extraño pájaro.

—No, no. Era un perro. Dios santo, ¿habrá algo de cierto en todas estas historias? ¿Es posible que yo esté realmente en peligro por un factor tan misterioso? Usted no lo cree, ¿verdad, Watson?

—No, no.

—Y, sin embargo, una cosa es reírse de ello en Londres y otra muy distinta estar aquí en la oscuridad del páramo y oír un aullido como este. ¡Y mi tío! Encontraron huellas del perro muy cerca de donde él cayó. Todo concuerda. No me tengo por cobarde, Watson, pero este sonido me ha helado la sangre. Tóqueme la mano.

Estaba fría como un bloque de mármol.

—Mañana se encontrará usted perfectamente.

—No creo que pueda quitarme nunca de la cabeza ese aullido. ¿Qué le parece que hagamos ahora?

—¿Quiere que regresemos?

—¡Vive el cielo que no! Hemos salido a capturar a nuestro hombre y eso es lo que haremos. Nosotros vamos tras el presidiario, y es probable que un perro infernal vaya detrás de nosotros. Adelante. Haremos lo que nos hemos propuesto, aunque anden sueltos esta noche por el páramo todos los demonios del infierno.

Proseguimos lentamente nuestro camino en la oscuridad, rodeados por la difusa silueta de las colinas escarpadas y con aquel punto de luz amarilla brillando fijamente delante de nosotros. No hay nada tan engañoso como la distancia a que está una luz en una noche oscura como boca de lobo, y unas veces el resplandor parecía muy

lejano en el horizonte y otras parecía encontrarse a dos palmos. Pero finalmente advertimos de dónde procedía y supimos que nos hallábamos muy cerca. En una grieta que había entre las rocas ardía una vela ya muy derretida, protegida a ambos lados para guarecerla del viento y para lograr que sólo fuera visible desde la ventana de los Baskerville. Un peñasco había ocultado nuestra llegada. Agazapados ahora tras él, pudimos mirar por encima la luz que nos servía de señal. Producía una extraña impresión aquella vela solitaria ardiendo allí, en medio del páramo, sin el menor signo de vida a su alrededor: sólo la llama amarilla y su reflejo en las rocas de ambos lados.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró *sir* Henry.

—Esperar aquí. Tiene que andar cerca. Quizá podamos descubrirle.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando ambos le vimos. Por encima de las rocas en una de cuyas grietas ardía la vela, asomó un maligno rostro amarillento, una terrible cara bestial, llena de cicatrices y marcada por las pasiones más viles. Sucia de barro, con una barba hirsuta y coronada por cabellos enmarañados, bien podía haber pertenecido a uno de los antiguos salvajes que habitaron los refugios de las colinas. La luz que procedía de abajo se reflejaba en sus ojillos astutos, que escudriñaban con fiereza la oscuridad, como una bestia taimada y salvaje que ha oído pasos de cazadores.



Algo, sin duda, había despertado sus sospechas. Tal vez Barrymore le diera alguna señal secreta que nosotros habíamos omitido, o tal vez nuestro hombre tuviera otra razón para pensar que las cosas no marchaban como debían. En cualquier caso, el miedo se reflejaba en sus perversas facciones, y en cualquier momento podía apagar la luz de un manotazo y esfumarse en la oscuridad. Salté, pues, hacia delante y *sir Henry* me imitó. El presidiario profirió una maldición y lanzó una piedra que se hizo añicos contra la roca que nos había cobijado. Todavía pude vislumbrar su silueta achaparrada y musculosa cuando se ponía en pie y giraba en redondo para darse a la fuga. Por una feliz coincidencia, la luna asomó entonces entre las nubes. Subimos a

toda prisa la colina y descubrimos que nuestro hombre descendía a gran velocidad por la otra ladera, saltando por encima de las rocas que encontraba en su camino con la agilidad de una cabra montés. Tal vez habría logrado, con suerte, detenerlo con un disparo de mi revólver, pero la finalidad del arma era únicamente defenderme si me atacaban y no disparar contra un hombre desarmado que huía.

Tanto el *baronet* como yo somos corredores aceptables y estamos en buena forma, pero descubrimos muy pronto que no teníamos posibilidad alguna de alcanzarle. Le seguimos viendo durante un buen rato a la luz de la luna, hasta que se redujo a un puntito que avanzaba veloz entre las peñas que salpicaban la falda de una colina distante. Corrimos y corrimos hasta quedar sin aliento, pero la distancia que nos separaba se hizo cada vez mayor. Finalmente nos detuvimos y nos sentamos, jadeantes, en dos piedras, desde donde le seguimos viendo hasta que se perdió en la lejanía de aquel terreno accidentado.

Y en ese preciso instante, cuando nos levantábamos de las rocas para dar media vuelta y volver a casa, abandonada ya la frustrada cacería, ocurrió la cosa más inesperada y extraña del mundo. La luna estaba muy baja hacia la derecha, y la cima dentada de un peñasco se elevaba hasta la parte inferior de su disco de plata. Allí, encima del risco, recortada con la negrura de una estatua de ébano sobre el fondo brillante, había la figura de un hombre. No piense que fue una alucinación, Holmes. Le aseguro que en mi vida he visto algo con mayor claridad. Por lo que pude distinguir, se trataba de un hombre alto y delgado. Estaba de pie, con las piernas un poco separadas, los brazos cruzados y la cabeza inclinada, como si meditara sobre el enorme desierto de turba y granito que se abría a sus espaldas. Podría haber sido el espíritu mismo de aquel terrible lugar. Desde luego, no era el presidiario. Aquel hombre se hallaba muy lejos del punto donde el otro había desaparecido. Además, era más alto. Quise mostrárselo al *baronet*, con una exclamación de sorpresa, pero en el breve instante en que me volví para cogerle por el brazo, el otro había desaparecido. Allí seguía la cima escarpada del risco, cercenando el borde inferior de la luna, pero no quedaba ni rastro de aquella figura silenciosa e inmóvil.

Quise caminar en esa dirección e inspeccionar los alrededores del risco, pero quedaba bastante lejos. Los nervios del *baronet* seguían muy tensos a causa de aquel aullido que le había recordado la oscura historia familiar, y no le quedaba humor para futuras aventuras. Además, él no había visto a aquel hombre sobre el risco y no compartía la emoción que su extraña presencia y su aspecto dominante habían producido en mí. «Un guardia de la prisión, seguramente», dijo. «Hay muchos en el páramo desde que se escapo el presidiario». Tal vez esta explicación sea acertada, pero a mí me gustaría tener pruebas más concluyentes. Hoy haremos saber a las autoridades de Princetown dónde tienen que buscar al huido, pero lamento no haber tenido el honor de traerlo con nosotros como nuestro prisionero. Estas son las aventuras de la pasada noche, y tendrá usted que reconocer, querido Holmes, que no le estoy fallando en materia de información. Mucho de lo que le cuento no tiene, sin

duda, mayor importancia, pero sigo creyendo que lo mejor es transmitirle todos los datos y dejar que elija usted los que le parezcan más útiles. No hay duda de que hacemos progresos. Por lo que se refiere a los Barrymore, hemos descubierto el móvil de sus acciones, y esto ha aclarado mucho la situación. Pero el páramo, con sus misterios y sus extraños moradores, sigue tan inescrutable como siempre. Tal vez en mi próxima comunicación esté yo en condiciones de arrojar alguna luz sobre esto. Aunque lo mejor sería que viniera usted a reunirse con nosotros. En cualquier caso, volverá a tener noticias mías en los próximos días.





## FRAGMENTOS DEL DIARIO DEL DOCTOR WATSON

Hasta llegar aquí he podido utilizar los informes que envíe a Sherlock Holmes durante los primeros días. Ahora estoy en un punto de mi narración donde me veo obligado a abandonar este método y a acudir de nuevo a mis recuerdos, con ayuda del diario que llevaba por aquel entonces. Algunos fragmentos de éste me permitirán enlazar las escenas que están grabadas en mi memoria de modo indeleble y detallado. Reanudo, pues, mi relato en la mañana que siguió a nuestra fracasada persecución de Selden y a nuestras extrañas experiencias en el páramo.

16 de octubre. - Día brumoso y gris, con algo de llovizna. La casa está cubierta de nubes en movimiento, que se entreabren de vez en cuando para mostrar las monótonas curvas del páramo, con delgadas vetas plateadas en las faldas de las colinas y distantes peñascos que brillan en los puntos donde sus húmedas superficies reflejan la luz. Reina la melancolía. El *baronet* ha reaccionado mal a las emociones de la noche pasada. Yo mismo advierto un peso en el corazón, y siento la presencia de un peligro siempre al acecho, más terrible porque soy incapaz de definirlo.

¿Y acaso no está justificado este sentimiento? Pensemos en la larga sucesión de accidentes que delatan las fuerzas siniestras que actúan a nuestro alrededor. Tenemos la muerte del anterior ocupante de la mansión, que se ajusta con exactitud a la leyenda familiar, y tenemos las reiteradas afirmaciones de los campesinos de que ha aparecido en el páramo una extraña criatura. En dos ocasiones he escuchado por mí mismo un rumor que recuerda al aullido distante de un sabueso. No puede tratarse de algo que escape a las leyes ordinarias de la naturaleza. Un perro fantasma que deja huellas reales y que llena el aire con sus aullidos es impensable. Quizá Stapleton acepte esta superstición, y tal vez Mortimer haga lo mismo, pero, en caso de tener yo una cualidad, es el sentido común, y nada logrará convencerme de ese desatino. Supondría rebajarse al nivel de esos pobres campesinos, que no se contentan con un simple perro diabólico, sino que necesitan describirlo arrojando fuego de los infiernos por los ojos y la boca. Holmes no prestaría atención a semejantes patrañas, y yo soy aquí su representante. Pero los hechos son los hechos, y he oído en dos ocasiones ese aullido en el páramo. Supongamos que hubiera realmente un enorme perrazo en libertad. Esto contribuiría a explicarlo todo. Pero ¿dónde se ocultaría, cómo conseguiría alimento, de dónde procedería, cómo sería posible que nadie lo hubiera visto durante el día?

Debo confesar que la teoría del perro de carne y hueso presenta casi tantas dificultades como la otra. Y además, dejando a un lado el perro, quedan los hechos

reales de la intervención del factor humano en Londres, el tipo del coche de punto y la carta en que se advierte a *sir* Henry del peligro que corre en el páramo. Eso al menos es real, pero tanto puede ser obra de un amigo ansioso de protegerlo como de un enemigo. Y ¿dónde está ahora ese amigo o enemigo? ¿Se ha quedado en Londres o nos ha seguido hasta aquí? ¿Será acaso..., será acaso el desconocido que vi sobre el risco?

Cierto que sólo le contemplé unos instantes, pero hay cosas acerca de él que podría afirmar bajo juramento. Conozco ya a todos nuestros vecinos, y sé que no es ninguno de ellos. Es más alto que Stapleton y más delgado que Frankland. Podría tratarse de Barrymore, pero a éste le dejamos en la mansión y estoy seguro de que no pudo seguirnos. Hay, por lo tanto, un desconocido que nos sigue los pasos aquí, de igual manera que un desconocido nos siguió en Londres. No nos hemos librado de él. Si pudiera atraparle, tal vez resolviéramos nuestros problemas. A partir de ahora, debo consagrar a esta única finalidad todas mis energías.

Mi primer impulso fue contar mis planes a *sir* Henry. El segundo, y más prudente, ha sido jugar yo sólo mis cartas y hablar de ello lo menos posible. El *baronet* anda silencioso y distraído. El aullido que oyó en el páramo le ha conmocionado extrañamente. No diré nada, pues, que contribuya a aumentar su ansiedad, pero tomaré las medidas oportunas para lograr mis propósitos.

Esta mañana hemos tenido una pequeña escena después del desayuno. Barrymore ha pedido permiso para hablar con *sir* Henry, y se han encerrado en el estudio unos minutos. Sentado en la sala de billar, he oído en más de una ocasión que ambos alzaban la voz, y tenía una idea bastante exacta del tema de la discusión. Finalmente *sir* Henry ha abierto la puerta y me ha llamado.

—Barrymore considera que tiene motivos de queja —ha dicho—. Opina que no teníamos derecho a dar caza a su cuñado, cuando era él quien nos había revelado libremente el secreto.

El mayordomo estaba de pie delante de nosotros, pálido pero dueño de sí mismo.

—Tal vez haya hablado con excesivo acaloramiento, señor —ha dicho—, y, en tal caso, le ruego sinceramente que me perdone. Pero me sorprendió oírles regresar a ustedes de madrugada y me ha sorprendido aún más enterarme de que han estado persiguiendo a Selden. El pobrecillo ya tiene suficientes enemigos para necesitar que yo lance a otro más tras su rastro.

—Si nos lo hubiera revelado usted por decisión propia, habría sido distinto —ha dicho el *baronet*—. Pero nos lo contó, o mejor dicho lo hizo su mujer, cuando le obligamos y no tuvo otro remedio.

—Nunca pensé que se aprovechara de ello, *sir* Henry. Nunca lo hubiera creído de usted.

—Ese hombre es un peligro público. Hay casas aisladas en el páramo y ese tipo

no se detiene ante nada. Basta ver su rostro un instante para comprenderlo. Piense, por ejemplo, en la casa del señor Stapleton, sin nadie excepto él para defenderla. Todos correremos peligro hasta que se vuelva a poner a este hombre a buen recaudo.

—Selden no se meterá en ninguna casa. Le doy mi palabra de honor. Y no volverá a molestar a nadie en este país. Le aseguro, *sir* Henry, que dentro de pocos días se habrán tomado las medidas necesarias y estará camino de Sudamérica. Por el amor de Dios, señor, le ruego que no comunique a la policía que mi cuñado sigue todavía en el páramo. Han abandonado la persecución y será un buen refugio para él hasta el momento de embarcar. Y, si lo denuncia, nos creará dificultades a mi mujer y a mí. Se lo suplico, señor, no diga nada a la policía.

—¿Qué dice usted a eso, Watson?

Me he encogido de hombros.

—Si Selden abandonara sin problemas el país, los contribuyentes se verían libres de una carga.

—Y ¿qué me dice de la posibilidad de que asalte a alguien antes de marcharse?

—No hará una locura semejante, señor. Le hemos proporcionado todo cuanto necesita. Cometer un delito sería lo mismo que proclamar dónde se oculta.

—Eso es cierto —ha dicho *sir* Henry—. De acuerdo, Barrymore...

—¡Que Dios le bendiga, señor, y gracias de todo corazón! Mi mujer moriría del disgusto si lo capturaran de nuevo.

—Me parece que estamos haciéndonos cómplices de un delito, ¿no es así, Watson? Pero, tras lo que acabamos de escuchar, no me siento capaz de entregar a ese hombre. De modo que punto final. Bien, Barrymore, puede usted retirarse.

Con unas confusas palabras de gratitud, el mayordomo se ha encaminado hacia la puerta, pero luego ha vacilado y ha vuelto atrás.

—Ha sido usted tan bueno con nosotros, señor, que, a mi vez, quisiera hacer por usted cuanto esté en mi mano. Sé algo, *sir* Henry, que quizá debiera haber dicho antes, pero que sólo descubrí mucho tiempo después de que terminara la investigación. Nunca se lo he contado a nadie. Y se refiere a la muerte de *sir* Charles.

El *baronet* y yo nos pusimos en pie de un salto.

—¿Sabe usted cómo murió?

—No, señor, eso no lo sé.

—¿Qué sabe pues?

—Sé por qué estaba en el portillo a aquella hora. Se había citado con una mujer.

—¿Citado con una mujer? ¿Mi tío?

—Sí, señor.

—¿Y el nombre de la mujer?

—No sabría decirle el nombre, señor, pero puedo darle las iniciales. Sus iniciales eran L. L.

—¿Cómo sabe usted esto, Barrymore?

—Mire, *sir* Henry, su tío recibió una carta aquella mañana. Solía recibir muchas

todos los días, porque era un hombre famoso y se sabía que tenía buen corazón, de modo que las personas con problemas acudían a él. Pero aquella mañana, por casualidad, había una única carta, y me fijé más en ella. Procedía de Coombe Tracey y la letra del sobre era, sin duda, de mujer.

—¿Y?

—Verá, señor, yo no volví a pensar en ello, y no lo hubiera hecho a no ser por mi mujer. Hace sólo unas semanas, estaba ella limpiando el estudio de *sir* Charles, que no se había tocado desde su muerte, y encontró las cenizas de una carta en la rejilla de la chimenea. El papel estaba prácticamente chamuscado, pero en el borde inferior había un trocito que no se había disgregado, y era posible leer, en gris sobre fondo negro, lo allí escrito. Parecía tratarse de una posdata y decía lo siguiente: «Por favor, por favor, dado que es usted un caballero, queme esta carta y esté junto al portillo a las diez en punto». Debajo habían firmado con las iniciales L. L.

—¿Conserva usted el pedacito de papel?

—No, señor. Se desintegró cuando lo tocamos.

—¿Había recibido *sir* Charles otras cartas con la misma letra?

—A decir verdad, yo no me fijaba mucho en sus cartas. Y tampoco me hubiera fijado en esa, de no haber sido la única que llegó aquel día.

—¿Y no tiene idea de quién puede ser L. L.?

—No, señor. Ando tan a oscuras como usted. Pero creo que, si lográramos localizar a esa dama, sabríamos más acerca de la muerte de *sir* Charles.

—No entiendo, Barrymore, cómo ha podido ocultar usted una información tan importante.

—Verá, señor. Nuestros propios problemas comenzaron inmediatamente después. Por otra parte, como es lógico si se piensa en todo lo que hizo por nosotros, mi mujer y yo sentíamos gran afecto por *sir* Charles. Remover esta cuestión no podía ayudar ya a nuestro pobre señor, y conviene andar con tiento cuando hay una dama de por medio. Incluso los mejores de nosotros...

—¿Creyó usted que podría dañar la reputación de mi tío?



—Verá, señor, pensé que no saldría nada bueno de todo esto. Pero, como ahora se ha portado usted tan bien con nosotros, me parece que no obraría correctamente si no le contara todo lo que sé.

—Está bien, Barrymore. Puede retirarse.

Cuando el mayordomo nos ha dejado, *sir* Henry se ha vuelto hacia mí.

—Bien, Watson, ¿qué piensa usted de esta nueva pista?

—Pienso que sólo sirve para aumentar la oscuridad.

—Lo mismo pienso yo. Pero, si pudiéramos encontrar a L. L., todo se aclararía. Al menos hemos ganado algo. Sabemos que existe una persona que conoce los hechos, y lo único que necesitamos es encontrarla. ¿Qué opina usted que debemos hacer?

—Informar enseguida a Holmes. Esto le proporcionará la clave que anda buscando y, o mucho me equivoco, o hará que se presente aquí.

He regresado inmediatamente a mi habitación y he redactado para Holmes el informe que incluía la conversación de la mañana. Era evidente que mi amigo había estado muy ocupado últimamente, porque me llegaban de Baker Street pocas notas y breves, sin comentarios sobre la información que yo le suministraba y casi sin referencias a mi cometido. Sin duda el caso del chantaje absorbía todas sus energías. Pero aquel nuevo factor debería con toda seguridad llamarle la atención y renovar su interés.

He deseado que estuviera aquí.

17 de octubre. - Ha llovido a cántaros todo el día, y las gotas repiquetean sobre la hierba y caen desde los aleros. He pensado en el presidiario, que sigue en el frío páramo desolado. ¡Pobre diablo! Sean cuales fueren sus delitos, los está pagando caros. Después he pensado en el otro, el individuo del coche de punto, de la silueta recortada contra la luna. ¿También el hombre que vigilaba sin ser visto, el hombre de la oscuridad, estaba a la intemperie bajo aquel diluvio? Al atardecer, me he puesto el impermeable y he andado hasta muy lejos por el páramo empapado, la mente llena de imágenes sombrías, la lluvia azotándome el rostro y el viento silbándome en los oídos. ¡Que Dios se apiade de quienes se aproximen a la gran ciénaga en tales momentos, porque incluso las tierras altas, habitualmente firmes, se tornan pantanosas! He encontrado el Risco Negro en el cual había visto al vigía solitario y he contemplado desde su accidentada cima las lomas melancólicas. Ráfagas de lluvia se deslizaban sobre las tierras rojizas, y densas nubes color pizarra colgaban bajas sobre el paisaje y caían en jirones grises por las laderas de las fantásticas colinas. A la izquierda, medio ocultas por la niebla, sobresalían por encima de los árboles las dos delgadas torres de la Mansión de los Baskerville. Eran los únicos vestigios de presencia humana, si exceptuamos los habitáculos prehistóricos que tanto abundan en las laderas de las colinas. No había rastro del hombre solitario que yo había visto en aquel mismo lugar dos noches atrás.

Durante el regreso, me ha alcanzado el doctor Mortimer, que volvía en su ligero carruaje desde la remota granja de Foulmire. Ha estado siempre pendiente de nosotros y apenas ha transcurrido un día sin que apareciese en la mansión para

averiguar cómo nos iban las cosas.

Ha insistido en que subiera a su coche y permitiera que me acercara un poco a mi casa. Estaba muy preocupado por la desaparición de su pequeño *spaniel*. Se había adentrado en el páramo y no había vuelto. Le he consolado lo mejor que he podido, pero, al recordar al poni sepultado en la ciénaga de Grimpen, he temido que no volvería a ver a su perrito.

—Por cierto, Mortimer —he dicho, mientras el coche avanzaba a trompicones por el accidentado sendero—, supongo que habrá muy pocas personas por estos alrededores a las que usted no conozca.

—Creo que por estos alrededores ninguna.

—¿Podría decirme, entonces, el nombre de una mujer cuyas iniciales son L. L.?

El doctor Mortimer ha reflexionado unos instantes.

—No —ha dicho—. Hay algunos gitanos y peones de los que no puedo responder, pero entre los granjeros o la gente acomodada no hay nadie con estas iniciales. Espere un momento —ha añadido, tras una pausa—. Tenemos a Laura Lyons. Sus iniciales son L. L., pero vive en Coombe Tracey.

—¿Quién es?

—Es la hija de Frankland.

—¿Cómo? ¿De ese viejo chiflado?

—Exactamente. Laura se casó con un artista llamado Lyons, que había venido a hacer unos bocetos en el páramo. Resultó ser un sinvergüenza y la abandonó. Pero quizá la culpa, por lo que he oído, no fuera toda de la muchacha. Su padre había cortado toda relación con ella por haberse casado sin su consentimiento, y tal vez por otras razones. De modo que, entre los dos pecadores, el viejo y el joven, la pobre chica lo ha pasado bastante mal.

—¿De qué vive?

—Supongo que su padre le pasa una asignación, pero debe de ser una miseria, porque su propia situación económica deja mucho que desear. Por mal que se hubiera comportado Laura, no podía permitirse que se hundiera sin remedio. Se supo lo que había ocurrido y varias personas de los alrededores colaboraron para hacer posible que se ganara la vida honradamente. Stapleton fue una de ellas, y *sir* Charles, otra. También yo contribuí modestamente. Se trataba de que pusiera en marcha un servicio de mecanografía.

Mortimer ha querido saber el motivo de mis preguntas, pero me las he arreglado para satisfacer su curiosidad sin decirle demasiado, pues no veo razón para hacer confidencias a nadie. Mañana por la mañana iré a Coombe Tracey. Si logro ver a la señora Laura Lyons, de dudosa reputación, habremos dado un gran paso para resolver uno de los incidentes de esta cadena de misterios. Sin duda estoy adquiriendo la prudencia de la serpiente, porque, cuando Mortimer ha insistido en sus preguntas hasta ponerse inconveniente, yo he inquirido como por casualidad a qué tipo pertenecía el cráneo de Frankland, y sólo he oído hablar de craneología durante el

resto del trayecto. De algo ha de servir haber convivido tantos años con Sherlock Holmes.

Sólo queda un último incidente que registrar en este melancólico día de tormenta. Es la conversación que he sostenido con Barrymore hace unos instantes, que me ha proporcionado un triunfo más, que podré jugar a su debido tiempo.

Mortimer se ha quedado a cenar, y después él y el *baronet* se han puesto a jugar al *écarté*. El mayordomo me ha llevado el café a la biblioteca y he aprovechado la oportunidad para hacerle unas preguntas.

—Bien, ¿se ha marchado ya esa joya de pariente o sigue todavía escondido en el páramo?

—Lo ignoro, señor. ¡Quiera Dios que se haya marchado, porque sólo nos ha acarreado problemas! No he sabido nada de él desde que le llevé comida la última vez, y han transcurrido ya tres días.

—¿Le vio usted?

—No, señor. Pero la comida había desaparecido cuando volví a pasar por allí.

—En tal caso, es seguro que sigue en el páramo, ¿no?

—Eso parece, señor, a menos que se haya llevado la comida el otro.

No he terminado de llevarme la taza a los labios y me he quedado mirando fijamente a Barrymore.

—Entonces, ¿usted sabe que hay otro hombre?

—Sí, señor. Hay otro hombre en el páramo.

—¿Le ha visto?

—No, señor.

—¿Cómo sabe, pues, que existe?

—Selden me habló de él hace más o menos una semana. También anda ocultándose, pero, por lo que he podido deducir, no es un presidiario —ha dicho el mayordomo, y ha añadido con repentina vehemencia—: Esto no me gusta nada. Le aseguro que no me gusta nada todo esto.

—Escúcheme bien, Barrymore. Yo no tengo otros intereses en este asunto que los de su señor. Estoy aquí para ayudarle. Dígame pues, con toda franqueza, qué es lo que no le gusta.

Barrymore ha vacilado un momento, como si lamentara su arrebató de vehemencia, o le resultara difícil expresar con palabras lo que sentía.

—Son todas esas cosas que están pasando —ha exclamado por último, agitando una mano en dirección a la ventana que daba al páramo y que azotaba ahora la lluvia—. Alguien está jugando sucio y se está tramando una canallada muy fea, se lo juro. ¡Me alegraría mucho que *sir* Henry volviera a Londres!

—Pero ¿qué es lo que le inquieta?

—¡Piense en la muerte de *sir* Charles! Aquello ya fue muy raro, pese a lo que dijera el juez de instrucción. Fíjese en los ruidos que se oyen en el páramo por la noche. No hay una sola persona que quiera cruzar por él después de anochecer, ni



aunque le paguen por hacerlo. ¡Piense en ese desconocido que se esconde, que acecha y espera! ¿Qué es lo que espera? ¿Qué significa todo esto? Seguro que no significa nada bueno para nadie que lleve el apellido Baskerville, y yo me marcharé con mucho gusto el día que nuevos criados puedan hacerse cargo de la mansión.

—Pero, respecto a este desconocido, ¿no sabe nada más acerca de él? ¿Qué le contó Selden? ¿Había descubierto dónde se escondía o qué estaba haciendo?

—Selden lo ha visto un par de veces, pero el otro es muy astuto y no suelta prenda. En un principio mi cuñado creyó que pertenecía a la policía, pero pronto comprobó que trabajaba por su cuenta. Opina que se trata de un caballero, pero no ha conseguido averiguar qué se trae entre manos.

—Y ¿dónde le dijo que vivía?

—En los viejos refugios de las colinas, los habitáculos de piedra donde vivían los hombres prehistóricos.

—Y ¿cómo se las arregla para comer?

—Selden descubrió que hay un chico que trabaja para el desconocido y que le lleva cuanto necesita. Supongo que va a comprarlo a Coombe Tracey.

—Muy bien, Barrymore. Quizá sigamos hablando de esto en otro momento.

Cuando el mayordomo se ha marchado, me he aproximado a la ventana y he contemplado, a través del cristal empañado, las nubes que corrían por el cielo y las siluetas estremecidas de los árboles agitados por el viento. Era una noche terrible dentro de la casa, pero ¿cómo sería en un refugio de piedra del páramo? ¿Qué intensidad de odio podía llevar a un hombre a mantenerse al acecho en semejante lugar y con semejante tiempo? Allí, en ese refugio que se abre al páramo, parece radicar el centro mismo del problema que tantos disgustos me está causando. Juro que no transcurrirá un día más sin que haya hecho cuanto esté en mi mano para llegar al fondo del misterio.



## EL HOMBRE DEL RISCO

El fragmento de mi diario íntimo que he utilizado en el último capítulo abarca hasta el 18 de octubre, momento en que los extraños acontecimientos de las últimas semanas se precipitaban hacia su terrible desenlace. Los incidentes de los días que siguieron han quedado indeleblemente grabados en mi memoria y puedo relatarlos sin echar mano a las notas que escribí entonces. Comienzo, pues, un día más tarde a aquél en que logré establecer dos hechos de gran importancia: que la señora Laura Lyons de Coombe Tracey había escrito a *sir* Charles Baskerville para citarse con él precisamente a la hora y lugar donde encontraría la muerte, y que al hombre que permanecía al acecho en el páramo había que buscarlo en los refugios de piedra de las colinas. Con estos dos datos en mi poder, me dije que, si no me faltaban completamente la inteligencia y el valor, tenía que poder arrojar por fin alguna luz sobre tanta oscuridad.

No tuve ocasión la noche anterior de referir al *baronet* lo que había averiguado acerca de la señora Lyons, porque el doctor Mortimer estuvo jugando con él hasta muy tarde. A la hora del desayuno, sin embargo, le informé de mi descubrimiento y le pregunté si quería acompañarme a Coombe Tracey. Al principio se mostró deseoso de hacerlo, pero lo pensamos con más calma y ambos llegamos a la conclusión de que se obtendrían mejores resultados si iba yo solo. Cuanto más solemne fuera la visita, menos información obtendríamos. Dejé, por consiguiente, a *sir* Henry en casa, aunque no sin ciertos remordimientos, y emprendí en coche el camino hacia la nueva etapa de nuestra investigación.

Al llegar a Coombe Tracey, Perkins quedó al cuidado de los caballos y yo hice algunas preguntas para localizar a la persona que me proponía visitar. Encontré sin dificultad su alojamiento, céntrico y bien indicado. Una doncella me hizo pasar sin ceremonias al salón, y la dama, que estaba sentada ante una máquina de escribir Remington, se puso en pie con una agradable sonrisa de bienvenida. Su expresión cambió, no obstante, al descubrir que se trataba de un desconocido. Entonces se sentó de nuevo y preguntó cuál era el objeto de mi visita.

Lo primero que llamaba la atención en la señora Lyons era su extraordinaria belleza. Tenía los ojos y el cabello de un cálido color avellana, y sus mejillas, aunque cubiertas de abundantes pecas, mostraban la exquisita delicadeza de las mujeres morenas: esa delicada tonalidad que se oculta en el corazón de la rosa. La admiración fue, repito, la primera impresión. Pero de inmediato surgieron los reparos. Había un algo muy sutil que no funcionaba en aquel rostro. Cierta vulgaridad en la expresión,

tal vez cierta dureza en la mirada, un rictus en la boca, desvirtuaban una belleza tan perfecta. Pero todas estas reflexiones son, por supuesto, posteriores. En aquellos momentos sólo tuve conciencia de estar ante una mujer muy hermosa. Hasta entonces no había advertido hasta qué punto era delicada mi misión.

—Tengo el placer —dije— de conocer a su padre.

Era una presentación muy torpe y la señora Lyons no lo pasó por alto.

—Mi padre y yo no tenemos nada en común —replicó—. Yo no le debo nada y sus amigos no son mis amigos. A no ser por el difunto *sir* Charles Baskerville y por otras personas de buen corazón, pude haber muerto de hambre sin que mi padre moviera un dedo.

—Precisamente he venido a verla en relación con el difunto *sir* Charles Baskerville.

Las pecas adquirieron mayor relieve en el rostro de la mujer.

—¿Qué puedo decirle respecto a él? —preguntó, mientras sus dedos jugueteaban nerviosos con los topes de la máquina.

—Usted le conocía, ¿no es cierto?

—Ya he dicho que estoy en deuda con él por sus bondades. Si puedo ganarme la vida, lo debo en gran parte al interés que se tomó por mi desgraciada situación.

—¿Mantenía correspondencia con él?

La dama levantó rápidamente la mirada, con un brillo de enfado en los ojos color avellana.

—¿Qué finalidad tienen estas preguntas? —inquirió en tono cortante.

—La finalidad de evitar un escándalo. Es preferible que se las haga yo aquí e impidamos que este asunto escape a nuestro control.

La señora Lyons, pálida como una muerta, guardó silencio. Por fin alzó de nuevo los ojos; había algo temerario y desafiante en su actitud.

—De acuerdo, responderé —dijo—. ¿Qué quiere usted saber?

—¿Mantenía usted correspondencia con *sir* Charles?

—Le escribí por supuesto en una o dos ocasiones para agradecerle su delicadeza y su generosidad.

—¿Recuerda usted la fecha de estas cartas?

—No.

—¿Le vio usted alguna vez personalmente?

—Sí, en dos o tres ocasiones, cuando vino a Coombe Tracey. Era un hombre muy reservado y prefería hacer el bien con suma discreción.

—Si le vio usted tan pocas veces y le escribió tan pocas cartas, ¿cómo se enteró él de los apuros que usted pasaba y pudo así ayudarla, como me asegura que hizo?

La señora Lyons resolvió con facilidad mi objeción.

—Eran varios los caballeros que conocían mi triste historia y que se unieron para ayudarme. Uno de ellos, el señor Stapleton, vecino y amigo íntimo de *sir* Charles, fue muy amable conmigo, y *sir* Charles se enteró de mis problemas a través de él.

Yo estaba informado de que *sir* Charles Baskerville había recurrido en diferentes ocasiones a Stapleton como su limosnero y la explicación de mi interlocutora tenía todos los visos de ser cierta.

—¿Escribió usted alguna vez a *sir* Charles pidiéndole una entrevista? —proseguí. La señora Lyons volvió a enrojecer de cólera.

—A decir verdad, señor mío, se trata de una pregunta hartó singular.

—Lo lamento, señora, pero me veo obligado a repetírsela.

—En tal caso, responderé obviamente que no.

—¿No lo hizo acaso el mismo día de la muerte de *sir* Charles?

El color desapareció al instante de sus mejillas y tuve ante mí un rostro de una palidez mortal. La sequedad se adueñó de su boca y casi le impidió pronunciar un «no» que yo vi más que oí.

—Sin duda la traiciona la memoria —dije—. Yo podría citar incluso un párrafo de la carta: «Por favor, por favor, dado que es usted un caballero, queme esta carta y esté en el portillo a las diez en punto».

Creí que iba a desmayarse, pero hizo un esfuerzo supremo y se recupero.

—¿No existen, pues, en el mundo caballeros? —jadeó.

—Es usted injusta con *sir* Charles. Él sí quemó la carta, pero a veces una carta es legible incluso después de arder. ¿Reconoce ahora que la escribió?

—Sí, lo hice —exclamó, volcando ahora el alma en un torrente de palabras—. La escribí. ¿Por qué tendría que negarlo? No hay motivos para avergonzarse. Quería que me ayudara. Estaba convencida de que, si me entrevistaba con él, conseguiría que me ayudara, y le pedí una cita.

—Pero ¿por qué a semejante hora?

—Porque acababa de saber que partía para Londres al día siguiente y que quizá tardaría meses en regresar. Había motivos que me impedían acudir antes a la mansión.

—Pero ¿por qué una cita en el jardín, en lugar de una visita a la casa?

—¿Cree usted que una dama puede entrar sola a esas horas en el hogar de un hombre soltero?

—Y ¿qué sucedió cuando llegó usted allí?

—No fui.

—¿Señora Lyons!

—No fui, se lo juro por lo más sagrado. Sucedió algo que me lo impidió.

—¿Qué fue?

—Es un asunto privado. No se lo puedo contar.

—En tal caso, ¿reconoce haber concertado una cita con *sir* Charles a la hora y en el lugar donde él encontraría la muerte, pero niega haber acudido a ella?

—Esta es la verdad.

Insistí en mis preguntas una y otra vez, pero no conseguí sacar nada más en limpio.

—Señora Lyons —dije, mientras me levantaba y ponía fin a aquella larga entrevista no demasiado satisfactoria—, incurre usted en una gran responsabilidad y se coloca en una posición muy falsa al no confesar cuanto sabe. Si me veo obligado a solicitar la ayuda de la policía, descubrirán hasta qué punto está usted comprometida. Si es inocente, ¿por qué empezó negando que escribió a *sir* Charles en aquella fecha?

—Porque temía que se sacaran conclusiones equivocadas y me viera envuelta en un escándalo.

—Y ¿por qué tenía tanto interés en que *sir* Charles destruyera la carta?

—Si la ha leído sabrá el porqué.

—Yo no he dicho que hubiera leído la carta.

—Ha citado usted un fragmento.

—He citado la posdata. Como ya le he dicho, la carta había sido quemada y no era legible en su totalidad. Le pregunto una vez más por qué insistió tanto en que *sir* Charles destruyera esa carta que recibió el mismo día de su muerte.

—Es un asunto muy privado.

—Razón de más para que evite usted una investigación pública.

—Se lo diré, pues. Si ha oído hablar de mi triste historia, sabrá que contraí un matrimonio imprudente y que he tenido sobrados motivos para lamentarlo.

—Todo esto lo sé.

—Mi vida ha sido una incesante persecución por parte de un marido al que aborrezco. La ley está de su parte, y todos los días me enfrento a la posibilidad de que me obliguen a vivir con él. Cuando escribí esta carta a *sir* Charles, se me acababa de comunicar que existía una posibilidad de que recobrará mi libertad si podía sufragar ciertos gastos. Esto lo significaba todo para mí: tranquilidad, felicidad, autoestima... absolutamente todo. Conocía la generosidad de *sir* Charles y pensé que, si oía la historia de mis propios labios, me ayudaría.

—En tal caso, ¿cómo no acudió a la cita?

—Porque entretanto recibí ayuda de otra fuente.

—Y ¿por qué no escribió a *sir* Charles explicándose?

—Lo habría hecho así, de no haber leído la noticia de su muerte en el periódico de la mañana siguiente.

Su historia era coherente y yo no había conseguido con mis preguntas que se contradijera. Sólo podía comprobarla averiguando si, más o menos en el momento de la tragedia, había iniciado los trámites para el divorcio. No era probable que mintiera al afirmar que no había ido a la Mansión de los Baskerville, dado que se necesita un coche para llegar hasta allí y habría regresado a Coombe Tracey de madrugada, lo que haría imposible mantener el secreto. Lo más probable era, por consiguiente, que dijera la verdad o, por lo menos, parte de la misma. Me marché desconcertado y alicaído. De nuevo tropezaba con la misma barrera infranqueable que parecía interponerse en mi camino cada vez que intentaba alcanzar el objetivo de mi misión... Pero, cuanto más pensaba en el rostro de la dama y en su actitud, más

seguro estaba de que ocultaba algo. ¿Por qué se había puesto tan pálida? ¿Por qué se resistió a admitir lo sucedido hasta que se vio forzada a hacerlo? ¿Por qué se había mostrado tan reservada en el momento de la tragedia? Con seguridad la explicación no podía ser tan inocente como la mujer pretendía hacerme creer. De momento, yo no podía avanzar más en aquella dirección y debía recurrir a la otra pista, que habría que buscar en los refugios del páramo.

Se trataba de una pista extremadamente vaga. Lo constaté en mi viaje de regreso, al comprobar que, una tras otra, todas las colinas conservaban huellas de sus antiguos moradores. La única indicación de Barrymore era que el desconocido vivía en uno de aquellos habitáculos abandonados, y existían a cientos a lo largo y ancho del páramo. Pero yo contaba con mi experiencia como guía, pues había visto con mis propios ojos al desconocido en la cima del Risco Negro. Aquel debía ser, por lo tanto, el punto de partida de mi búsqueda. Allí iniciaría la exploración de todos los refugios hasta dar con el que buscaba. Si aquel tipo estaba dentro, yo sabría de sus propios labios, a punta de pistola si era necesario, quién era y por qué nos había seguido tanto tiempo. Tal vez podía escurrírsenos entre el gentío de Regent Street, pero le iba a resultar imposible en la soledad del páramo. Por otra parte, si yo encontraba el refugio y su ocupante no estaba en él, me quedaría allí, por larga que resultara la espera, hasta que regresara. Holmes lo había perdido en Londres. Sería para mí un verdadero triunfo lograr capturarlo después de que mi maestro fallara en el intento.

La suerte se nos había puesto una y otra vez en contra durante el curso de la investigación, pero ahora acudió por fin en mi ayuda. Y el mensajero de mi buena suerte no fue otro que el señor Frankland, que se hallaba de pie, con sus patillas grises y su rostro rubicundo, junto a la puerta del jardín de su casa, que daba al camino por el que yo viajaba.

—Buenos días, doctor Watson —exclamó con insólito buen humor—. Permita un descanso a sus caballos y entre en mi casa a beber un vaso de vino y a felicitarme.

Mis sentimientos hacia él distaban mucho de ser amistosos tras lo que había averiguado acerca de la manera en que había tratado a la señora Lyons, pero estaba ansioso de enviar a Perkins a casa y era una buena oportunidad. Me apeé del coche y envié un mensaje a *sir* Henry, en el que le comunicaba que regresaría a pie y a tiempo para la cena. Después seguí a Frankland hasta su comedor.

—Hoy es un gran día para mí, uno de los días de mi vida que habría que inscribir en letras de oro —exclamó, interrumpiéndose varias veces para reír entre dientes—. He conseguido un doble triunfo. Quería enseñar a las gentes de esta región que la ley es la ley y que aquí tienen a un hombre que no teme recurrir a ella. He logrado establecer un derecho de paso que cruza de un extremo a otro y por el centro los jardines del viejo Middleton, a menos de cien yardas de la puerta principal. ¿Qué me dice a esto? Enseñaremos a estos magnates que no pueden pisotear los derechos de la gente común. ¡Y que Dios los confunda! También he cerrado el bosque donde iba de excursión la gente de Fernworthy. Esos condenados pueblerinos parecen creer que no

existe el derecho de propiedad y que pueden meterse donde les apetezca y ensuciarlo todo con papeles y botellas. Ambos casos fallados, doctor Watson, y ambos a mi favor. No recuerdo un día parecido desde que conseguí que condenaran a *sir* John Morland por cazar en sus propias tierras.

—¿Cómo demonios consiguió usted esto?

—Búsquelo en los libros de jurisprudencia, señor mío. Merece la pena leerlo: «Frankland contra Morland. Juzgado de Queen's Bench». Me costó doscientas libras, pero conseguí que se fallara a mi favor.

—¿Y qué ganó usted con ello?

—Nada, señor mío, nada. Me enorgullece decir que yo no tenía intereses personales en la cuestión. Siempre me mueve el sentido del deber. No me cabe la menor duda, por ejemplo, de que los habitantes de Fernworthy me quemarán en efígie esta noche. La última vez dije a la policía que debería impedir tan lamentables espectáculos. La incompetencia de la policía del condado es escandalosa, señor mío, y nadie me proporciona la protección a que tengo derecho. El pleito «Frankland versus Regina» servirá para atraer la atención del gran público sobre el problema. Les advertí que iban a lamentar el trato que me daban, y mis palabras ya se están cumpliendo.

—¿Cómo es esto? —pregunté.

El anciano hizo un gesto de complicidad.

—Porque podría explicarles algo que se mueren por saber. Pero nada me moverá a ayudar a esos sinvergüenzas en lo más mínimo.

Yo había estado tratando de encontrar una excusa para escapar a su incesante verborrea, pero ahora sentí deseos de seguir escuchando. Sin embargo, conocía demasiado bien el espíritu de contradicción de aquel viejo extravagante para ignorar que cualquier manifestación de interés por mi parte sería la mejor manera de poner fin a sus confidencias.

—¿Algún caso de caza furtiva, imagino? —inquirí con aire indiferente.

—¡Quiá, muchacho, algo mucho más importante! ¿Qué me diría si se tratara del presidiario?

Di un respingo.

—¿No querrá usted decir que sabe dónde se esconde? —pregunté.

—Tal vez no sepa exactamente dónde se esconde, pero estoy seguro de que podría ayudar a la policía a echarle el guante. ¿Nunca se le ha ocurrido que la manera de atrapar a este tipo es averiguar dónde consigue comida y llegar así hasta él?

El señor Frankland parecía acercarse incómodamente a la verdad.

—Sin duda —dije—. Pero ¿cómo sabe que está en el páramo?

—Lo sé porque he visto con mis propios ojos al mensajero que le lleva la comida.

Me dio un vuelco el corazón al pensar en Barrymore. Era un grave problema estar en manos de aquel viejo entrometido y rencoroso. Pero su siguiente observación me quitó ese peso de encima.

—Le sorprenderá saber que el mensajero es un niño. Le veo todos los días por el telescopio que tengo en el tejado. Pasa por el mismo camino a la misma hora, y ¿cuál puede ser su destino sino el presidiario?

¡La suerte me sonreía! Sin embargo, evité dar muestras de interés. ¡Un niño! Barrymore había dicho que al desconocido lo atendía un muchacho. Frankland había tropezado con su rastro y no con el de Selden. Si lograba enterarme de lo que él sabía, me ahorraría tal vez una búsqueda larga y fatigosa. Pero debía jugar las cartas de la incredulidad y la indiferencia.

—Me parece mucho más probable que se trate del hijo de uno de los pastores del páramo que le lleva la comida a su padre.

El menor signo de oposición bastaba para que el viejo autócrata echara chispas por los ojos. Me miro con malevolencia y se le erizaron las patillas grises como el pelaje de un gato enfurecido.

—¿Eso piensa? —dijo, señalando el páramo que se extendía ante nuestros ojos—. ¿Ve allí el Risco Negro? ¿Ve la pequeña colina que queda más allá y en la que crece un espino? Es la zona más pedregosa del páramo. ¿Le parece probable que un pastor elija un lugar así? Su sugerencia, señor mío, es el colmo del absurdo.

Respondí con mansedumbre que yo había hablado sin conocimiento de causa. Mi docilidad le agradó y provocó nuevas confianzas.

—Puede tener la certeza de que tanteo bien el terreno antes de llegar a una conclusión. He visto una y otra vez al muchacho con su hatillo. Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, he podido... Un momento, doctor Watson. ¿Me engañan los ojos o precisamente se está moviendo algo ahora en la ladera de aquella colina?

Distaba varias millas, pero distinguí con claridad un puntito oscuro sobre el fondo verde y gris.

—¡Venga, venga conmigo! —exclamó Frankland, echando a correr escaleras arriba—. Lo verá usted con sus propios ojos y podrá juzgar por sí mismo.

El telescopio, un instrumento formidable montado sobre un trípode, se hallaba sobre el tejado de la casa. Frankland aplicó a él un ojo y dejó escapar un grito de satisfacción.

—¡Aprisa, doctor Watson, aprisa, antes de que desaparezca por el otro lado de la colina!

Allí lo teníamos sin duda. Un pillete con un hatillo al hombro, subiendo sin prisas la pendiente. Cuando llegó a la cima, vi recortarse por un momento contra el frío cielo azul la figura frágil y tosca. El chico miró alrededor con aire furtivo y receloso, como alguien que teme ser perseguido. Después desapareció por la ladera opuesta.

—¿Qué, estaba o no en lo cierto?

—Desde luego, se trata de un muchacho que parece llevar a cabo una misión secreta.



—Y hasta un policía rural sería capaz de averiguar en qué consiste esta misión. Pero no seré yo quien les diga una sola palabra, y a usted le exijo también que guarde el secreto, doctor Watson. ¡Ni una sola palabra a nadie! ¿Entendido?

—Como usted quiera.

—Me han tratado de un modo vergonzoso, esa es la verdad. Cuando salgan a relucir los hechos en mi pleito «Frankland versus Regina», espero que un escalofrío de indignación recorra el país. Nada me impulsará a hablar con la policía. Por lo que a ellos se refiere, les daría igual que esos canallas pueblerinos me quemaran en persona o en efigie. Pero ¿no irá usted a marcharse ya? ¡Tiene que ayudarme a vaciar la botella para celebrar el gran acontecimiento!

Pero me resistí a todas sus súplicas y logré también que renunciara a acompañarme andando a casa. Yo seguí camino adelante mientras Frankland pudo seguirme con la vista y después me lancé a través del páramo en dirección a la colina pedregosa donde habíamos perdido de vista al muchacho. Todo actuaba a mi favor, y me juré que no iba a desperdiciar, por falta de energía o por falta de perseverancia, la oportunidad que la buena fortuna había puesto en mis manos.

Se ponía el sol cuando alcancé la cumbre de la colina, y los largos declives que dejaba a mi espalda se teñían de verde oro a un lado y de gris oscuro al otro. En el horizonte más remoto, las fantásticas formas de Belliver y de Risco Vixen sobresalían por encima de una quieta neblina. En toda la extensión del páramo, no había sonido ni movimiento alguno. Un gran pájaro gris, tal vez una gaviota o un zarapito, volaba muy alto en el firmamento. El ave y yo parecíamos los únicos seres vivos entre el inmenso arco del cielo y el desierto que se extendía a mis pies. El paisaje yermo, la sensación de soledad, el misterio y la urgencia de mi misión, todo se confabulaba para encogerme el ánimo. No se veía al muchacho por ninguna parte, pero debajo de mí, en una hendidura abierta entre las colinas, distinguí un círculo de refugios de piedra y en el centro uno que conservaba techumbre suficiente para guarecer de la intemperie. El corazón me dio un salto al verlo. Se trataba sin duda de la guarida donde se ocultaba el desconocido. Por fin iba a poner un pie en el umbral de su escondite: tenía el secreto al alcance de la mano.

Mientras me acercaba al refugio, caminando con tanta cautela como pudiera hacerlo Stapleton cuando, cazamariposas en ristre, se aproximaba a un lepidóptero inmóvil, comprobé que aquel lugar se había utilizado sin duda alguna como vivienda. Un sendero casi invisible serpenteaba entre grandes piedras hasta la derruida apertura que hacía las veces de puerta. Dentro reinaba el silencio. El desconocido podía estar escondido en el interior o merodear por el páramo. La sensación de aventura me produjo un agradable cosquilleo. Tiré el cigarrillo, apoye la mano en la culata del revolver, llegué rápidamente hasta la puerta y miré dentro. El refugio estaba vacío.

Signos abundantes confirmaban, no obstante, que yo había seguido la pista acertada. El desconocido se alojaba allí. Sobre la misma losa de piedra donde el hombre neolítico durmiera en otro tiempo, se veían ahora varias mantas envueltas en

una tela impermeable. En la burda chimenea se acumulaban las cenizas de un fuego. Al lado había utensilios de cocina y un cubo medio lleno de agua. Un montón de latas vacías demostraba que el lugar llevaba ya algún tiempo ocupado y, cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad, vislumbré en un rincón un vaso de metal y media botella de una bebida alcohólica. En el centro del refugio, una piedra plana servía como mesa, y sobre ella se hallaba un hatillo; el mismo, sin duda, que yo había visto por el telescopio sobre el hombro del muchacho. Contenía una hogaza de pan, una lata de lengua en conserva y dos de melocotón en almíbar. Al dejar de nuevo en su sitio el hatillo, tras haberlo examinado, me dio un vuelco el corazón, porque vi que había debajo un papel con algo escrito. Lo cogí y leí, toscamente garabateado a lápiz: «El doctor Watson ha ido a Coobe Tracey». Durante unos instantes permanecí allí con el papel en la mano, preguntándome qué podía significar el escueto mensaje. El desconocido me seguía, pues, a mí y no a *sir* Henry. No me había seguido en persona, pero había puesto a un agente —al muchacho tal vez— tras mis huellas, y éste había dejado el informe. Posiblemente no había dado un solo paso desde mi llegada al páramo que no hubiera sido observado y comunicado. Siempre me oprimía aquella sensación de una fuerza invisible, de una tupida red que había tejido a nuestro alrededor con habilidad y delicadeza infinitas, una red tan poco opresiva que sólo en algún momento crucial la víctima advertía por fin que había quedado atrapada en sus mallas.

Si había aquel informe, podía haber otro, de modo que los busqué por todo el refugio. No hallé, sin embargo, rastro de otros mensajes, ni descubrí señal alguna que indicara la personalidad o las intenciones del individuo que vivía en aquel lugar insólito, excepto que debía de tratarse de alguien de costumbres espartanas y muy poco preocupado por la comodidad. Al recordar las intensas lluvias y contemplar los agujeros del techo, aprecié en su justo valor la decisión y la resistencia que eran necesarias para perseverar en un alojamiento tan inhóspito. ¿Se trataba de nuestro perverso enemigo o me había tropezado, tal vez, con nuestro ángel de la guarda? Juré que no abandonaría el refugio sin saberlo.

Fuera se estaba poniendo el sol y el occidente ardía en oro y escarlata. Las lejanas charcas que salpicaban la gran ciénaga de Grimpen devolvían su reflejo en manchas doradas. Se veían las torres de la Mansión de los Baskerville y, más allá, una remota columna de humo indicaba la situación de la aldea de Grimpen. Entre ambos, y detrás de la colina, se hallaba la casa de los Stapleton. Bañado por la dorada luz del atardecer, todo parecía suave, amable, sereno, y sin embargo, mientras contemplaba el paisaje, mi alma no compartía en absoluto la paz de la naturaleza, sino que se estremecía ante la incertidumbre y el temor que me inspiraba aquel encuentro, más próximo a cada instante. Con los nervios en tensión pero más decidido que nunca, me senté en un rincón de la vivienda y esperé con sombría paciencia a su ocupante.

Finalmente le oí llegar. Percibí desde lejos el ruido seco de una bota al golpear la piedra. Después otro y otro, cada vez más cerca. Me agazapé en el rincón oscuro y

amartillé el revólver dentro de mi bolsillo, decidido a no revelar mi presencia hasta ver al desconocido. Siguió un silencio, indicador de que mi hombre se había detenido. Luego, los pasos volvieron a aproximarse y se proyectó una sombra en la entrada del refugio.

—Un atardecer maravilloso, querido Watson —dijo una voz que yo conocía muy bien—. Créame si le digo que estará mucho mejor fuera que ahí dentro.





## MUERTE EN EL PÁRAMO

Durante unos instantes quedé sin aliento, incapaz de dar crédito a mis oídos. Después recobré los sentidos y la voz, mientras una abrumadora responsabilidad parecía desaparecer como por ensalmo de mis hombros. Aquella voz fría, cortante, irónica, sólo podía pertenecer a una persona en el mundo.

—¡Holmes! —grité—. ¡Holmes!

—Salga de ahí —me dijo—, y, por favor, tenga cuidado con el revólver.

Me agaché para pasar bajo el tosco dintel, y allí estaba él, sentado sobre una piedra en el exterior del habitáculo, los grises ojos llenos de regocijo ante el asombro que reflejaban mis facciones. Delgado y fatigado, pero despierto y alerta, el expresivo rostro tostado por el sol y curtido por el viento. Con el traje de *tweed* y la gorra de paño, parecía uno de los turistas que visitan el páramo y, llevado por su devoción gatuna de la higiene personal, había conseguido tener las mejillas tan bien afeitadas y la ropa tan inmaculada como si estuviera en Baker Street.

—En la vida me he alegrado tanto de ver a nadie —dije, mientras le estrechaba la mano con todas mis fuerzas.

—Ni le ha sorprendido tanto ver a alguien, ¿verdad?

—Así es. Lo confieso.

—Pues no ha sido usted el único sorprendido, se lo aseguro. Hasta llegar a veinte pasos de la puerta, no tenía la menor idea de que hubiera descubierto usted mi pasajero refugio y mucho menos de que estuviera dentro.

—Reconocería mis huellas, supongo.

—No, Watson. Me temo no ser capaz de reconocer sus huellas entre todas las restantes huellas del mundo. Pero, si se propone usted desconcertarme, tendrá que cambiar de estanco, porque, cuando distingo una colilla con la marca Bradley, Oxford Street, sé que mi amigo Watson anda cerca. Puede verla ahí, junto al sendero. Sin duda se deshizo del cigarrillo en el momento crucial de abalanzarse sobre el refugio.

—Exacto.

—Eso pensé y, conociendo como conozco su admirable tenacidad, tuve la certeza de que, emboscado con un arma al alcance de la mano, aguardaba el regreso del inquilino. Así pues, ¿usted creyó que era yo el asesino?

—Ignoraba quién se ocultaba aquí y estaba resuelto a averiguarlo.

—¡Estupendo, Watson! Y ¿cómo me ha localizado? ¿Me vio quizá la noche en que *sir* Henry y usted perseguían al presidiario y yo cometí la imprudencia de permitir que la luna se alzara detrás de mí?

—Sí, entonces le vi.

—Y, sin duda, ha registrado todos los refugios hasta dar con este.

—No. Alguien ha advertido los movimientos del muchacho que le trae la comida, y eso ha orientado mi búsqueda.

—El anciano caballero del telescopio, claro. No caí en la cuenta de lo que era la primera vez que vi el reflejo del sol sobre la lente —se levantó y echó una mirada al interior de la casa—. Veo que Cartwright me ha traído provisiones. ¿Qué dice la nota? Vaya, ha estado usted en Coombe Tracey, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para visitar a la señora Laura Lyons?

—Exacto.

—¡Estupendo! Nuestras averiguaciones han avanzado en líneas paralelas y, cuando sumemos los resultados, espero obtener una visión conjunta del caso.

—Bien, me alegro en el alma de que esté usted aquí, porque a decir verdad la responsabilidad y el misterio empezaban a ser excesivos para mí. Pero, por amor de Dios, ¿cómo es que ha venido al páramo y qué ha estado haciendo aquí? Creí que seguía en Baker Street, trabajando en el caso del chantaje.

—Eso es lo que yo quería que creyera.

—¡De modo que me utiliza pero no confía en mí! —exclamé con cierta amargura—. Creí haber merecido mejor trato, Holmes.

—Amigo mío, en esta, como en muchas otras ocasiones, su ayuda me ha resultado inestimable, y le ruego que me perdone si da la impresión de que le he jugado una mala pasada. En realidad, lo he hecho en parte por usted, y fue la preocupación por el peligro que corría lo que me trajo aquí a examinar por mí mismo la situación. De haberles acompañado a *sir* Henry y a usted, mi punto de vista hubiera coincidido con los suyos y mi presencia hubiera puesto en guardia a nuestros formidables antagonistas. Del modo en que lo he hecho, me ha sido posible moverme con una libertad que hubiera sido impensable de habitar yo en la mansión. Y sigo siendo un factor desconocido, pronto a intervenir con eficacia cuando se presente el momento crucial.

—Pero ¿por qué mantenerme a mí en la inopia?

—Que usted estuviera informado no nos habría beneficiado en nada y habría podido ocasionar que alguien descubriera mi presencia. Habría querido usted comunicarme algo o, llevado de su amabilidad, traerme algo para que estuviera más cómodo, y habríamos corrido así riesgos innecesarios. Traje conmigo a Cartwright, que como seguramente recuerda usted es el muchachito de la mensajería, y él ha atendido mis escasas necesidades. Una hogaza de pan y un cuello limpio. ¿Qué más necesita un hombre? También me ha prestado un par de ojos suplementarios, sobre unas piernas muy activas, y ambas cosas me han sido inapreciables.

—En ese caso, ¡mis informes no le han servido de nada!

Me tembló la voz al recordar el esfuerzo y el orgullo que había puesto en ellos.

Holmes se sacó unos papeles del bolsillo.

—Aquí están sus informes, querido amigo, que he leído con gran atención, se lo aseguro. Dispuse muy bien las cosas y me llegaban sólo con un día de retraso. Debo felicitarle por el celo y la inteligencia de que ha hecho gala en un caso excepcionalmente complicado.

Todavía seguía un poco dolido por el engaño de que había sido objeto, pero el calor de los elogios de Holmes me desarmó. Comprendí además que él llevaba razón y que era mejor para nuestros fines que no me hubiera informado de su presencia en el páramo.

—Así está mejor —dijo Holmes, al ver cómo desaparecía la sombra que había cubierto mi rostro—. Y ahora cuénteme el resultado de su visita a la señora Laura Lyons. No me ha sido difícil adivinar que era a ella a quien había ido a ver, porque sabía que es la única persona de Coombe Tracey que podría sernos útil. De hecho, si usted no hubiera ido hoy, es probable que yo lo hubiera hecho mañana.

Se había ocultado el sol y la oscuridad cubría el páramo. El aire era frío y nos metimos en el refugio para entrar en calor. Allí, sentados en la penumbra, le conté a Holmes mi conversación con la dama. Le interesó tanto que tuve que repetirle algunas partes antes de que se diera por satisfecho.

—Todo eso tiene gran importancia —comentó cuando terminé—. Colma una laguna que yo había sido incapaz de llenar. Quizá esté usted al corriente del trato íntimo que esa persona mantiene con Stapleton.

—No sabía nada de tal intimidad.

—No existe duda al respecto. Se ven, se escriben, hay un total entendimiento entre los dos. Y esto pone en nuestras manos un arma muy poderosa. Si pudiéramos utilizarla para apartar de él a su mujer...

—¿Su mujer?

—Le proporciono alguna información, a cambio de toda la que me ha proporcionado usted antes. La muchacha que pasa por ser la hermana de Stapleton es en realidad su esposa.

—¡Santo cielo, Holmes! ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Cómo ha podido ese hombre permitir que *sir* Henry se enamore de ella?

—El enamoramiento de *sir* Henry sólo puede perjudicarle a él mismo. Como usted ha podido comprobar, Stapleton ha puesto gran empeño en que no corteje a su mujer. Pero le repito que la dama en cuestión es su esposa y no su hermana.

—Pero ¿por qué un engaño tan premeditado?

—Debió de prever que le resultaría más útil en el papel de soltera.

Todas mis dudas no expresadas y mis vagas sospechas tomaron repentinamente cuerpo y se centraron en el naturalista. En aquel individuo impasible, descolorido, con su sombrero de paja y su cazamariposas, me pareció descubrir algo terrible: un

ser de paciencia y astucia infinitas, de rostro risueño y corazón asesino.

—¿Es él, pues, nuestro enemigo? ¿Es él quien nos siguió en Londres?

—Así interpreto yo el acertijo.

—En tal caso, el aviso... ¿tiene que proceder de ella!

—Exacto.

En medio de la oscuridad que me había rodeado, empezó a perfilarse el entorno de una infame villanía, medio entrevista, medio adivinada.

—Pero ¿está usted seguro de esto, Holmes? ¿Cómo sabe que esa mujer es su esposa?

—Porque el día en que usted conoció a Stapleton, él cometió la torpeza de contarle un fragmento auténtico de su autobiografía, y me atrevería a afirmar que lo ha lamentado mil veces. Es cierto que ejerció en otro tiempo de maestro en el norte de Inglaterra. Ahora bien, no hay nada tan fácil como seguir el rastro de un maestro. Existen agencias de magisterio que permiten identificar a cualquier individuo que haya ejercido la docencia. Una pequeña investigación me permitió averiguar que cierto colegio se había hundido en atroces circunstancias y que su propietario, cuyo apellido era entonces diferente, había desaparecido junto con su esposa. Las descripciones coincidían. Cuando supe que el desaparecido era aficionado a la entomología, no me quedo ninguna duda.

La oscuridad se esfumaba, pero aún quedaban muchas cosas ocultas en la sombra.

—Si esta mujer es realmente su esposa, ¿qué papel corresponde a la señora Laura Lyons? —pregunté.

—Ese es uno de los puntos sobre los que usted ha arrojado luz con sus investigaciones. La entrevista con ella ha aclarado mucho la situación. Yo no tenía noticia del proyecto de divorcio. En este caso, creyendo que Stapleton está soltero, la señora Lyons piensa sin duda convertirse en su esposa.

—¿Y cuando sepa la verdad?

—Bien, tal vez en ese momento pueda sernos útil. Nuestra primera tarea de mañana será ir a verla juntos. Pero ¿no le parece, Watson, que lleva usted demasiado tiempo lejos de la persona que le ha sido confiada? Su lugar está en la Mansión de los Baskerville.

Los últimos jirones rojizos habían desaparecido por el oeste y la noche señoreaba en el páramo. Algunas estrellas brillaban débilmente en el cielo violeta.

—Una última pregunta, Holmes —dije, mientras me ponía en pie—. No debería haber secretos entre usted y yo. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué se propone Stapleton?

Mi amigo bajó la voz al responder.

—Significa asesinato, Watson, asesinato refinado, asesinato a sangre fría, asesinato premeditado. No me pida detalles. Mis redes se están cerrando a su alrededor, del mismo modo que las suyas tienen casi atrapado a *sir* Henry. Con la ayuda que usted me ha prestado, Watson, lo tengo casi a mi merced. Sólo nos amenaza un peligro: que él descargue el golpe antes de que nosotros estemos



preparados. Un día más, dos como máximo, y el caso quedará resuelto, pero hasta entonces cuide usted del hombre que tiene a su cargo como cuidaría una madre amante de su hijito enfermo. Su salida de hoy ha quedado plenamente justificada y, no obstante, casi preferiría que no se hubiera separado de *sir* Henry. ¡Escuche!

Un alarido terrible, un prolongado grito de horror y de angustia había brotado del silencio del páramo. Aquel sonido espantoso me heló la sangre en las venas.

—¡Dios mío! —dije con voz entrecortada—. ¿Qué ha sido esto? ¿Qué significa esto?

Holmes se había puesto en pie de un salto, y su enérgica silueta se recortaba en la puerta del refugio, los hombros inclinados, la cabeza hacia delante, los ojos escudriñando la oscuridad.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Silencio!

La vehemencia del grito había hecho que llegara hasta nosotros con nitidez, pero procedía de un punto lejano de la llanura en tinieblas. De nuevo rasgó nuestros oídos, más cercano, más intenso, más apremiante que antes.

—¿De dónde viene? —cuchicheó Holmes, y supe por el temblor de su voz que también él, el hombre de hierro, se había estremecido hasta el fondo del alma—. ¿De dónde viene, Watson?

—Me parece que de allí —dije, señalando en la oscuridad.

—¡No, viene de allí!

De nuevo el grito de angustia se extendió por el silencio de la noche, más intenso y más cercano que nunca. Y un nuevo sonido se mezcló con él, un rugido hondo y retumbante, sonoro pero amenazador, que se alzaba y descendía como el rumor profundo y constante del mar.

—¡El perro! —gritó Holmes—. ¡Sígueme, Watson, sígame! ¡Temo que llegaremos demasiado tarde!



Mi amigo corría ya velozmente por el páramo y yo le seguí pisándole los talones. Ahora surgió, desde algún punto del terreno accidentado que se extendía ante nosotros, un último alarido desesperado, seguido de un golpe sordo producido por algo pesado. Nos detuvimos y escuchamos. Ningún nuevo sonido rompió el espeso silencio de la noche sin viento.

Vi que Holmes se llevaba la mano a la frente y que pateaba el suelo como un hombre que ha perdido el juicio.

—Nos ha vencido, Watson. Hemos llegado demasiado tarde.

—¡No, no, no puede ser!

—Fue estúpido por mi parte no actuar antes. Y usted, Watson, ¡vea lo que ha ocurrido por abandonar su tarea! Pero si ha sucedido lo peor, ¡le vengaremos!

Corrimos a ciegas en la oscuridad, tropezando con los pedruscos, abriéndonos paso entre matas de aulaga, jadeando colinas arriba y precipitándonos pendientes abajo, siempre en dirección al lugar de donde procedieran los espantosos gritos. En todos los montículos, Holmes miraba ansiosamente a su alrededor, pero las sombras se espesaban sobre el páramo y no se veía el menor movimiento en su tétrica superficie.

—¿Ve usted algo?

—Nada.

—¡Escuche! ¿Qué ha sido eso?

Un débil gemido había llegado hasta nuestros oídos. Y volvió a sonar a nuestra izquierda. Por aquel lado, una hilera de rocas terminaba en un despeñadero cortado a

pico. Abajo divisamos un bulto oscuro que recordaba a un aguilucho con las alas extendidas. Nos acercamos corriendo y la imprecisa silueta adquirió entonces contornos definidos. Era un hombre de bruces en el suelo, con la cabeza doblada debajo del cuerpo en un ángulo horrible, los hombros curvados y el cuerpo encogido, como si acabara de dar un salto mortal. La postura era tan grotesca que tardé unos segundos en comprender que aquel hombre había muerto al exhalar el último gemido que nosotros habíamos oído. Porque ya no llegaba ni un susurro, ni el más leve rumor, de la figura en sombra sobre la que nos inclinábamos. Holmes la tocó y retiró enseguida la manó con una exclamación de horror. El resplandor de una cerilla iluminó sus dedos manchados y el espantoso charco de sangre que brotaba del cráneo aplastado de la víctima y crecía lentamente. E iluminó algo más, que nos llenó de desesperación, ¡el cuerpo de *sir* Henry Baskerville!

Era imposible que ninguno de nosotros dos hubiera olvidado aquel peculiar traje rojizo de *tweed*, el mismo que llevaba la mañana que le conocimos en Baker Street. Lo distinguimos un momento con claridad, y el fósforo parpadeó y se apagó enseguida, del mismo modo en que se había apagado toda esperanza en nuestros corazones. Holmes dejó escapar un gemido y su rostro resplandeció pálido en la oscuridad.

—¡Salvaje! ¡Salvaje! —exclamé yo apretando los puños—. ¡Ah, Holmes, nunca me perdonaré el haberle abandonado a su suerte!

—Yo soy más culpable que usted, Watson. Con el objetivo de dejar el caso bien redondeado y completo, he permitido que mi cliente perdiera la vida. Es el peor golpe que he recibido a lo largo de mi carrera. Pero ¿cómo podía yo saber, cómo demonios podía yo saber que, a pesar de todas mis advertencias, él arriesgaría su vida por el páramo?

—¡Que hayamos oído sus alaridos, y qué alaridos, Dios mío, y no hayamos sido capaces de salvarle! ¿Dónde está ese horrible perro que lo ha empujado a la muerte? Tal vez, en este instante, se oculta tras aquellas rocas. Y Stapleton, ¿dónde está Stapleton? Tendrá que responder de este crimen.

—Yo me ocuparé de que lo haga. Tío y sobrino han sido asesinados: el primero murió de miedo al ver a la bestia que él creía sobrenatural, y el segundo, empujado a su final en una huida desesperada para escapar de ella. Pero ahora tenemos que demostrar la conexión entre el hombre y el perro. Salvo por lo que oímos, ni siquiera podemos jurar que exista, dado que *sir* Henry ha muerto evidentemente a consecuencia de la caída. Pero vive Dios que, pese a toda su astucia, ¡ese individuo estará en mi poder antes de que transcurra un solo día!

Permanecimos inmóviles, con el corazón lleno de amargura, a uno y otro lado del cuerpo destrozado, abrumados por aquella repentina e irreparable catástrofe que había puesto lamentable fin a nuestros largos y duros esfuerzos... Después, mientras surgía la luna, trepamos a lo alto de las rocas desde donde había caído nuestro pobre amigo y tendimos la mirada por el páramo fantasmal, mitad plata, mitad sombras. Lejos, a

muchas millas de distancia en dirección a Grimpen, brillaba una luz amarilla y fija. Sólo podía proceder de la solitaria casa de los Stapleton. Mientras la miraba, agité el puño y dejé escapar una amarga maldición.

—¿Por qué no le echamos mano ahora mismo?

—Nuestro caso no está cerrado. Ese individuo es extremadamente cauteloso y astuto. Lo que importa no es lo que sabemos, sino lo que podemos probar. Un solo movimiento en falso y este canalla se nos escapa.

—¿Qué podemos hacer?

—Mañana no nos faltará trabajo. Esta noche sólo nos resta rendirle un último tributo a nuestro pobre amigo.

Descendimos juntos la escarpada pendiente y nos aproximamos al cadáver, que destacaba como una mancha negra sobre las piedras de plata. El sufrimiento que revelaban aquellos miembros contorsionados me provocó un espasmo de dolor y los ojos se me enturbiaron de lágrimas.

—¡Tenemos que pedir ayuda, Holmes! No podremos llevarlo solos desde aquí hasta la mansión. ¡Santo cielo! ¿Se ha vuelto usted loco?



Mi amigo había lanzado un grito, al inclinarse sobre el cadáver. Ahora bailaba y reía y me estrechaba las manos. ¿Era aquél el Sherlock Holmes severo y reservado que yo conocía? ¡Cuánto fuego escondido!

—¡La barba! ¡La barba! ¡Ese hombre tiene barba!

—¿Barba?

—No es el *baronet*... Es... ¡mi vecino, el preso fugado!

Con febril precipitación dimos la vuelta al cadáver. La barba goteante apuntaba

hacia la luna fría y clara. Viendo aquella frente abultada y aquellos ojillos hundidos y brutales, no quedaba lugar a dudas. Era el mismo rostro que me había mirado con ira a la luz de la vela por encima de la roca. El rostro de Selden, el asesino.

Luego, en un instante, lo comprendí todo. Recordé que el *baronet* me contó que había regalado a Barrymore su ropa usada. Éste, a su vez, la había entregado a Selden para ayudarle a escapar. Botas, camisa, gorra, todo era de *sir* Henry. La tragedia seguía siendo espantosa, pero aquel hombre, al menos, había merecido, según las leyes de su país, la muerte. Con el corazón rebosante de agradecimiento y alegría, le expliqué a Holmes lo sucedido.

—Así pues, ese pobre diablo ha muerto a causa de la ropa —dijo él—. Al perro le dieron a oler alguna prenda de *sir* Henry. Probablemente la bota que desapareció en el hotel. Y por eso le ha dado caza. Hay, no obstante, algo muy extraño: ¿cómo pudo saber Selden, en la oscuridad, que el sabueso andaba tras su rastro?

—Le oyó.

—Oír a un perro en el páramo no hubiera asustado a un hombre como él hasta el punto de que se expusiera, con sus frenéticos alaridos de socorro, a dejarse capturar de nuevo. Si nos guiamos por sus gritos, corrió todavía mucho rato después de saber que el animal le seguía. ¿Cómo lo supo?

—Para mí es un misterio aún mayor averiguar por qué, dando por supuesto que nuestra hipótesis es correcta...

—Yo nunca doy nada por supuesto.

—Bien, pero ¿por qué dejaron suelta a la bestia precisamente esta noche? Imagino que no anda siempre libre por el páramo. Stapleton no la habría soltado sin tener buenas razones para creer que *sir* Henry iba a estar allí.

—Creo que de ambos misterios el mío es el más difícil, porque muy pronto encontraremos explicación al suyo, mientras que el mío quizá siga siéndolo para siempre. Pero, en estos momentos, nuestro problema consiste en decidir qué vamos a hacer con el cuerpo de este pobre diablo. No podemos abandonarlo sin más a merced de los zorros y de los cuervos.

—Propongo que lo metamos en uno de los refugios hasta que tengamos ocasión de informar a la policía.

—De acuerdo. Seguro que entre los dos podemos trasladarlo. ¡Caramba, Watson! ¿Qué veo? ¡Aquí tenemos a nuestro hombre! ¡No cabe mayor asombro por mi parte ni mayor audacia por la suya! Ni una palabra que revele nuestras sospechas, o mis planes se vendrán abajo.

Una figura se acercaba por el páramo y vi el débil resplandor rojo de un cigarro. La luna brillaba sobre él y pude distinguir el aspecto vivaz y el caminar desenvuelto del naturalista. Stapleton se detuvo un instante al vernos, pero reanudó enseguida la marcha hacia nosotros.

—Vaya, doctor Watson, ¡qué sorpresa! Es usted la última persona que hubiera esperado encontrar en el páramo a estas horas. Pero, Dios mío, ¿qué ocurre? ¿Hay

alguien herido? ¡No! ¡No me digáis que es nuestro amigo *sir* Henry!

Pasó precipitadamente a mi lado y se agachó junto al cadáver. Oí una brusca inspiración y el cigarro se le cayó de la mano.

—¿Quién... quién es este individuo? —tartamudeó.

—Es Selden, el presidiario fugado de Princetown.

Stapleton volvió hacia nosotros un rostro desencajado y espantoso, pero, con un supremo esfuerzo, logró superar su sorpresa y su decepción. Después pasó una mirada inquisitiva de Holmes a mí.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan espantosa! Y ¿cómo ha muerto?

—Parece ser que se ha desnucado al caer desde aquellas rocas. Mi amigo y yo paseábamos por el páramo cuando oímos un grito.

—Yo también oí un grito. Eso fue lo que me sacó de casa. Me preocupé mucho al pensar en *sir* Henry.

—¿Por qué en *sir* Henry? —no pude menos que preguntar.

—Porque le había propuesto que viniese a mi casa. Me sorprendió que no se presentara y, como es lógico, me alarmé al oír gritos en el páramo. Por cierto —sus ojos escudriñaron de nuevo mi rostro y el de Holmes—, ¿han oído ustedes algo más, aparte de ese grito?

—No —dijo Holmes—. ¿Y usted?

—Tampoco.

—En tal caso, ¿a qué se refiere?

—Bueno, ya conoce usted las historias de los campesinos acerca de un perro fantasmal. Aseguran que se le oye de noche en el páramo. Me preguntaba si en esta ocasión habrían oído algo de ese tipo.

—No hemos oído nada —dije.

—Y ¿cuál es su teoría sobre la muerte de ese desdichado?

—No me cabe duda de que la ansiedad y la vida a la intemperie le han hecho perder el juicio. Ha echado a correr enloquecido por el páramo y ha terminado por caer desde allí y desnucarse.

—Parece una teoría muy razonable —dijo Stapleton, con un suspiro que me pareció de alivio—. ¿Cuál es su opinión, señor Holmes?

Mi amigo hizo un gesto con la cabeza.

—Identifica usted muy pronto a las personas —dijo.

—Le hemos estado esperando a usted desde que apareció por aquí el doctor Watson. Ha llegado a tiempo de presenciar una tragedia.

—Así es, en efecto. No tengo la menor duda de que la explicación de mi amigo se ajusta a los hechos. Mañana, cuando regrese a Londres, llevaré conmigo un desagradable recuerdo.

—¿Se marcha usted mañana?

—Esa es mi intención.

—¿No arrojará su visita luz alguna sobre estos acontecimientos que nos tienen tan desconcertados?

Holmes se encogió de hombros.

—Uno no consigue siempre el éxito que se propone. El investigador necesita hechos reales, no leyendas y rumores. No ha sido un caso satisfactorio.

Mi amigo hablaba en tono franco y despreocupado. Pero Stapleton le seguía mirando con fijeza. Después se volvió hacia mí.

—Les propondría que trasladásemos a ese infeliz a mi casa, pero mi hermana se asustaría tanto que no me parece justificado. Podemos cubrirle el rostro con algo, y aquí estará seguro hasta mañana.

Eso hicimos. Tras rechazar la hospitalidad que Stapleton nos ofrecía, Holmes y yo nos encaminamos hacia la Mansión de los Baskerville, dejando que el naturalista regresara solo a su casa.

Al volver la vista atrás, vimos que se alejaba lentamente por el ancho páramo y, a sus espaldas, la negra mancha sobre la pendiente plateada indicaba el punto donde yacía el desdichado que había tenido una muerte tan horrible.





## TENDIENDO LAS REDES

—¡Por fin nos hemos visto cara a cara! —dijo Holmes, mientras caminábamos juntos por el páramo—. ¡Qué sangre fría tiene este hombre! Con qué prontitud se ha recuperado del terrible golpe que ha supuesto para él descubrir que se había equivocado de víctima. Se lo dije en Londres, Watson, y se lo repito ahora: nunca nos hemos enfrentado a un enemigo tan digno de nuestro acero.

—Lamento que le haya visto a usted, Holmes.

—Al principio también lo he lamentado yo. Pero era inevitable.

—¿Qué efecto cree que tendrá sobre sus planes saber que está usted aquí?

—Puede hacerle más cauto o puede empujarle a decisiones desesperadas. Como la mayor parte de criminales inteligentes, quizás confíe demasiado en su ingenio e imagine que nos ha engañado por completo.

—¿Por qué no le apresamos ahora mismo?

—Querido Watson, no hay duda de que nació usted para hombre de acción. Su instinto le lleva siempre a actuar con contundencia. Pero supongamos, como mera hipótesis, que le hacemos arrestar esta noche. ¿Qué sacaríamos con ello? No podemos probar nada contra él. ¡Ahí radica su diabólica astucia! Si se sirviera de un agente humano, podríamos obtener alguna prueba, pero, aunque lográramos sacar a la luz a ese enorme perro, eso no nos ayudaría a ponerle a su dueño una cuerda alrededor del cuello.

—Estoy convencido de que ya disponemos de pruebas suficientes.

—Ni muchísimo menos. Sólo meras suposiciones y conjeturas. Seríamos el hazmerreír de un tribunal si nos presentásemos con semejante historia y semejantes pruebas.

—Tenemos la muerte de *sir* Charles.

—No se encontró en su cadáver la menor señal de violencia. A usted y a mí nos consta que murió de miedo y sabemos también qué fue lo que le asustó, pero ¿cómo vamos a conseguir que les conste también a doce obtusos jurados? ¿Qué señales hay de un perro? ¿Dónde están las huellas de sus colmillos? Sabemos, claro, que un perro no muerde a un cadáver y que *sir* Charles había muerto antes de que el animal le diera alcance. Pero todo esto tenemos que probarlo y no estamos en condiciones de hacerlo.

—¿Y qué me dice de lo sucedido esta noche?

—Pues tampoco hemos adelantado mucho. No existe conexión directa entre el perro y la muerte de Selden. No hemos visto en ningún momento al animal. Lo

hemos oído, cierto, pero no podemos probar que siguiera el rastro del presidiario. Además, carecemos totalmente de un móvil. No, amigo mío, debemos reconocer que en estos momentos no disponemos de las pruebas necesarias, y también que merece la pena correr cualquier riesgo para conseguirlas.

—Y, ¿cómo se propone hacerlo?

—Confío mucho en la ayuda que nos preste la señora Laura Lyons, cuando sepa exactamente cuál es la situación. Cuento además con mi propio plan. A cada día le basta su propio afán. Pero espero que antes de veinticuatro horas habremos ganado la batalla.

No logré que dijera ni una palabra más y siguió perdido en sus pensamientos hasta que llegamos a las puertas de la Mansión de los Baskerville.

—¿Va usted a entrar?

—Sí, no veo razón alguna para seguir ocultándome. Una última advertencia, Watson. No le hable del perro a *sir* Henry. Déjele creer que Selden ha muerto como Stapleton quisiera que lo creyéramos nosotros. Así se enfrentará con más tranquilidad a la dura prueba que le espera mañana, dado que se ha comprometido, si recuerdo bien su informe, a cenar con esa gente.

—Yo debo acompañarle también.

—Pues tendrá que disculparse, porque es preciso que *sir* Henry vaya solo. Lo arreglaremos sin dificultad. Y ahora, si llegamos demasiado tarde para la cena, creo que nos vendrá bien a los dos una cena de medianoche.

*Sir* Henry manifestó más satisfacción que sorpresa al ver a Sherlock Holmes, pues esperaba desde hacía días que los recientes acontecimientos le trajeran desde Londres. Enarcó, sin embargo, las cejas al descubrir que mi amigo llegaba sin equipaje y no daba de ello la menor explicación. Holmes y yo respondimos a sus requerimientos y, después de un tardío tentempié, le explicamos todo aquello que nos pareció conveniente que supiera. Pero antes me incumbió la desagradable tarea de comunicar a Barrymore y a su esposa la noticia de la muerte de Selden. Para el mayordomo quizá fuera un auténtico alivio, pero ella lloró amargamente, cubriéndose el rostro con el delantal. Para el resto del mundo, el presidiario era el prototipo de la violencia, mitad fiera y mitad demonio, pero para ella seguía siendo el muchachito caprichoso de su juventud, el pequeño que se aferraba de su mano. Muy malvado tiene que ser un hombre para que no haya una mujer que llore su muerte.

—He pasado todo el día aburriéndome en casa, desde que Watson se ha ido por la mañana —dijo el *baronet*—. Creo que he demostrado merecer su confianza, pues he cumplido mi promesa. De no haber jurado que no saldría solo, pude pasar una velada más animada, porque Stapleton me envió un recado invitándome a visitarle.

—No me cabe la menor duda de que habría pasado una velada más animada —dijo Holmes con sequedad—. Por cierto, usted ignora que durante un rato hemos estado llorando su muerte, convencidos de que se había desnucado.

*Sir* Henry abrió mucho los ojos.

—¿Cómo ha sido eso?

—El desdichado llevaba puesta su ropa. Temo que el criado que se la dio tenga dificultades con la policía.

—No es probable. Por lo que recuerdo, ninguna de las prendas llevaba marca.

—Es una suerte para él... De hecho es una suerte para todos ustedes, ya que todos han actuado al margen de la ley. Me pregunto si, en mi calidad de detective responsable, mi primer deber no consistiría en arrestar a los habitantes de esta casa. Los informes de Watson son unos documentos sumamente comprometedores.

—Pero ¿qué me dice del caso? —inquirió el *baronet*—. ¿Ha encontrado algún cabo que permita desenredar la madeja? Me parece que ni Watson ni yo sabemos mucho más de lo que sabíamos al llegar de Londres.

—Creo que estaré pronto en condiciones de aclarar en gran parte la situación. Ha sido un asunto extraordinariamente difícil y complejo. Quedan todavía algunos puntos sin dilucidar, pero llegaremos hasta el final.

—Como Watson sin duda le habrá contado, hemos vivido una extraña experiencia. Hemos oído al perro en el páramo, por lo que puedo jurar que no se trata de una mera superstición sin fundamento. Tuve relación con perros salvajes cuando viví en el oeste americano y los reconozco con sólo oírlos. Si es usted capaz de ponerle a éste un bozal y atarlo con una cadena, estaré dispuesto a afirmar que es el mejor detective de todos los tiempos.

—Creo que le pondré el bozal y le ataré con la cadena, siempre que usted me ayude.

—Haré todo lo que me diga.

—De acuerdo. Le pediré además que me obedezca a ciegas, sin preguntar las razones.

—Como usted quiera.

—Si lo hace así, creo que tenemos muchas posibilidades de resolver en breve nuestro problemilla. No me cabe la menor duda...

Holmes se interrumpió de pronto y clavó fijamente, por encima de mi cabeza, la mirada en algo que quedaba detrás de mí. La luz de la lámpara le daba de lleno. Estaba tan embebido, tan absorto y tan inmóvil que su rostro parecía el de una estatua clásica, expectante y alerta.

—¿Qué sucede? —exclamamos *sir* Henry y yo.



Cuando bajó la vista, advertí que reprimía una intensa emoción. Sus facciones mantenían la calma, pero había en sus ojos un centelleo jubiloso y divertido.

—Disculpen la admiración de un experto —dijo, señalando con un gesto la línea de retratos que cubría la pared de enfrente—. Watson se niega a reconocer que yo entienda algo de arte, pero es pura envidia porque nuestras opiniones sobre la materia no coinciden. Le aseguro que tiene usted aquí una excelente colección de retratos.

—Me alegra oírsele decir —admitió *sir* Henry, mirando a mi amigo con cierta sorpresa—. Yo no pretendo saber mucho de estos temas, soy mejor juez en asuntos de caballos o de ganado. Ignoraba que dispusiera usted de tiempo para esas cosas.

—Reconozco lo que es bueno cuando lo veo, y en este momento lo estoy viendo. Juraría que la dama vestida de seda azul es un Kneller, y el fornido caballero de la peluca un Reynolds. Supongo que son retratos de familia.

—Absolutamente todos.

—¿Sabe quiénes eran?

—Barrimore me ha estado dando lecciones y creo estar en condiciones de pasar con éxito el examen.

—¿Quién es el caballero del catalejo?

—El contralmirante Baskerville, que estuvo a las órdenes de Rodney en las Indias Occidentales. El de la casaca azul y el rollo de documentos es *sir* William Baskerville, que presidió varios comités en la Cámara de los Comunes de Pitt.

—¿Y el caballero que tengo ante mí, el del terciopelo negro y los encajes?

—Vaya, a este tiene pleno derecho a conocerle. Es la causa de todos nuestros males, el malvado Hugo, que puso en acción al perro de los Baskerville. No es fácil que nos olvidemos de él.

Yo contemplé el retrato con interés y con cierta sorpresa.

—¡Vaya! —dijo Holmes—. Parece un hombre tranquilo y de buenas maneras, pero me atrevo a afirmar que hay un demonio agazapado en sus ojos. Me lo había imaginado más corpulento y bravucón.

—No existe ninguna duda acerca de la autenticidad del lienzo, porque en el dorso se indican el nombre y la fecha, 1647.

Holmes no dijo apenas nada más, pero el retrato del juerguista de otros tiempos parecía haberle fascinado y no apartó los ojos de él durante la cena. Sólo más tarde, cuando *sir* Henry se retiró a su habitación, pude averiguar la línea de sus pensamientos. Holmes me llevó de nuevo a la sala de banquetes y levantó la vela que llevaba en la mano, para iluminar aquel retrato manchado por el paso del tiempo.

—¿No ve nada especial?

Contemplé el ancho sombrero con plumas, los tirabuzones, el blanco cuello de encaje y las severas facciones enmarcadas por ellos. No era un rostro brutal sino duro y severo, algo afectado, con una boca de labios firmes y delgados, y unos ojos fríos e intolerantes.

—¿Se parece a alguien que usted conozca?

—Hay algo de *sir* Henry en la mandíbula.

—Sí, quizá haya algo. Pero ¡espere un instante!

Holmes se subió a una silla y, levantando la vela con la mano izquierda, dobló el brazo derecho para cubrir con él el sombrero y los largos tirabuzones.

—¡Cielo santo! —grité sin poder ocultar mi asombro.

El rostro de Stapleton había surgido en el lienzo.

—¡Ajá! Ahora sí lo ve usted. Mis ojos están entrenados para estudiar los rostros sin tener en cuenta los adornos. La primera cualidad de un investigador es poder ver a través de un disfraz.

—Es increíble. Podría pasar por un retrato de Stapleton.

—Sí. Es un ejemplo interesante de salto atrás, tanto en el cuerpo como en el espíritu. Basta un estudio de los retratos de familia para convertirse a la doctrina de la reencarnación. Evidentemente este individuo es un Baskerville.

—Y evidentemente tiene intenciones muy concretas respecto a la herencia.

—Exacto. Haberme fijado por azar en este retrato nos ha suministrado un eslabón importante que todavía nos faltaba. Ya es nuestro, Watson, ya es nuestro, y me atrevo a asegurar que antes de mañana por la noche revoloteará en nuestra red, tan impotente como una de sus mariposas. Un alfiler, un corcho, una etiqueta ¡y lo añadiremos a la colección de Baker Street!

Mientras se alejaba del retrato, Holmes estalló en carcajadas. No le he oído reír con frecuencia, pero siempre ha sido un mal presagio para alguien.

Por la mañana me levanté temprano. Sin embargo, Holmes se me había adelantado, porque, mientras yo me vestía, le vi regresar hacia la casa por la avenida.

—Sí, hoy vamos a tener una jornada muy completa —comentó, frotándose las manos ante el placer que le producía entrar en acción—. Las redes han sido tendidas y vamos a tirar de ellas. Antes de acabar el día sabremos si hemos pescado nuestro gran lucio o si se nos ha escapado por entre las mallas.

—¿Ha estado usted ya en el páramo?

—He enviado desde Grimpen un informe de la muerte de Selden al presidio de Princetown. Creo que no les molestarán a ustedes. También me he entrevistado con mi fiel Cartwright, que con toda seguridad se habría dejado morir a la puerta de mi refugio como un perro junto a la tumba de su amo si yo no le hubiera hecho saber que estaba sano y salvo.

—¿Cuál será el próximo paso?

—Ver a *sir* Henry. Ah, ¡aquí le tenemos!

—Buenos días, Holmes —dijo el *baronet*—. Parece usted un general que está trazando el plan de batalla con el jefe de su estado mayor.

—Esa es exactamente la situación. Watson me está pidiendo instrucciones.

—Y lo mismo hago yo.

—Muy bien. Tengo entendido que está invitado a cenar con nuestros amigos los Stapleton.

—Espero que también venga usted. Son personas muy hospitalarias y se alegrarán de verle.

—Mucho me temo que Watson y yo tenemos que regresar a Londres.

—¿A Londres?

—Sí. Creo que en estos momentos somos más necesarios allí que aquí.

La cara del *baronet* se alargó visiblemente.

—Tenía la esperanza de que estuvieran a mi lado hasta el final de esta historia. La mansión y el páramo no son lugares agradables para la soledad.

—Amigo mío, tiene que confiar plenamente en mí y hacer exactamente lo que le diga. Explique a sus amigos que nos hubiera encantado acompañarle, pero que un asunto muy urgente nos ha obligado a volver a Londres. Esperamos regresar enseguida. ¿Se acordará usted de transmitirles este mensaje?

—Puesto que insiste...

—Le aseguro que no hay otra alternativa.

El ceño fruncido del *baronet* me dio a entender que estaba muy dolido, pues creía que nos disponíamos a abandonarle.

—¿Cuándo quiere marcharse? —preguntó con frialdad.

—Inmediatamente después del desayuno. Pasaremos antes por Coombe Tracey, pero mi amigo dejará aquí sus cosas en garantía de que va a regresar. Watson, mándele una nota a Stapleton para comunicarle que lamenta no poder asistir a la cena.

—Me gustaría mucho volver a Londres con ustedes —dijo el *baronet*—. ¿Por qué he de quedarme solo aquí?

—Porque este es su puesto. Y porque usted me ha dado su palabra de que hará cuanto le diga y ahora le estoy diciendo que se quede.

—De acuerdo. En tal caso me quedaré.

—¡Una cosa más! Quiero que vaya en coche a la Casa Merripit. Pero después devuelva el coche y haga saber a sus anfitriones que piensa regresar a pie.

—¿A pie por el páramo?

—Sí.

—Pero ¡si eso es precisamente lo que con tanta insistencia me ha pedido que no haga!

—En esta ocasión podrá hacerlo sin peligro. Si no tuviera total confianza en su serenidad y en su valor, no le pediría algo así, pero es esencial que usted lo haga.

—Lo haré, pues.

—Y, si aprecia en algo su vida, cruce el páramo sin salirse del sendero que lleva directamente desde la Casa Merripit hasta la carretera de Grimpen, que es su camino habitual.

—Haré exactamente lo que me indica.

—Muy bien. Me gustaría salir enseguida después del desayuno, para llegar a Londres a primera hora de la tarde.

A mí me desconcertó mucho aquel programa, pese a recordar que Holmes le había dicho a Stapleton la noche anterior que su visita terminaría al día siguiente. No se me había pasado por la imaginación que quisiera llevarme con él, ni alcanzaba a comprender que ambos pudiéramos estar ausentes en un momento que él mismo

calificaba de crucial. Pero no cabía hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Nos despedimos, por tanto, de nuestro afligido amigo, y dos horas más tarde estábamos en la estación de Coombe Tracey y habíamos despedido al carricoche para que regresara a la mansión. En el andén nos esperaba un muchacho.

—¿Alguna orden, señor?

—Partirás hacia Londres en este tren, Cartwright. En cuanto llegues, envía un telegrama, firmado con mi nombre, a *sir* Henry Baskerville, para decirle que, si encuentra la cartera que he perdido, la envíe a Baker Street por correo certificado.

—Sí, señor.

—Y ahora pregunta en la oficina de la estación si hay algún mensaje para mí.

El muchacho regresó enseguida con un telegrama, que Holmes me pasó a mí. Decía: «Telegrama recibido. Llevo orden de detención en blanco. Llegaré a las diecisiete cuarenta. Lestrade».

—Es la respuesta a mi telegrama de esta mañana —dijo Holmes—. Considero a Lestrade el mejor profesional, y tal vez necesitemos su ayuda. Y ahora, Watson, creo que el modo más provechoso de emplear nuestro tiempo es visitar a su amiga, la señora Laura Lyons.

Su plan de campaña empezaba a perfilarse. Utilizaría al *baronet* para convencer a los Stapleton de que nos habíamos ido, pero en realidad regresaríamos en el momento culminante. Si *sir* Henry mencionaba a los Stapleton el telegrama recibido desde Londres, esto desvanecería sus últimos recelos. Me parecía estar viendo ya cómo nuestras redes se iban cerrando en torno al lucio.

La señora Laura Lyons estaba en su oficina, y Sherlock Holmes inició la entrevista con tal franqueza y de un modo tan directo que quedó desconcertada.

—Estoy investigando las circunstancias que rodean la muerte de *sir* Charles Baskerville —dijo Holmes—. Mi amigo aquí presente, el doctor Watson, me ha transmitido lo que usted le comunicó y también lo que le ocultó en relación con este asunto.

—¿Qué es lo que he ocultado? —pregunto la señora Lyons en tono desafiante.

—Ha confesado que solicitó a *sir* Charles que estuviera en el portillo a las diez. Sabemos que estos fueron el lugar y la hora de su muerte. Usted ha ocultado la conexión que existe entre ambos hechos.

—No existe conexión alguna.

—En tal caso, se trataría de una coincidencia realmente extraordinaria. Pero espero que sí lograremos establecer dicha conexión. Quiero ser totalmente sincero con usted, señora Lyons. Nosotros creemos que se trata de un asesinato, y en las pruebas pueden resultar implicados, no sólo su amigo el señor Stapleton, sino también la esposa de éste.

La mujer se levantó violentamente del asiento.



—¡Su esposa! —gritó.

—Ha dejado de ser un secreto. La persona que pasaba por ser su hermana es en realidad su esposa.

La señora Lyons había vuelto a sentarse. Sus manos apretaban los brazos del sillón, y vi que las uñas sonrosadas estaban ahora blancas por efecto de la presión que aquéllas ejercían.

—¡Su esposa! —repitió—. ¡Su esposa! Él no está casado.

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—¡Demuéstrelo! ¡Demuéstrelo! Y si lo hace...

El feroz brillo de sus ojos fue más elocuente que cualquier palabra.

—He venido preparado —dijo Holmes, mientras se sacaba varios papeles del bolsillo—. Aquí tiene una fotografía de la pareja hecha en York hace cuatro años. Al dorso lleva escrito «Señor y señora Vandeleur», pero le será fácil identificar a Stapleton, y a su presunta hermana si la conoce de vista. Dispongo también de tres testimonios escritos, que proceden de personas de confianza, donde describen al señor y a la señora Vandeleur en la época en que se ocupaban del colegio Saint Oliver. Léalos y dígame si le queda alguna duda sobre la identidad de estas personas.

La señora Lyons examinó los papeles y después levantó hacia nosotros el rostro contraído y resuelto de una mujer desesperada.

—Señor Holmes —dijo—, este hombre me había propuesto casarse conmigo si yo conseguía el divorcio. El muy canalla me ha mentido de todas las formas imaginables. Ni una sola de las cosas que me dijo era verdad. Y ¿para qué, para qué? Yo creía que lo hacía todo por mí. Pero ahora veo que sólo he sido un instrumento en sus manos. ¿Por qué tendría yo que guardarle lealtad cuando él no ha sido leal conmigo jamás? ¿Por qué tendría que protegerlo de las consecuencias de sus maldades? Pregúnteme lo que quiera, y no le ocultaré nada. Una cosa sí le juro, y es que cuando escribí la carta no tenía ni idea de que causaba el menor daño al anciano caballero que había sido el más bondadoso de mis amigos.

—La creo, señora —dijo Sherlock Holmes—. Y, como el relato de todos estos acontecimientos podría ser para usted muy doloroso, quizá le resulte más fácil escuchar el que haga yo y corregirme cuando cometa un error importante. ¿Fue Stapleton quién sugirió el envío de la carta?

—Él me la dictó.

—Supongo que dio para ello la razón de que usted recibiría ayuda de *sir* Charles para los gastos del divorcio.

—Exacto.

—Y supongo que, después de enviada la carta, la disuadió de que acudiera a la cita.

—Me dijo que heriría su amor propio que otro hombre me proporcionara el dinero para dicho fin y que, a pesar de su pobreza, consagraría hasta el último penique a apartar los obstáculos que se interponían entre nosotros.

—Por lo visto era un hombre muy coherente. ¿Y no supo usted nada más hasta que leyó en el periódico la noticia de la muerte de *sir* Charles?

—No.

—¿Le hizo jurar también que no diría nada acerca de la cita?

—Sí. Dijo que se trataba de una muerte muy misteriosa y que, si se conocían los hechos, sospecharían de mí. Me asustó para que guardase silencio.

—Entiendo. Pero usted sospechaba algo, ¿verdad?

La señora Lyons vaciló y bajó los ojos.

—Yo sabía cómo era él —dijo finalmente—. Pero, si no me hubiese engañado, yo le habría permanecido siempre fiel.

—Creo que, bien mirado, puede considerarse usted una mujer con suerte al salir tan bien librada —dijo Sherlock Holmes—. Tenía a Stapleton en su poder, él lo sabía y, sin embargo, sigue viva. Lleva meses caminando al borde del abismo. Ahora vamos a despedirnos de usted, pero es probable que tenga pronto noticias nuestras.

Mientras esperábamos la llegada del expreso procedente de Londres, Holmes dijo:

—El caso se está cerrando y poco a poco desaparecen las dificultades. Pronto dispondré de un relato coherente de uno de los crímenes más singulares y extraños de nuestro tiempo. Los estudiosos de criminología recordarán los incidentes análogos de Grodno, Pequeña Rusia, el año 1866, y también, por supuesto, los asesinatos de Anderson en Carolina del Norte, aunque el presente caso posee algunos rasgos específicamente suyos. Pero todavía carecemos, incluso ahora, de pruebas concluyentes contra ese hombre tan astuto. Mucho me sorprendería, sin embargo, que, antes de que nos acostemos esta noche, no haya quedado todo claro.

El expreso de Londres entró rugiendo con estrépito en la estación, y un hombrecillo musculoso con aspecto de bulldog saltó del vagón de primera clase. Nos estrechamos las manos y advertí enseguida, por la forma reverente con que Lestrade miraba a mi compañero, que había aprendido mucho desde los tiempos en que trabajaron juntos por primera vez. Yo recordaba perfectamente el desprecio que despertaban en el hombre empírico las teorías del hombre razonador.

—¿Tenemos algo especial entre manos? —preguntó.

—Lo más grande en años —dijo Holmes—. Disponemos de dos horas antes de ponernos en camino. Creo que podríamos emplearlas en comer algo, y después, Lestrade, le limpiaremos la garganta de la niebla de Londres proporcionándole unas bocanadas del aire puro de las noches de Dartmoor. ¿No ha estado nunca en el páramo? Ah, muy bien, no creo que olvide nunca su primera visita.



## EL PERRO DE LOS BASKERVILLE

Uno de los defectos de Sherlock Holmes —si puede calificarse de defecto— era lo mucho que se resistía a comunicar sus planes a los demás antes de ponerlos en práctica. Esto obedecía, sin duda, a su carácter autoritario, que le empujaba a dominar y a sorprender a cuantos le rodeaban. En parte obedecía también a su reserva profesional, que le llevaba siempre a reducir los riesgos al mínimo. Las consecuencias resultaban, no obstante, muy molestas para quienes actuaban como sus agentes o colaboradores. Yo ya las había padecido con frecuencia, pero nunca me habían hecho sufrir tanto como durante aquel largo trayecto en la oscuridad. Nos enfrentábamos a la gran prueba, íbamos a librar por fin la batalla decisiva, y Holmes no había dicho nada, de modo que sólo cabían conjeturas sobre cuál sería su línea de acción. Mis nervios vibraron anticipadamente cuando el frío viento en el rostro y los oscuros espacios vacíos a ambos lados del sendero nos anunciaron que volvíamos a estar en el páramo. Cada paso de los caballos y cada giro de las ruedas nos acercaba a la aventura suprema.

La presencia del conductor coartaba nuestra conversación, y nos veíamos obligados a hablar de temas triviales, mientras la emoción y la espera tensaban nuestros nervios. Tras esta forzada reserva, supuso un alivio para mí dejar atrás la casa de Frankland y saber que nos acercábamos a la Mansión de los Baskerville y al escenario de la acción. En lugar de llegar en coche hasta el edificio, nos apeamos cerca del portón donde daba comienzo la avenida. Pagamos al cochero y le ordenamos que regresara a Coombe Tracey, mientras nosotros nos poníamos en camino hacia la Casa Merripit.

—¿Va usted armado, Lestrade?

—Siempre que llevo pantalones, llevo bolsillo trasero, y, siempre que llevo bolsillo trasero, llevo algo metido en él.

—¡Eso está bien! También mi amigo y yo venimos preparados para cualquier emergencia.

—Se muestra usted muy reservado acerca de este asunto, señor Holmes. ¿A qué va a jugar ahora?

—Al juego de la espera.



—¡Vive Dios que este lugar no es precisamente alegre! —dijo el detective con un estremecimiento, mientras contemplaba las melancólicas laderas de la colina y el enorme lago de niebla que yacía sobre la gran ciénaga de Grimpen—. Veo las luces de una casa delante de nosotros.

—Es la Casa Merripit y el final de nuestro trayecto. Les ruego que caminen de puntillas y hablen en voz muy baja.

Avanzamos con gran cautela por el sendero, camino de la casa, pero Holmes nos

detuvo cuando nos encontrábamos a unas doscientas yardas.

—Aquí estamos bien —dijo—. Las rocas de la derecha nos proporcionan una estupenda mampara protectora.

—¿Esperaremos aquí?

—Sí. Dispondremos aquí nuestra pequeña emboscada. Lestrade, métase en ese hoyo. Usted, Watson, ha estado dentro de la casa, ¿no es cierto? ¿Puede localizar la posición de las habitaciones? ¿A qué corresponden las ventanas enrejadas del extremo?

—Creo que a la cocina.

—¿Y la que queda un poco más allá, la que está tan bien iluminada?

—Se trata sin duda del comedor.

—Las persianas están abiertas. Usted es quien mejor conoce el terreno. Aproxímese con sigilo y vea qué hacen, pero, por todos los santos, ¡que no descubran que les estamos vigilando!

Avancé de puntillas por el sendero y me agazapé tras el muro de poca altura que rodeaba el huerto. Aprovechando su protección, me deslicé hasta un punto que me permitía mirar directamente por la ventana.

En la habitación sólo había dos hombres, *sir* Henry y Stapleton. Estaban sentados a ambos lados de la mesa redonda, de perfil a mí. Ambos fumaban cigarros y tenían delante café y una copa de licor. Stapleton hablaba con animación, pero el *baronet* estaba pálido y ausente. Quizá la idea del paseo solitario a través del páramo pesaba sobre su ánimo.

Mientras yo les observaba, Stapleton se puso en pie y salió de la habitación. *Sir* Henry volvía a llenar su copa y se recostó en la silla, dando chupadas al cigarro. Oí el chirrido de una puerta y el nítido ruido de unas botas sobre la grava. Los pasos recorrieron el sendero, al otro lado del muro que me cobijaba. Alcé un poco los ojos, y vi que el naturalista se detenía ante la puerta de una de las dependencias exteriores de la casa, situada en un rincón del huerto. Oí girar una llave y, al entrar Stapleton, sonó un extraño rumor en el interior. No permaneció allí más de un minuto. Después oí girar de nuevo la llave en la cerradura. El naturalista pasó junto a mí y regresó a la casa. Vi que se reunía con su invitado, gateé en silencio hasta donde me esperaban mis compañeros y les conté lo que había visto.

—Dice usted, Watson, que la señora no está en el comedor —inquirió Holmes cuando terminé mi informe.

—No.

—¿Dónde puede estar? No hay luz en ninguna otra habitación, si exceptuamos la cocina.

—No tengo ni idea.

Ya he mencionado que sobre la gran ciénaga de Grimpen flotaba una espesa niebla blanca. Avanzaba lentamente en nuestra dirección y se apelotonaba ante nosotros como un muro de poca altura, pero denso y de contornos definidos. La luna

lo iluminaba desde lo alto, y el muro parecía un gran témpano de hielo, con las crestas de los lejanos riscos descansando como pedruscos sobre su superficie. Holmes estaba mirando la niebla y rezongó con impaciencia al ver su lento derivar.

—Viene hacia nosotros, Watson.

—¿Y esto es grave?

—Ya lo creo. De hecho es lo único que puede desbaratar mis planes. El *baronet* no tardará mucho en irse. Son las diez. Nuestro éxito, e incluso su vida, dependen tal vez de que salga antes de que la niebla cubra el sendero.

La noche era clara y serena. Las estrellas lucían frías y brillantes, y la media luna bañaba la escena con una luz suave e imprecisa. Ante nosotros se alzaba la masa oscura de la casa, con el tejado dentado y las chimeneas violentamente recortadas contra el cielo de plata. Anchas franjas de luz dorada, procedentes de las ventanas de la planta baja, se alargaban por el huerto y por el páramo. Una de las ventanas se cerró de repente. Los criados habían abandonado la cocina. Sólo quedaba encendida la lámpara del comedor, donde los dos hombres, el criminal anfitrión y el incauto invitado, seguían conversando y fumando sus cigarrillos.

A cada minuto que transcurría, la algodonosa masa blanca que cubría la mitad del páramo se iba acercando más a la casa. Los primeros filamentos se rizaron ante el rectángulo dorado de la ventana iluminada. La valla más distante del huerto era ya invisible, y los árboles flotaban en un remolino de blanco vapor. Ante nuestros ojos, los tirabuzones de niebla rodearon los dos ángulos de la casa y se fueron espesando, hasta que el piso superior y el tejado flotaron como una extraña embarcación sobre un mar de sombras. Holmes golpeó irritado la roca que nos ocultaba, y pateó el suelo con impaciencia.

—Si nuestro amigo se demora más de un cuarto de hora, la niebla habrá invadido el sendero. Y dentro de media hora no veremos ni nuestras propias manos.

—¿Y si retrocediéramos a un punto más elevado?

—Sí, creo que será lo mejor.

Así pues, mientras el banco de niebla fluía hacia delante, nosotros nos fuimos alejando hasta una media milla de la casa. Pero el denso mar blanco, con la superficie plateada por la luna, siguió su avance lento e inexorable.

—Nos estamos alejando demasiado —dijo Holmes—. No podemos correr el riesgo de que *sir* Henry sea alcanzado antes de llegar a un punto donde podamos prestarle ayuda. Hay que mantener a toda costa esta posición —se dejó caer de rodillas y pegó un oído al suelo—. Gracias a Dios, me parece que le oigo venir.

El ruido de unos pasos apresurados rompió el silencio en el páramo. Agazapados entre los peñascos, clavamos la mirada en el borde plateado del mar que se extendía ante nosotros. El ruido de las pisadas se intensificó, y, a través de la niebla, como a través de una cortina, emergió el hombre al que esperábamos. Miró sorprendido a su

alrededor, al encontrarse en la noche clara y estrellada. Después caminó aprisa sendero adelante, pasó muy cerca de nosotros y empezó a ascender la larga pendiente que quedaba a nuestras espaldas. Mientras caminaba, miraba continuamente hacia atrás, como alguien que se siente inquieto.

—¡Atención! —gritó Holmes, y oí el nítido chasquido de un revólver al ser amartillado—. ¡Cuidado! ¡Ya viene!

Desde el interior de la reptante masa blanca llegó hasta nosotros un tamborileo ligero, brusco, continuado. La niebla se hallaba a cincuenta yardas de nuestro escondrijo y los tres la contemplamos atónitos, ignorando qué horror iba a brotar de un momento a otro de sus entrañas. Yo estaba junto a Holmes y me volví un instante hacia él. Le vi pálido y exultante, y los ojos le brillaban vivamente a la luz de la luna. Pero de repente su mirada adquirió una extraña fijeza y su boca se abrió de asombro. Lestrade dejó escapar un grito de terror y se tiró de bruces al suelo. Me puse en pie de un salto, con la mano inerte en la pistola, paralizado por aquella forma espantosa que se abalanzaba hacia nosotros desde las sombras de la niebla. Era un perro, sí, un perro enorme, negro como el carbón, pero distinto a cualquier perro que hubieran visto nunca ojos humanos. Brotaba fuego de su boca abierta y había un brillo apagado en sus ojos. Un fulgor intermitente le iluminaba el hocico, la papada y el cuello. Ni en las pesadillas delirantes de un cerebro enloquecido pudo aparecer nunca algo más feroz, más horroroso, más infernal, que aquella forma oscura y salvaje que se precipitaba sobre nosotros desde la niebla.

La monstruosa criatura avanzaba a saltos por el sendero, sin desviarse un ápice de los pasos de nuestro amigo. Quedamos hasta tal punto paralizados por su aparición que había pasado ya de largo junto a nosotros antes de que recuperáramos el control de nuestros movimientos. Entonces Holmes y yo disparamos al unísono y la bestia lanzó un espantoso aullido, revelando que al menos uno de nuestros proyectiles la había alcanzado. Sin embargo, lejos de detenerse, siguió avanzando a grandes saltos. A lo lejos, en el camino, vimos que *sir* Henry se volvía con el rostro pálido a la luz de la luna, y alzaba las manos en un gesto de horror, mientras contemplaba impotente al ser horrendo que le daba alcance.

Pero el aullido de dolor del animal había disipado todos nuestros temores. Si aquella criatura era vulnerable, tenía que ser también mortal, y, si habíamos sido capaces de herirla, también seríamos capaces de matarla. Nunca he visto correr a nadie como corrió Holmes aquella noche. Se me considera veloz, pero mi amigo me sacó tanta ventaja como yo al detective bajito. Mientras volábamos por el sendero oíamos, delante de nosotros, los sucesivos alaridos de *sir* Henry y los sordos rugidos del animal. Pude ver que éste saltaba sobre su víctima, la arrojaba al suelo y le buscaba la garganta. Pero un instante después, Holmes había vaciado el cargador de su revólver contra el costado de la fiera. Con un último aullido de dolor y otra feroz dentellada al aire, el perro cayó de espaldas, agitando furioso las cuatro patas, hasta quedar finalmente inmóvil. Yo me detuve jadeante a su lado y aproximé la pistola a la



horrible cabeza luminosa, pero ya no hacía falta apretar el gatillo. El gigantesco sabueso había muerto.

*Sir Henry* yacía inconsciente en el lugar donde había caído. Le rasgamos el cuello de la camisa y Holmes dio entre dientes gracias a Dios al ver que no había rastro de heridas y que habíamos llegado a tiempo. Poco después nuestro amigo parpadeó e intentó moverse. Lestrade le acercó su botella de *brandy* a los labios, y dos ojos aterrorizados se alzaron hacia nosotros.

—¡Dios mío! —susurró el *baronet*—. ¿Qué era esto? En nombre del cielo, ¿qué era esto?

—Fuera lo que fuese, está muerto —dijo Holmes—. Hemos acabado de una vez por todas con el fantasma de los Baskerville.



El tamaño y la fortaleza bastaban para convertir en una criatura terrible a aquella que yacía ante nosotros. No era un sabueso de pura raza, ni era tampoco un mastín de pura raza. Parecía una mezcla de los dos: enjuto, salvaje y del tamaño de una pequeña leona. Incluso ahora, en la inmovilidad de la muerte, brotaba de las voluminosas mandíbulas una llama azulada, y un círculo de fuego rodeaba los ojillos hundidos y crueles. Toqué con una mano el hocico luminoso y, al retirarla, vi que mis propios dedos brillaban como brasas en la oscuridad.

—Fósforo —dije.

—Un ingenioso preparado a base de fósforo —dijo Holmes, acercándose a olisquear al perro—. Inodoro para no perjudicar la capacidad olfativa. Le debemos mil disculpas, *sir* Henry, por haberle expuesto a algo tan espantoso. Yo estaba preparado para enfrentarme a un perro, pero no a una criatura como esta. Y la niebla no nos ha dejado casi tiempo para darle el recibimiento que merecía.

—Me han salvado la vida.

—Tras haberla puesto en peligro. ¿Está lo bastante fuerte para levantarse?

—Denme otro trago de este *brandy* y estaré lo bastante fuerte para lo que sea. ¡Bien! Ahora ayúdenme a incorporarme. ¿Qué se propone hacer, señor Holmes?

—Dejarlo a usted aquí. No está en condiciones de correr más aventuras esta noche. Si espera un poco, uno de nosotros volverá a buscarle y le acompañará a la mansión.

El *baronet* logró ponerse en pie con dificultad, pero seguía mortalmente pálido y temblaba de la cabeza a los pies. Le ayudamos a llegar hasta una roca, donde se sentó tiritando y ocultando el rostro entre las manos.

—Ahora tenemos que dejarle —dijo Holmes—. Es preciso terminar el trabajo y cada minuto cuenta. Tenemos resuelto el caso y sólo nos falta el hombre. Hay una probabilidad entre mil de que le encontremos en la casa —siguió diciendo mi amigo mientras regresábamos a toda prisa por el camino—. Los disparos le habrán hecho saber que la partida había terminado.

—Estábamos un poco lejos y la niebla ha podido amortiguar el ruido.

—Tenga la certeza de que él seguía al perro para llevárselo cuando terminara su misión. No, no, ¡se habrá marchado ya! Pero registraremos la casa para asegurarnos.

La puerta principal estaba abierta, de modo que irrumpimos en la casa y corrimos de habitación en habitación, ante el asombro del viejo y tembloroso criado que encontramos en el pasillo. Sólo había luz en el comedor, pero Holmes cogió la lámpara y no dejó rincón sin explorar. No vimos ni rastro del hombre al que perseguíamos. Descubrimos, no obstante, que uno de los dormitorios del piso superior estaba cerrado con llave.

—¡Aquí dentro hay alguien! —gritó Lestrade—. Oigo ruido. ¡Abran la puerta!

Del interior brotaban débiles gemidos y crujidos. Holmes dio una patada justo encima de la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Los tres nos precipitamos pistola

en mano en la habitación.

Dentro tampoco había rastro del canalla despiadado y desafiante que esperábamos encontrar. Había, en cambio, algo tan extraño e insospechado que quedamos por unos instantes petrificados de asombro.

La habitación estaba dispuesta como un pequeño museo y a lo largo de las paredes se alineaban las vitrinas que exhibían la colección de mariposas y polillas que aquel hombre tan complejo y peligroso capturaba por afición. En el centro se alzaba un pilar, colocado allí en algún momento para sostener la viga, vieja y carcomida, que sostenía la techumbre. Al pilar estaba atada una figura, tan envuelta y oculta tras las sábanas con que la habían amarrado que era imposible decir si se trataba de un hombre o de una mujer. Una toalla, anudada por detrás al pilar, le rodeaba la garganta. Otra le cubría la parte inferior del rostro, y, por encima de ella, nos miraban dos ojos oscuros, llenos de dolor, de vergüenza y de terribles interrogantes. Nos bastó un minuto para arrancarle la mordaza y soltar las ligaduras, y la señora Stapleton cayó al suelo delante de nosotros. Al doblarse la hermosa cabeza sobre su pecho, vi que el cardenal rojo y reciente de un latigazo le cruzaba la garganta.

—¡Qué bruto! —exclamó Holmes—. ¡Lestrade, por favor, el frasco de *brandy*! ¡Siéntenla en esta silla! Se ha desmayado a causa de los malos tratos y de la fatiga.

La señora Stapleton volvió a abrir los ojos.

—¿Está a salvo? —inquirió—. ¿Ha logrado escapar?

—No se nos escapará, señora.

—No, no. No me refiero a mi marido. ¿Está *sir* Henry a salvo?

—Sí.

—¿Y el perro?

—Ha muerto.

La mujer dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios. ¡El muy canalla! Vean cómo me ha tratado —retiró las mangas del vestido para enseñarnos los brazos y vimos con horror que estaban llenos de magulladuras—. Pero esto no es nada, ¡nada! Lo que ha torturado y profanado ha sido mi alma y mi mente. Lo soporté todo, los malos tratos, la soledad, el desengaño, todo, mientras aún podía aferrarme a la esperanza de que seguía contando con su amor, pero ahora sé que también en esto me ha engañado y que no he sido más que un instrumento para él.

Unos sollozos apasionados interrumpieron sus palabras.

—No tiene usted motivo alguno para protegerle —dijo Holmes—. Díganos, pues, dónde podemos encontrarle. Si en alguna ocasión le ha ayudado a hacer el mal, ayúdenos ahora a nosotros y compensara así su culpa.

—Sólo hay un lugar al que puede haber escapado —respondió ella—. Existe una vieja mina de estaño en una isla situada en el corazón de la ciénaga, donde encerraba a su perro y se había preparado un refugio por si alguna vez lo necesitaba. Se habrá dirigido allí.

El banco de niebla se pegaba a la ventana como una masa de lana blanca. Holmes proyectó hacia ella la luz de la lámpara.

—Mire —dijo—. En una noche como esta nadie es capaz de orientarse dentro de la ciénaga de Grimpen.

La señora Stapleton empezó a reír y a dar palmadas. Sus ojos y sus dientes brillaron con feroz regocijo.

—Tal vez encuentre el camino de entrada, pero no encontrará el de salida —exclamó—. ¿Cómo va a distinguir las varitas que le sirven de guía? Las colocamos juntos, para señalar la senda que cruza la ciénaga. ¡Ah, si yo hubiera podido arrancarlas hoy! Entonces lo tendrían ustedes con seguridad a su merced.

Evidentemente era inútil proseguir la persecución antes de que se levantara la niebla. Dejamos a Lestrade custodiando la casa, y Holmes y yo regresamos a la mansión con el *baronet*. Ya no podíamos seguir ocultándole la historia de los Stapleton, pero él aguantó valerosamente el golpe cuando supo la verdad acerca de la mujer que había amado. Sin embargo, el choque que le habían producido las aventuras de aquella noche habían destrozado sus nervios, y antes de que llegara el amanecer estaba delirando con una fiebre muy alta, atendido por el doctor Mortimer. Ambos viajarían alrededor del mundo, hasta que *sir* Henry volviera a ser el hombre robusto y entusiasta que fuera antes de entrar en posesión de aquella herencia nefasta.

Ya sólo me resta llegar rápidamente al desenlace de este relato singular, donde he intentado que el lector compartiera los oscuros temores y las vagas conjeturas que ensombrecieron durante semanas nuestras vidas y que tuvieron tan trágico final.

La mañana que siguió a la muerte del sabueso, se levantó la niebla y la señora Stapleton nos condujo hasta el punto donde ella y su esposo habían encontrado un camino para penetrar en el pantano. El afán y la alegría con que aquella mujer nos puso tras la pista de su marido nos ayudó a comprender los horrores de su vida en común. La dejamos en la estrecha lengua de tierra firme, de turba, que acababa desapareciendo en la ciénaga. A partir de allí, unas varitas hincadas en el suelo mostraban el sendero, que zigzagueaba de juncal en juncal, entre las pozas llenas de sucio verdín y los pestilentes cenagales que cerraban el paso a los intrusos. Los abundantes juncos y las exuberantes y pegajosas plantas acuáticas nos lanzaban al rostro un olor a putrefacción y un pesado vapor de miasmas. Y al menor paso en falso nos hundíamos hasta los muslos en el oscuro fango tembloroso, que se estremecía en suaves ondulaciones alrededor de nuestros pies. Tiraba tenaz de nuestros talones mientras avanzábamos y, cuando nos hundíamos en él, parecía que una mano malévolamente quisiera arrastrarnos hacia aquellas horribles profundidades, ¡tan deliberada y tan intensa era la fuerza que nos sujetaba! Sólo en un punto comprobamos que alguien había seguido aquella senda tan peligrosa antes que nosotros. De un matorral de juncias que lo mantenía fuera del fango sobresalía un objeto oscuro. Holmes se hundió hasta la cintura al abandonar el camino para cogerlo y, de no haber estado nosotros allí para ayudarlo, jamás hubiera vuelto a poner el pie en tierra firme. Alzó

en el aire una vieja bota de color negro. «Meyers, Toronto», se leía en el interior de cuero.

—El baño de barro ha merecido la pena —dijo Holmes—. Es la bota que le desapareció a nuestro amigo *sir* Henry.

—Y que Stapleton arrojó aquí en su huida.

—Exacto. Siguió con ella tras utilizarla para poner al perro tras la pista del *baronet*. Escapó, al comprender que había perdido la partida, empuñándola todavía en la mano. Y la tiró aquí. Ahora sabemos que llegó al menos hasta este punto.

Pero no íbamos a saber nada más, aunque pudiéramos deducir muchas cosas. No existía posibilidad de encontrar huellas en el pantano, porque el barro las recubría de inmediato, pero, cuando por fin llegamos a tierra firme, las buscamos ávidamente. Nunca descubrimos el menor rastro. Si lo que nos decía la tierra era cierto, Stapleton no alcanzó la isla donde quiso refugiarse y a la que intentó llegar aquella última noche entre la niebla. En algún lugar del corazón de la gran ciénaga, envuelto en el fétido limo del enorme pantano que se lo tragó, está sepultado para siempre aquel hombre de corazón frío y despiadado.

En la isla de la ciénaga, allí donde Stapleton escondía a su aliado, encontramos muchos rastros. Una enorme rueda motriz y un pozo lleno a medias de escombros señalaban la posición de una mina abandonada. Al lado se veían los derruidos restos de las chozas de los mineros, ahuyentados sin duda finalmente por el hedor que los rodeaba. En una de ellas, una argolla fijada a la pared y una cadena, además de un montón de huesos roídos, mostraban el lugar donde el animal estuvo confinado. Entre los restos encontramos un esqueleto que tenía adheridos unos mechones castaños.

—¡Un perro! —exclamó Holmes—. ¡Sin duda un *spaniel* de pelo rizado! El pobre Mortimer no volverá a ver a su amiguito. Bien, no creo que este lugar albergue ningún secreto que no hayamos descubierto ya. Stapleton consiguió ocultar a su perro, pero no consiguió acallar su voz, y de ahí aquellos aullidos, que incluso durante el día resultaban tan desagradables. Si era necesario, podía encerrarlo en una dependencia de Merripit, pero esto suponía un riesgo, y sólo el gran día, el día en que creyó que iban a culminar todos sus esfuerzos, se atrevió a hacerlo. La pasta que hay en esta lata es sin duda la mezcla luminosa con que embadurnaba al animal. La idea se la sugirió, claro está, la leyenda del perro infernal y el propósito de matar de un susto al anciano *sir* Charles. No me sorprende que el pobre diablo de Selden corriera y gritara, como lo ha hecho nuestro amigo y como lo habríamos hecho nosotros, al ver que semejante criatura le seguía a saltos por la oscuridad del páramo. La estratagema era muy astuta. Además de la posibilidad de provocar la muerte de la víctima, ¿qué campesino se arriesgaría a intentar averiguar la naturaleza de semejante criatura, en caso de que, como sucedió a muchos, la viera por el páramo? Lo dije en Londres, Watson, y lo repito ahora: nunca hemos contribuido a acabar con un hombre tan peligroso como el que aquí yace sepultado.

Y Holmes abarcó con un amplio gesto de su largo brazo la inmensa extensión de

la ciénaga, salpicada de manchas verdes, que se prolongaba a lo lejos hasta fundirse con las rojizas colinas del páramo.



## UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Una noche cruda y brumosa de finales de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados a ambos lados de un fuego muy vivo en nuestra sala de Baker Street. Después del trágico desenlace de nuestra visita a Devonshire, mi amigo había intervenido en dos asuntos de extraordinaria importancia. En el primero puso al descubierto la odiosa conducta del coronel Upwood en relación con el famoso escándalo de juego del Club Nonpareil, mientras que en el segundo defendió a *madame* Montpensier de la acusación de asesinato que pesaba sobre ella en relación con la muerte de su hijastra, *mademoiselle* Carère, una joven que, como se recordará, apareció seis meses más tarde en Nueva York, con vida y casada. Mi amigo se hallaba de excelente humor debido a los éxitos que le habían acompañado en una sucesión de casos difíciles e importantes, y eso me ayudó a inducirle a revisar conmigo los detalles del misterio de Baskerville. Yo había esperado pacientemente a que se presentara una oportunidad, porque sabía que Holmes no permitía que unos casos se superpusieran a otros, ni que su mente, tan clara y tan lógica, abandonara el trabajo presente para ocuparse de recuerdos del pasado. Pero *sir* Henry y el doctor Mortimer se encontraban en Londres, a punto de emprender el largo viaje que le habían recomendado al *baronet* para reponer sus nervios quebrantados, y nos habían visitado aquella misma tarde, lo que me permitió sacar a relucir el tema con toda naturalidad.

—Desde el punto de vista del individuo que se hacía llamar Stapleton —dijo Holmes—, el curso de los acontecimientos era claro y sencillo, aunque para nosotros, que al comienzo carecíamos de elementos para saber el móvil de sus acciones y sólo conocíamos los hechos de modo parcial, resultara extraordinariamente complejo. Yo me he beneficiado además de dos conversaciones con la señora Stapleton, y ahora el caso está totalmente resuelto y no tiene para nosotros ningún secreto. En el apartado B de mi índice de casos, encontrará unas notas sobre este asunto.

—Quizá sea usted tan amable de esbozar de memoria un resumen del curso de los acontecimientos.

—Por supuesto que sí, aunque no garantizo que lo conserve todo en mi memoria. La intensa concentración mental borra de un modo curioso el pasado. El abogado que conoce al dedillo su caso y es capaz de discutirlo con expertos descubre que bastan una semana o dos de un trabajo distinto para que su recuerdo se desvanezca. De igual modo, cada uno de mis casos desplaza al anterior, y *mademoiselle* Carère ha difuminado mis recuerdos de la Mansión de los Baskerville. Mañana se me pedirá



que me ocupe de otro problemilla, que a su vez eliminará a la hermosa francesa y al infame Upwood. Por lo que se refiere al caso del perro, le expondré lo más exactamente que pueda los acontecimientos y, si olvido algo, usted me lo indicará.



»Mis averiguaciones han demostrado sin lugar a dudas que el retrato de familia no mentía y que el individuo era, en efecto, un Baskerville. Era hijo de aquel Rodger Baskerville, el hermano menor de *sir* Charles, que escapó, con una siniestra reputación, a Sudamérica, donde se dijo que había muerto soltero. Pero lo cierto es que contrajo matrimonio y que tuvo un único hijo, nuestro hombre, que recibió el

mismo nombre de su padre y se casó a su vez con Beryl García, una de las bellezas de Costa Rica. Tras malversar una considerable suma de los fondos públicos, cambió su apellido por el de Vandeleur y huyó a Inglaterra, donde abrió un colegio en la zona este de Yorkshire. La razón para que eligiera ese tipo de negocio obedecía a que, durante el viaje de regreso, había conocido a un profesor tuberculoso, y utilizó su gran pericia profesional para el éxito de la empresa. Sin embargo, Fraser, dicho profesor, murió, y el colegio, que tan bien había comenzado, cayó primero en el desprestigio y después en el más vergonzoso descrédito. Los Vandeleur juzgaron conveniente cambiar de nuevo su apellido, en esta ocasión por el de Stapleton, y se trasladaron, con lo que restaba de su fortuna, sus planes para el futuro y su afición a la entomología, al sur de Inglaterra. He averiguado en el Museo Británico que era considerado una autoridad en la materia, y que se ha bautizado a cierta polilla con el nombre de Vandeleur, ya que fue el primero en describirla durante su estancia en Yorkshire.

»Y llegamos a la parte de su vida que tanto interés ha tenido para nosotros. Stapleton hizo sin duda averiguaciones y descubrió que sólo dos vidas le separaban de una valiosa herencia. Creo que cuando se trasladó a Devonshire sus proyectos eran todavía bastante vagos, pero haberse llevado con él a su esposa, haciéndola pasar por su hermana, demuestra que desde el principio sus intenciones eran malignas. La idea de utilizarla como señuelo estaba ya en su mente, aunque no supiera aún con claridad cómo iba a organizar los detalles del plan. Al final del camino se hallaba la herencia de los Baskerville y él estaba dispuesto a servirse de cualquier instrumento y a correr cualquier riesgo para conseguirla. El primer paso fue instalarse lo más cerca posible del hogar ancestral, y el segundo, cultivar la amistad de *sir* Charles Baskerville y de sus vecinos.

»Fue el *baronet* quien le contó la historia del perro, cavando así, sin saberlo, su propia tumba. Stapleton, como seguiré llamándole, sabía que el anciano andaba mal del corazón y que cualquier emoción fuerte podía matarle. La información procedía del doctor Mortimer. También había averiguado que *sir* Charles era supersticioso y que se tomaba muy en serio la vieja leyenda familiar. Su ingenio le sugirió de inmediato un modo para acabar con la vida del *baronet* sin que existiera la menor posibilidad de que se culpara al verdadero asesino.

»Una vez concebida la idea, procedió a llevarla a cabo con notable habilidad. Un maquinador vulgar se hubiera contentado con un perro suficientemente feroz. El empleo de recursos artificiales para convertirlo en un ser diabólico fue por su parte un destello de genialidad. Compró el perro en Londres, en Ross and Mangles, que tiene su establecimiento en Fulham Road. Era el animal más fuerte y más feroz de que disponían. Para llevarlo a casa sin despertar sospechas, utilizó el tren de North Devon y recorrió luego a pie una gran distancia por el páramo. En aquel entonces, y gracias a sus expediciones para cazar insectos, había descubierto el modo de adentrarse en la ciénaga de Grimpen y había encontrado un escondite seguro para el animal. Lo

instaló en él y esperó a que se presentara la oportunidad.

»Ésta, sin embargo, tardaba en llegar. De noche era imposible sacar de su casa al anciano. Stapleton estuvo varias veces al acecho con su perro pero fue en vano. En el curso de esos intentos infructuosos fue visto, o, mejor dicho, su acompañante fue visto, por algunos campesinos, y la leyenda del perro demoniaco se vio reafirmada. Stapleton había confiado en que su esposa arrastrara a *sir* Charles a su perdición, pero en este punto Beryl se mostró inesperadamente rebelde. No estaba dispuesta a provocar una relación sentimental que pusiera al anciano *baronet* a merced de su enemigo. Ni las amenazas ni, y me duele decirlo, los golpes, lograron convencerla. Se negó tenazmente a intervenir en aquella historia, y durante un tiempo Stapleton se encontró en un punto muerto.

»Halló la manera de superar sus dificultades cuando el propio *sir* Charles, que había trabado amistad con él, le utilizó como intermediario para hacer llegar su ayuda a la desdichada señora Laura Lyons. Stapleton se presentó como hombre soltero y adquirió un gran ascendiente sobre ella. Entonces le dio a entender que, si conseguía divorciarse de Lyons, la haría su esposa. La situación llegó a un punto crítico cuando Stapleton se enteró de que *sir* Charles, siguiendo el consejo del doctor Mortimer, que él mismo fingía compartir, se iba a ausentar de la mansión. Tenía que actuar de inmediato, o su víctima podía quedar para siempre fuera de su alcance. Así pues, presionó a la señora Lyons para que escribiera aquella carta, suplicando al anciano que le concediera una entrevista la noche anterior a su partida hacia Londres. Después, con engañosos argumentos, le impidió acudir a la cita, y logró así la oportunidad que esperaba desde hacía tanto tiempo.

»Al regresar a última hora de la tarde de Coombe Tracey, tuvo tiempo de ir a buscar al perro, embadurnarlo con su pintura infernal y llevarlo hasta el portillo, donde tenía buenas razones para creer que estaría el anciano. El perro, azuzado por su dueño, saltó el portillo y persiguió al desdichado *baronet*, que huyó dando alaridos por el Sendero de los Tejos. En ese túnel sombrío tuvo que resultar especialmente terrible ver a aquella enorme criatura negra de mandíbulas encendidas y ojos llameantes perseguir a saltos a su víctima. *Sir* Charles cayó muerto al final del sendero, víctima del terror y de su corazón enfermo. Mientras el *baronet* corría por el camino, el perro se había mantenido en la franja de césped, de modo que sólo eran visibles las huellas del ser humano. Al verlo caído e inmóvil, es probable que el animal se acercara a olisquearlo, y, tras descubrir que estaba muerto, diera media vuelta y se marchara. Fue entonces cuando dejó las huellas en que más tarde repararía el doctor Mortimer. Stapleton llamó a su perro y se apresuró a devolverlo a su guarida de la ciénaga de Grimpen, dejando tras él un misterio que desconcertó a las autoridades, alarmó a los habitantes de la región y cayó finalmente en nuestras manos.

»Hasta aquí lo que se refiere a la muerte de *sir* Charles Baskerville. Observe con qué diabólica astucia se llevó a cabo el crimen, pues era prácticamente imposible

acusar de él al verdadero asesino. Su único cómplice no podría delatarlo nunca, y el carácter teatral e inverosímil del recurso utilizado reforzaba su eficacia. Las dos mujeres relacionadas con el caso, la señora Stapleton y la señora Laura Lyons, concibieron fuertes sospechas. La señora Stapleton conocía los propósitos de su marido y también la existencia del perro. Laura Lyons ignoraba estos extremos, pero le impresionó que la muerte coincidiera con la cita no anulada de la que únicamente Stapleton tenía conocimiento. Sin embargo, ambas estaban sometidas a su influencia, y no había nada que temer. La primera parte del trabajo había sido un éxito; restaba la parte más difícil.

»Es posible que Stapleton ignorase aún la existencia del heredero que vivía en Canadá, pero, en cualquier caso, lo supo muy pronto a través de su amigo el doctor Mortimer, que le comunicó además todos los detalles sobre la llegada a Londres de *sir* Henry Baskerville. La primera idea de Stapleton fue que, antes de que se presentara en Devonshire, quizá fuera posible acabar en Londres con la vida del joven forastero. Desconfiaba de su esposa desde que ésta se negó a ayudarlo a tender una trampa al anciano *baronet*, y no quiso dejarla sola por miedo a que escapara a su influencia. Por esta razón la lleva consigo a Londres. He descubierto que se alojaron en el Hotel Mexborough, uno de los que visitó mi agente en busca de pruebas. Stapleton dejó encerrada allí a su esposa mientras él, ocultando su identidad bajo una barba, seguía al doctor Mortimer a Baker Street y más tarde a la estación y al Hotel Northumberland. Su mujer barruntaba sus planes, pero le tenía tanto miedo, miedo fundado en los malos tratos a que la había sometido, que no se atrevió a escribir a *sir* Henry para advertirle del riesgo que corría. Si la carta caía en manos de Stapleton, su propia vida se vería amenazada. Por último recurrió, como sabemos, a recortar las palabras y deformar la letra del sobre. El mensaje llegó a manos del *baronet* y fue el primer aviso del peligro al que se enfrentaba.

»Stapleton necesitaba una prenda de vestir de *sir* Henry para, en caso de verse obligado a recurrir al perro, darle a oler algo que lo pusiera tras su rastro. Con la rapidez y la audacia que le caracterizaban, puso de inmediato manos a la obra, y no cabe duda de que el limpiabotas o la camarera del hotel fueron sobornados con espléndidas sumas para que le ayudaran en su empeño. Sin embargo, quiso la casualidad que la primera bota que le proporcionaron fuera una de las nuevas, y, por consiguiente, no le sirviera para sus fines. Entonces hizo que se la devolvieran y le procuraran otra. Incidente muy aleccionador para mí, pues me demostró sin lugar a dudas que se trataba de un perro real, ya que ninguna otra explicación justificaba la necesidad de una bota vieja y no de una por estrenar. Cuanto más *outré* y grotesco es un incidente, con mayor atención hay que examinarlo, y el punto que más parece complicar un caso es con frecuencia, si se estudia con atención y de modo científico, el que proporciona mayores posibilidades de resolverlo.

»A la mañana siguiente recibimos la visita de nuestros amigos, seguidos por Stapleton en el coche de punto. Dado su conocimiento del lugar donde vivíamos y de

mi aspecto, así como por su modo de comportarse, me inclino a creer que la carrera delictiva de Stapleton no se limita al asunto de Baskerville. Es revelador el hecho de que, en el curso de los tres últimos años, se hayan producido en aquella zona cuatro importantes robos con allanamiento y que en ninguno de los casos se haya detenido al culpable. En el último, que tuvo lugar el mes de mayo en Folkestone Court, el ladrón enmascarado, que actuaba en solitario, disparó a sangre fría contra el criado que le sorprendió. No me cabe la menor duda de que Stapleton redondeaba de ese modo sus menguados recursos económicos, y de que era desde hacía años un individuo desesperado y peligroso.

»Tuvimos una prueba de su habilidad la mañana en que se nos escapó de entre las manos, y de su audacia cuando me devolvió mi propio nombre por medio del cochero. A partir de aquel momento, él supo que me había hecho cargo del caso en Londres, y comprendió que no tenía ya ninguna posibilidad de éxito allí. Regresó, pues, a Dartmoor y esperó la llegada del *baronet*».

—¡Un momento! —exclamé—. Sin duda ha descrito correctamente la secuencia de acontecimientos. Pero hay un punto que no ha explicado. ¿Qué fue del perro durante la estancia de su dueño en Londres?

—He reflexionado sobre esta cuestión, que sin duda es importante. Resulta evidente que Stapleton disponía de una persona de confianza, aunque no es probable que se pusiera enteramente en sus manos y le comunicara todos sus planes. En la Casa Merripit había un viejo sirviente llamado Anthony. Su relación con los Stapleton se remonta a años atrás, a los tiempos del colegio, y por lo tanto tenía que saber que su señor y su señora eran en realidad marido y mujer. Ese hombre ha desaparecido y ha huido del país. Advierta que Anthony es un nombre poco frecuente en Inglaterra, mientras Antonio lo es en España y países de Sudamérica. Este individuo, como la propia señora Stapleton, habla bien el inglés, pero con un curioso seseo. Tuve ocasión de ver que el anciano cruzaba la ciénaga de Grimpen siguiendo la senda que Stapleton había marcado. Es muy probable, por lo tanto, que fuese él quien, en ausencia de su amo, se ocupara del perro, aunque tal vez sin conocer la finalidad a la que se le destinaba.

»Los Stapleton regresaron, pues, a Devonshire, seguidos, poco después, por *sir* Henry y por usted. Ahora unas palabras acerca de cuál era mi situación en aquel momento. Quizá recuerde que, cuando examiné el papel donde estaban pegadas las palabras impresas, busqué con gran detenimiento la filigrana. Para hacerlo, me lo acerqué bastante a los ojos y percibí un ligero olor a jazmín. Hay setenta y cinco perfumes que un experto en criminología ha de ser capaz de distinguir, y sé por propia experiencia que la resolución de un caso ha dependido en más de una ocasión de identificarlo rápidamente. Aquel perfume sugería la presencia de una mujer, y mis sospechas empezaron a dirigirse hacia los Stapleton. Así pues, estaba seguro de que el perro existía en realidad y barruntaba quién era el asesino antes de ir a Devonshire.

»Mi parte del juego consistía en vigilar a Stapleton. Era evidente, sin embargo,

que no podía hacerlo si iba con ustedes, porque esto hubiera puesto a nuestro hombre inmediatamente en guardia. De modo que les engañé a todos, usted incluido, y me trasladé secretamente al páramo, mientras se suponía que seguía en Londres. No sufrí tantas penalidades como imagina, y por otra parte tales pequeñeces no deben suponer nunca un obstáculo en el curso de una investigación. Pasé la mayor parte del tiempo en Coombe Tracey, y sólo utilicé el refugio del páramo cuando era preciso estar cerca del escenario de la acción. Cartwright me había acompañado y, disfrazado de campesino, me fue de gran ayuda. Dependía de él para la comida y para la ropa limpia. Mientras yo vigilaba a Stapleton, Cartwright le vigilaba frecuentemente a usted, y de ese modo yo controlaba todos los resortes de la situación.

»Ya le he dicho que sus informes me llegaban enseguida, porque desde Baker Street los remitían en el acto a Coombe Tracey. Me fueron muy útiles, y en especial aquel fragmento verídico de la biografía de Stapleton. Gracias a él pude establecer la identidad de la pareja y saber por fin qué terreno pisaba. El caso se complicó bastante con el incidente del preso fugado y de la relación que mantenía con los Barrymore. También esto lo aclaró usted de manera eficaz, aunque yo ya había llegado por mis propios medios a la misma conclusión.

»Cuando usted me encontró en el páramo, yo poseía ya un conocimiento completo del caso, pero carecía de pruebas que pudiera presentar ante el jurado. Ni siquiera el intento de asesinar a *sir* Henry aquella noche, que concluyó con la muerte del infeliz presidiario, nos servía de ayuda para acusar a Stapleton. No parecía existir otra solución que sorprenderle con las manos en la masa, y para ello teníamos que utilizar a *sir* Henry como cebo, dejándole solo y sin aparente protección. Eso fue lo que hicimos y, a costa de un terrible golpe para nuestro cliente, logramos culminar nuestra tarea y terminar con Stapleton. Debo confesar que me reprocho haber expuesto a *sir* Henry a semejante peligro, pero no podíamos prever el aspecto terrible y sobrecogedor que presentaba el animal, ni podíamos predecir que la niebla le permitiría abalanzarse tan de improviso sobre nosotros. Logramos nuestro objetivo a costa de algo que tanto el médico especialista como el doctor Mortimer me han asegurado que será sólo transitorio. Un largo viaje hará que nuestro amigo se recupere, no sólo de sus nervios destrozados, sino también de la herida que han sufrido sus sentimientos. Su amor por aquella mujer era profundo y sincero, y lo más penoso para él de este siniestro asunto ha sido verse engañado por ella.

»Sólo resta comentar el papel que representó la señora Stapleton en esta historia. No cabe duda de que su marido ejercía sobre ella una influencia que tanto podía nacer del amor como del miedo, y que probablemente nacía de ambas cosas, dado que estas emociones no son incompatibles. En cualquier caso, esa influencia era eficaz. Cuando él se lo ordenó, consintió en hacerse pasar por su hermana, aunque Stapleton descubrió los límites de su poder al intentar convertirla en cómplice directo del asesinato. La señora Stapleton estaba dispuesta a prevenir a *sir* Henry del peligro, hasta donde pudiera hacerlo sin comprometer a su marido, y lo intentó una y otra vez.

El propio Stapleton, por su parte, parece haber sido capaz de sentir celos y, cuando advirtió que el *baronet* cortejaba a su mujer, no pudo evitar, a pesar de que aquello entraba dentro de sus planes, intervenir con un arrebato pasional que puso en evidencia el fogoso temperamento que tan hábilmente ocultaban sus modales reservados. Sin embargo, estimular la intimidad entre ambos le garantizaba que *sir Henry* acudiera con frecuencia a la Casa Merripit, y que, antes o después, se presentara la oportunidad que esperaba. Pero, el día culminante, su esposa se revolvió inesperadamente contra él. Había oído algo acerca de la muerte del presidiario, y sabía que, la noche en que *sir Henry* iba a cenar en la casa, el perro estaba encerrado en una de sus dependencias. Echó en cara a su marido el crimen que preparaba y esto provocó una terrible escena, en el curso de la cual Stapleton le reveló por primera vez que existía otra mujer. La lealtad de la señora Stapleton se transformó de golpe en odio exacerbado, y nuestro hombre comprendió que estaba decidida a traicionarle. Así pues, la ató, para que no tuviera oportunidad de prevenir a *sir Henry*. Esperaba, sin duda, que, cuando todo el mundo achacase la muerte del *baronet* a la maldición familiar, como sin duda sucedería, su mujer aceptara los hechos consumados y guardara silencio. Supongo que sus cálculos eran equivocados y que, aun sin contar con nuestra presencia, aquel hombre estaba perdido sin remedio. Una mujer de sangre española no perdona fácilmente semejante ofensa. Y ahora, amigo mío, para darle más detalles de este interesantísimo caso tendría que consultar mis notas. No sé si ha quedado algo esencial sin explicar».

—Stapleton no podía esperar —objeté— que *sir Henry* muriera de miedo ante aquel perro falsamente infernal, como había sucedido en el caso de su viejo tío.

—El animal era extremadamente feroz y estaba hambriento. Si su aspecto no mataba de miedo a la víctima, por lo menos podía paralizarla de modo que no ofreciera resistencia.

—Sin duda. Sólo queda otra pregunta. Si Stapleton hacía valer sus derechos a la herencia, ¿cómo iba a explicar que él, el heredero, hubiese vivido, sin darse a conocer y bajo un nombre supuesto, tan cerca de la Mansión de los Baskerville? ¿Cómo reclamar la herencia sin despertar sospechas y dar lugar a una investigación?

—La pregunta es muy ardua y temo que espera usted demasiado de mí al pedir que la responda. El pasado y el presente entran en el campo de mis investigaciones, pero lo que un hombre vaya a hacer en el futuro es muy difícil de prever. La señora Stapleton oyó hablar a su marido del problema en varias ocasiones. Había tres soluciones posibles. Podía reclamar la propiedad desde Sudamérica, establecer allí su identidad ante las autoridades británicas y entrar en posesión de la fortuna sin aparecer nunca por Inglaterra. Podía adoptar un complicado disfraz durante el breve tiempo que le fuera imprescindible permanecer en Londres. O podía, por último, suministrar a un cómplice las pruebas y documentos necesarios, haciéndole pasar por el heredero, pero reservándose el derecho a un porcentaje de las rentas. Por lo que sabemos de él, tenemos la certeza de que habría encontrado algún modo de solventar

el problema. Y ahora, querido Watson, permítame decirle que llevamos varias semanas de arduo trabajo y que, al menos por una noche, deberíamos ocuparnos de cosas más placenteras. Tengo un palco para *Los hugonotes*. ¿Ha oído usted cantar a los hermanos De Reszke? ¿No? ¿Podría estar listo dentro de media hora, para que nos detengamos en Marcini's y comamos algo antes de la función?





**H**OLMES se recostó en su asiento, unió las yemas de los dedos y cerró los ojos con aire resignado. El doctor Mortimer acercó el documento a la luz y leyó, con voz aguda y a trechos entrecortada, la siguiente narración extraña y remota:

«[...] Esta es la historia, hijos míos, de la aparición del perro que ha acosado tan cruelmente a nuestra familia. La he escrito porque aquello que conocemos con claridad nos aterroriza menos que aquello que intuimos o fantaseamos. No cabe negar que muchos miembros de nuestra familia han sufrido muertes desdichadas, unas muertes repentinas, sangrientas y misteriosas...».

*(De Hugo Baskerville a sus hijos Rodger y John, con la recomendación de que no transmitan nada de su contenido a su hermana Elizabeth.)*



«En noviembre de 1891, Arthur Conan Doyle envió a su madre una carta en la que le comunicaba que pensaba asesinar a Holmes. [...]

De la irritada decepción de los millones de lectores que seguían los casos del detective en todo el mundo [...] dan buena cuenta los periódicos de la época y, sobre todo, el hecho de que Doyle se viera obligado a rescatarlo (sin dar explicaciones) en esa obra maestra de la literatura policiaca que es *El perro de los Baskerville* (1901).»

Manuel Rodríguez Rivero, *El País*



ARTHUR IGNATIUS CONAN DOYLE (Edimburgo, 22 de mayo de 1859-Crowborough, 7 de julio de 1930)<sup>1</sup> fue un escritor y médico británico, creador del célebre detective de ficción Sherlock Holmes. Fue un autor prolífico cuya obra incluye relatos de ciencia ficción, novela histórica, teatro y poesía.

Nació el **22 de mayo de 1859** en Edimburgo. Su madre lo envió a la Escuela preparatoria de los Jesuitas en *Hodder Place* (Stonyhurst) a los nueve años. Arthur permaneció allí hasta los 16 años (**1875**), edad a la que empezó a estudiar medicina hasta **1881** en la Universidad de Edimburgo, donde conoció al profesor que le inspiraría la figura de su famoso personaje, Sherlock Holmes, el médico forense Joseph Bell. Destacó en los deportes, especialmente *rugby*, golf y boxeo. En este período también trabajó en Aston (actual distrito de Birmingham) y Sheffield.

A principios de **1880** se embarcó en un ballenero llamado *The Hope* para ejercer de cirujano en sustitución de un amigo suyo y a los 22 años (**1881**) se graduó como médico naval, aunque recibió el doctorado cuatro años más tarde. Fue en estos años cuando hizo una gran amistad con el también escritor escocés *J. M. Barrie*.

Mientras estudiaba comenzó a escribir historias cortas. La primera, «*The Mystery of the Sasassa Valley*», apareció publicada en **1879** en el *Chambers's Edinburgh Journal* antes de que cumpliera los 20 años. En Plymouth instaló una consulta junto con su camarada y socio George T. Budd; pero ajeno a los métodos comerciales de Budd terminó por establecerse por su cuenta en **junio de 1882**, ya con 23 años, en Portsmouth. Debido al poco éxito inicial, dedicó su tiempo libre a escribir historias

nuevamente.

Después de su etapa universitaria se empleó como médico del buque *SS Mayumba* en su viaje a las costas de África Occidental en **1885**. Ese mismo año se casó con *Louise Hawkins*, más conocida como *Louie*, y tuvieron dos hijos: *Mary Louise (1889-1906)* y *Alleyne Kingsley (1892-1918)*. Tras una larga estancia en Suiza de la familia desde **1893** para que la madre se repusiera, *Louise* murió de tuberculosis el **4 de julio de 1906**; un año más tarde, después de 20 años de amor platónico con una mujer llamada *Jean Leckie*, **Arthur** y ella se casaron y tuvieron tres hijos más: *Jean Lena Annette*, *Denis Percy Stewart (1909-1955)* y *Adrian Malcolm*. Su segunda mujer moriría años después que él, el **27 de junio de 1940**.

En **1891** se mudó a Londres para ejercer de oftalmólogo. En su biografía, aclaró que ningún paciente entró a su clínica. Por lo tanto, esto le dio más tiempo para escribir.

En **1900**, escribió su libro más largo, «*La guerra de los Bóers*». Ese mismo año, se presentó como candidato para la *Unión Liberal*; a pesar de que era un candidato muy respetado, no fue elegido. Tras *La Guerra de los Bóers* escribió un artículo, «*La guerra en el sur de África: causas y desarrollo*», justificando la participación de Gran Bretaña, que fue ampliamente traducido. En su opinión, fue esto lo que provocó que le nombraran Caballero del Imperio Británico en **1902** otorgándole el tratamiento de *Sir*.

Murió el **7 de julio de 1930**, con 71 años, de un ataque al corazón, en Crowborough, East Sussex (Inglaterra). Una estatua suya se encuentra en esa localidad donde residió durante 23 años. Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de *Minstead* en New Forest, Hampshire.